
Jaume Sanllorente
La costurera de Dacca
ESPASA

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
Cita
Derechos de los trabajadores
Prólogo
Capítulo 1 Reshma El principio del viaje
Capítulo 2 Najma Un país inesperado
Capítulo 3 Rupa Las costuras de la industria textil
Capítulo 4 Rubina Primera conversación
Capítulo 5 Fatema Entre los escombros
Capítulo 6 Bibi Moda para el desarrollo
Capítulo 7 Rubina Segunda conversación
Capítulo 8 Shathi La resurrección
Capítulo 9 Jahanara El futuro incierto
Capítulo 10 Rabeya Las víctimas infinitas
Capítulo 11 Carmen Nuestras costureras
Capítulo 12 Reshma El final del viaje
Agradecimientos
Webs de interés
Notas
Encarte fotográfico
Créditos



Al conjunto de la humanidad, que tiene el poder de cambiar el mundo.

«El hombre en su esencia no debe ser esclavo,
ni de sí mismo ni de los demás».

Rabindranath Tagore

Derechos de los trabajadores

Los derechos de las personas trabajadoras son derechos humanos.

Todos los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo tienen derechos, incluidos quienes trabajan desde casa, las personas nacionales y las emigrantes, y también quienes trabajan en fábricas, en oficinas y en plantaciones. Estos derechos están recogidos en acuerdos internacionales y en las leyes nacionales de muchos países.

Todos los gobiernos que son miembros de Naciones Unidas han acordado que:

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos.

Toda persona tiene derecho a la vida, a la libertad y a su seguridad.

Nadie será sometido a esclavitud o servidumbre.

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Los derechos de los trabajadores y trabajadoras son derechos humanos, y constituye un derecho fundamental de toda persona:

Disfrutar de unas condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo.

Obtener, sin ninguna discriminación, un salario igual por igual trabajo.

Recibir una remuneración equitativa y satisfactoria que asegure para él y su familia una existencia conforme a la

dignidad humana.

Constituir sindicatos para la defensa de sus intereses y afiliarse.

Disfrutar de tiempo de descanso y ocio y, particularmente, disponer de una limitación razonable de la jornada de trabajo y de vacaciones periódicas pagadas.

EXTRAÍDO DE LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS HUMANOS
(ARTÍCULOS 1, 3, 4, 5, 7, 23 y 24)

PRÓLOGO

Dacca, Bangladesh
24 de abril de 2013

El cielo amanece teñido con una espesa neblina que serpentea perezosa sobre las chabolas de Korail Bosti. El sol anaranjado empieza a asomar, como cada mañana, por el borde del horizonte, allá donde termina el río.

Salma despierta a las cinco en punto, como cada mañana, al lado de Abdul, el guapo esposo con el que Alá la bendijo hace casi tres años. Después de asearse, barrerá su pequeña chabola, preparará *chapati* y otros manjares para Abdul y para ella y partirá hacia su trabajo en la fábrica. Una mañana más de su vida desde que empezaron a vivir en la ciudad.

Salma acaba de cumplir diecinueve años y da las gracias todos los días por la existencia que le ha tocado vivir: tiene un esposo, tendrá su primer hijo en unos meses y su vida en Dacca, desde que llegaron del pueblo, transcurre en una armoniosa normalidad que le parece casi mágica.

Como muchas mujeres, especialmente en las áreas rurales, Salma se casó antes de cumplir los dieciocho años. Los hombres, en cambio, lo hacen después de terminar su educación básica, generalmente ya pasada la mayoría de edad o una vez alcanzada una seguridad económica que les permita afrontar la nueva vida familiar. El matrimonio de Salma y Abdul fue arreglado mediante un *ghatak* (casamentero), que en su caso fue su tío materno.

Salma recuerda con mucho cariño la fiesta de su boda y se recrea en aquella imagen que todos los días la hace estar al borde del llanto. Porque de felicidad, bien lo sabe Salma, también se llora.

Tanto su casa como la de Abdul fueron decoradas con muchas luces y las puertas de bambú se adornaron con telas

vistosas. Ella llevaba un precioso sari y Abdul, ataviado con su *shitwani*, su *pagri* y unos bonitos *nagra* de seda cubriéndole los pies, parecía un actor de Bollywood. El pueblo quedó maravillado por aquella boda de ensueño en la que se invirtieron prácticamente todos los ahorros familiares.

Salma y Abdul viven en Dacca desde que, hace dos años, dejaron el pueblo en busca de una oportunidad laboral en la ciudad. Están contentos. Abdul trabaja pedaleando un *rickshaw* y Salma está empleada como costurera en una fábrica de Savar, a las afueras de la capital.

Viven en una chabola en Korail Bosti, un *slum* de la zona de Gulshan, al norte de la ciudad, que está ocupada por unas ciento veinte mil personas. Muchos de sus vecinos habitan desde hace más de quince años esta zona, de la que algunas familias fueron desalojadas hace casi un año. Pero Salma presiente que a ellos no les ocurrirá, porque Alá, el grande y misericordioso, les ha bendecido desde que contrajeron matrimonio y les colma cada día de felicidad.

«Alá es grande», reza interiormente Salma observando las nubes grises que se reflejan en las pantanosas aguas del río. Y se lleva las manos a un vientre creciente en el que acuna, a ritmo de latidos, su sueño más preciado.

Ha llegado la hora en la que Salma acuda a la fábrica. Como todas las mañanas, hará el recorrido hasta Savar dando gracias por tener un trabajo, un buen marido y un futuro bendecido con hijos como el que está en camino. Porque sabe, con aquella intuición de los sabios que conectan con el alma del mundo, que van a tener más hijos y seguirán siendo una familia feliz.

Al igual que cada día, cumplirá una jornada de catorce horas cosiendo camisas que luego envían muy lejos para vender a hombres blancos. Salma pone el máximo esmero en su trabajo y se llena de orgullo cuando imagina que alguno de los actores que aparece en las películas americanas tal vez lleve alguna camisa tejida por ella.

Su salario, de treinta euros mensuales, es muy escaso, y a duras penas pueden mantener el alquiler de la chabola y la comida, pero Salma sabe que si sueña con que su paga mejore, ésta aumentará. Porque quien sueña consigue. Ella no se queja tanto como sus compañeras, que siempre están enojadas con los jefes de la fábrica y les maldicen en secretos cuchicheos.

Salma piensa en su amiga Rubina, que no tuvo tanta

suerte como tiene ella. Rubina murió en noviembre, cuando la fábrica en la que trabajaba, Tazreen Fashions, se incendió, causando la muerte a ciento doce personas. Sus vecinos, que saben leer, dicen que fue el incendio más grave en la historia del país.

Rubina era su mejor amiga desde que llegaron a la ciudad, y aquella pérdida la había afectado mucho.

«¿Por qué Dios permite que pasen estas cosas?», piensa, pero se deshace rápidamente de sus dudas, porque a los hombres y mujeres no les corresponde cuestionar los designios de Alá.

Salma, en un gesto casi automático, se cubre la cabeza con el sari y recuerda la sonrisa de Rubina, a quien confiaba sus secretos más íntimos durante los primeros meses de matrimonio y le explicaba, al detalle, las atenciones que Abdul tiene con ella, que la hacen tan dichosa.

—Lo único que Alá me permite hacer ahora por mi amiga es ser feliz —se dice, convenciéndose.

Ya queda poco para que el autobús en el que está montada efectúe su parada en Savar y Salma inicie, una vez más, su jornada laboral. A medida que se acercan, se empieza a divisar el edificio en el que trabajan unas cinco mil personas. El día anterior les dijeron que había unas grietas y les hicieron salir de la fábrica durante unos minutos, pero poco después su jefe les garantizó que estaba todo bien y que podían regresar a sus puestos de trabajo.

Salma está y es feliz. Porque sabe que lo tiene todo en la vida: una familia incipiente, un trabajo y salud. ¿Qué más puede pedir? El autobús por fin ha llegado a Rana Plaza, el edificio en el que trabaja Salma y en el que, un día más, empezará su rutina.

Son casi las siete y no quiere llegar tarde. Es duro el trabajo, pero verá a sus compañeras y hablarán entre telas, botones y costuras, tejiendo sueños y confidencias a través de las horas.

El resto de testimonios son reales, aunque en algunos casos, por petición de los interesados, se han modificado los nombres para preservar su anonimato.

1

Reshma
El principio del viaje

Barcelona
24 de abril de 2013

La jornada anterior, el día de Sant Jordi, ha sido, como todos los años, realmente mágica. Como siempre también, me ha costado conciliar el sueño por la alegría y la excitación que me produce el contacto con los lectores, que carga siempre las pilas del alma.

Creo que, sin duda, Sant Jordi es el día en el que Barcelona, mi ciudad natal, luce más hermosa. Este año he podido estar también firmando libros y ha sido realmente gratificante. Intento no perderme nunca esta fecha, en la que las rosas y los libros inundan las calles y la buena energía flota en el aire.

Como todas las mañanas cuando estoy en la ciudad, bajo al bar de la esquina a desayunar.

Cuando Ismail, propietario de la cafetería, me ve llegar, da orden en la cocina de que me preparen lo de siempre: un «bikini» y un cortado con sacarina.

Hoy, sin embargo, lo noto diferente. A él y a todos los muchachos de la cafetería. Algo sucede. Los camareros que trabajan en el bar no apartan su mirada del televisor y el volumen está más alto de lo habitual. Las personas que están tomando su desayuno en las mesas tampoco ojean los periódicos como es lo normal, sino que mantienen los ojos muy abiertos observando una catástrofe que prácticamente están retransmitiendo en directo.

Miro hacia el aparato y reconozco unas tierras que no me son ajenas. Unos edificios derrumbados y personas transportando camillas con muertos y heridos componen

una imagen que, aunque se caiga en el tópico, sólo se puede definir como dantesca. Ismail va cambiando de canal y en todas las cadenas están cortando la programación para ofrecer las mismas imágenes. ¿Un terremoto? ¿En India? ¿En Pakistán? Instintivamente pienso en Bombay, mi segunda ciudad, y me alarmo, pero al cabo de pocos segundos me doy cuenta de que no puede tratarse de India, y mucho menos de mi segunda ciudad, porque ya tendría cientos de llamadas en el móvil y miles de WhatsApps.

En ese momento, Ismail trae el cortado a la mesa en la que me he sentado tras esquivar a los camareros colocados rígidamente ante el televisor.

—Otro horror en mi país —me dice.

—¿En Bangladesh? ¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—Se ha derrumbado una fábrica con miles de trabajadores. ¡Miles! ¡Muy mal, muy mal! —sigue exclamando mientras se dirige a la cocina y su voz se difumina para dar paso al volumen, cada vez más alto, de la noticia retransmitida por televisión.

Se ve en la pantalla un edificio totalmente derrumbado, sirenas y personas corriendo entre los escombros, de los que aún emana una tremenda humareda gris y una testigo, una tal Samira, explica como puede lo que acaba de suceder detrás. Al parecer, se ha derrumbado un edificio en Savar, a las afueras de Dacca, en el que trabajaban miles de personas confeccionando ropa para grandes marcas internacionales.

A medida que avanza el día no puedo dejar de pegar el ojo al televisor y a Twitter o a las redes sociales para estar al tanto de las últimas noticias acerca de la catástrofe.

Los medios de comunicación van repitiendo las cifras de mil ciento veintisiete fallecidos y dos mil cuatrocientos treinta y siete heridos. La edificación, en la que aparecieron unas grietas el día anterior, estaba integrada principalmente por fábricas de ropa, un banco y varias tiendas.

El edificio, conocido como Rana Plaza, era propiedad de Sohel Rana, uno de los dirigentes del partido gobernante Liga Awami, y alojaba cuatro fábricas de ropa independientes que empleaban a unas cinco mil personas. En los talleres convertidos en escombros fabricaban para marcas como el Grupo Benetton, DressBarn, Mango, Monsoon y Primark, así como para empresas de distribución como El Corte Inglés.

Al parecer, a pesar de las grietas aparecidas el día

anterior, se pidió a muchos de los trabajadores que volvieran al día siguiente, diciéndoles que el edificio era seguro. Según señalan varias personas que colaboran en las labores de rescate o familiares que se van acercando a la zona del derrumbe y son entrevistados por los reporteros, los propietarios de las fábricas y talleres obligaron a los trabajadores a seguir con su actividad pese a las alertas de seguridad que había dado la Policía Industrial el día anterior. El edificio se derrumbó en torno a las nueve de la mañana, dejando sólo la planta baja intacta.

Por la noche, y después de una intensa jornada de trabajo, puedo poner de nuevo las noticias. Más de la mitad de las víctimas son mujeres y varios de sus hijos, que se encontraban en las instalaciones de guardería con las que contaba el edificio.

La desgracia del Rana Plaza ha sido uno más de los accidentes que se producen en Bangladesh. Desde 2005 han muerto más de setecientos trabajadores solamente en incendios declarados en las fábricas, el último de ellos se produjo en la fábrica textil de Tazreen el 24 de noviembre de 2012.

* * *

Han pasado ya algunos días desde que ocurrió la tragedia y no he podido evitar estar pendiente de las nuevas informaciones ofrecidas por los informativos. Primero, como ciudadano del mundo. Y segundo, por la vecindad geográfica con India, que me hace observar siempre con más sentido de cercanía las noticias acontecidas en los países colindantes al subcontinente asiático.

Pocos días después del colapso de la fábrica, veinte mil trabajadores de industrias cercanas a la que se derrumbó se han manifestado en protesta y, según señalan algunos medios, han sido duramente reprimidos.

La policía de Bangladesh ha detenido ya al dueño del edificio tras cuatro días en fuga y las autoridades locales también han llevado a un calabozo provisional a otros tres empresarios de la región, que son los propietarios de otros locales del edificio que se vino abajo.

El dueño del inmueble, que se ubicaba en el barrio comercial de Savar, a casi treinta kilómetros de Dacca, ha sido acusado de haber utilizado en la construcción material de mala calidad. De acuerdo con la policía y las versiones

ofrecidas por la prensa del país asiático, los propietarios ignoraron en el pasado las advertencias sobre las grietas detectadas en la estructura.

El inspector adjunto de la Policía Metropolitana de Dacca, Masudur Rahman, ha informado de la detención de Abdul Jalek, el padre de Rana, propietario del edificio, en la localidad de Moghbazar, en Dacca, y mientras la policía ejecuta las órdenes para arrestar a los responsables, los equipos de rescate siguen trabajando sin usar máquinas pesadas, pues aún podría haber personas con vida entre los escombros. Siguen buscando al director gerente de una de las empresas encargadas de confeccionar ropa para marcas internacionales, Phantom Tack, curiosamente un catalán.

«La tragedia de Bangladesh ha generado una ola de mala conciencia en Occidente», señala un titular que me llama la atención. ¿Acaso es necesario un derrumbe con centenares de muertos para que la mayor parte del mundo tome conciencia acerca de un problema latente desde hace décadas? «Es hipócrita pedir mejores condiciones y exigir precios bajos», reza el título de un artículo de opinión en el mismo periódico.

Todos los medios y expertos occidentales preguntados, sin embargo, destacan la misma realidad: las condiciones laborales en Bangladesh son terribles. Los empleados de este país son los peor pagados del sector textil del mundo, con un salario mínimo de treinta y ocho dólares mensuales. Unos sueldos que han convertido a esta nación, considerada en el pasado como un caso perdido por sus poquísimas posibilidades para el desarrollo, en el segundo exportador mundial de textiles, tras China. Y lo que también es muy cierto es que las principales multinacionales occidentales, entre ellas Walmart, Inditex, H&M y Gap, se han beneficiado de estos bajos salarios.

La seguridad en las fábricas de Bangladesh parece ser tan precaria como los salarios. En los últimos años, unas mil ochocientas personas han muerto en derrumbes o incendios de factorías. Muchas de estas fábricas siniestradas producían para empresas occidentales. Ningún dueño de una fábrica textil ha sido condenado, hasta el momento, por estos accidentes mortales. Pero para los millones de bangladesíes que cosen ropa destinada a Occidente no existen alternativas laborales o son aún peores. Bangladesh, con una población de ciento cincuenta millones de personas, es uno de los países más pobres del mundo.

«Se están tomando medidas positivas. Hay que continuar presionando al gobierno de Bangladesh, a los dueños de las fábricas y a las empresas multinacionales para que mejoren la situación», dice en una entrevista el presidente de la Federación Nacional de Trabajadores del Textil de Bangladesh, Amirul Haque Amin. «Que Europa mantenga las exenciones arancelarias es una buena noticia. Si las suspenden, nos quedaríamos sin trabajo. La solución no es irse, es mejorar las condiciones. Necesitamos los puestos de trabajo», asegura con rotundidad uno de los expertos preguntados en una tertulia de un canal de televisión.

Quedan pocas horas para que vuele a Estambul, donde estaré durante un periodo de tiempo para realizar un curso de máster en gestión de ONG de la Harvard Kennedy School. Cierro la maleta y apago el televisor. Mañana será un día largo.

* * *

Tras un vuelo tranquilo, llego a Estambul y me instalo en un bonito hotel en la céntrica zona de Taksim Square. Pongo las noticias mientras termino de preparar el temario de las clases que se impartirán en las aulas en la universidad turca Kadir Has.

Después de pasar cinco minutos contemplando las espectaculares vistas del Bósforo que se ven desde mi habitación, algo reclama inmediatamente mi atención en el televisor.

Reshma, una chica de diecinueve años, ha sido rescatada con vida entre los escombros del Rana Plaza después de diecisiete días de la catástrofe. «Es bueno ver la luz después de tantos días», dice a través de la pantalla desde el hospital militar al que ha sido trasladada, donde los médicos han declarado que se encuentra fuera de peligro, según recogen los diarios locales *The Daily Star* y *Bdnews24*.

Reshma fue localizada entre los escombros del edificio de nueve plantas siniestrado. Los operarios, que estaban utilizando maquinaria pesada ya sin esperanzas de encontrar a alguien con vida, interrumpieron sus labores para rescatarla sin producirle daños, algo que han conseguido aproximadamente una hora después de que se dieran cuenta de su presencia entre los escombros.

Parece ser que Reshma trabajaba en la segunda planta del edificio y que después del derrumbe se arrastró a través de

un pasillo estrecho, con la ayuda de un palo con el que iba retirando escombros, hasta un lugar seguro. Desde allí gritaba pidiendo ayuda, pero nadie la oía. Desde su habitación en el hospital, la joven reveló que pudo sobrevivir gracias a los restos de comida que encontró y que supo administrar durante las primeras dos semanas, aunque desde entonces se «moría de hambre».

Cuando los servicios de rescate la encontraron, Reshma había bebido agua y comido unas galletas antes de abandonar la zona cero, explican los medios locales. Según el último recuento facilitado el mismo día del rescate por el ejército de Bangladesh, mil cuarenta y dos personas han fallecido ya en la peor tragedia industrial de la historia del país asiático. Con el rescate de Reshma, el número de heridos se ha situado en dos mil cuatrocientos treinta y ocho. Muchos de ellos continúan hospitalizados.

En ese mismo momento mi móvil emite un sonido bien conocido: he recibido un nuevo mensaje de WhatsApp. Es Miryam Galaz, mi editora en Espasa: «Jaume, ponte en contacto conmigo cuando puedas. Tenemos una propuesta que hacerte. ¿Puedes hablar ahora?».

Le contesto afirmativamente y me llama de inmediato. Todo escritor sabe que la palabra «propuesta» por parte de un editor sólo puede significar un nuevo trabajo, así que espero ansioso las buenas noticias desde Madrid.

—Soy todo oídos, Miryam —le suelto casi sin saludar.

Tras medio minuto de saludos, mi editora procede a desgranar la propuesta y saciar mi curiosidad, cada vez más acuciante.

—Estarás al corriente del derrumbe de la fábrica de Bangladesh. ¿Has visto que han rescatado a una chica con vida después de muchos días bajo los escombros? Es una noticia increíble. Se nos ha ocurrido que serías la persona ideal para localizarla, entrevistarla y relatar sus vivencias y, a partir de ahí, describir la situación de los trabajadores de la industria textil en Bangladesh y todo lo que implica. Queremos este libro y pensamos que nadie mejor que tú para escribirlo.

Me siento inmediatamente halagado por la propuesta, pero a la vez soy consciente de que, a pesar de mi conocimiento acerca de Asia y mi experiencia en el terreno, el tema de la industria textil implica mucho más y apenas conozco los intríngulis de este sector, no exento de mediáticas polémicas.

Mientras estoy escuchando a Miryam con la oreja pegada al teléfono, mis ojos se desvían hacia la cama de la habitación, en la que he apoyado una camisa. Miro la etiqueta y es de una de las marcas de las que están hablando en el debate de la televisión. *«Made in Bangladesh»*, puedo leer claramente. Vaya, una señal. Y qué irónica. Me están proponiendo un libro para denunciar las duras condiciones de explotación de millones de trabajadores de un lugar concreto y en mi cama tengo una prenda (que no debe de ser la única) confeccionada precisamente por esos mismos trabajadores.

Tras un prudente «Te digo algo en los próximos días», dejo la llamada sin apartar la vista de la camisa. La curiosidad me puede y no consigo evitar abrir el armario y mirar, una por una, todas las etiquetas y saber dónde ha sido hecha la ropa que llevo: India, Corea, Bangladesh, Turquía, Bangladesh, Bangladesh, Bangladesh, Bangladesh...

Si acepto el trabajo, ¡menudo percal me espera!, me digo sin poder evitar el juego de palabras. No es un tema fácil y supongo que existen mil y una opiniones encontradas y todas con un punto de legitimidad. Yo no soy ningún experto, así que tendré que asesorarme y entrevistarme con personas que sí lo sean, empaparme de tanta información como esté a mi alcance (y la que no lo esté, buscarla) y, sobre todo, huir del activismo barato y escuchar atentamente todos los puntos de vista para exponerlos en su justa medida.

Por otro lado, empiezo a pensar cómo podré encontrar a Reshma e inmediatamente me pongo a indagar por la red. Encuentro noticias y fotos de ella recién rescatada, en una camilla portada por varios soldados y voluntarios. Otras imágenes ya la muestran en la cama del hospital, todavía ingresada y recuperándose poco a poco. No tengo contactos en Bangladesh, pero seguro que si empiezo a mover resortes en India o Pakistán, donde sí los tengo, aparecerán senderos que tal vez me permitan dar con ella.

* * *

Las clases de la tarde han pasado volando y he regresado rápidamente al hotel para cambiarme otra vez (camisa *«made in Bangladesh»*) y acudir rápidamente a la cena en casa de unos amigos españoles en Estambul. Carlos y Ana

trabajan en Turquía desde hace años y conocen bien el país. Siempre que voy a Estambul encuentro el momento para comer o cenar con ellos y compartir unas horas para ponernos al día de nuestras respectivas vidas.

—Bueno y cuéntanos, ¿en qué proyectos literarios andas ahora metido, Jaume? No paras, hijo...

—Pues precisamente es posible que escriba algo sobre la industria textil en Bangladesh, pero hasta ahí os puedo contar...

—Muy interesante, sí señor. Es que es indignante, ¿eh? —dice Ana, teatralizando su discurso con una exagerada cara de desaprobación—. Tantas personas explotadas y la gente vistiéndose a costa de su sangre. Yo nunca compro en H&M, Zara y marcas así, en serio. ¡Nunca!

—¡Anda, anda! ¡Eso es mentira, Anita! —interrumpe Carlos súbitamente, con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada estupefacta hacia su mujer—. ¡Pero si tienes varias cosas de H&M y otras marcas que todos sabemos dónde confeccionan la ropa! Además, tú qué sabes si otras marcas explotan o no. A ti te suenan unas cuantas y te quedas con las leyendas urbanas. Eso es lo fácil.

—Tú tan capitalista —salta Ana.

—Y tú tan *flower power* —replica Carlos.

—Mira, Jaume —Ana se gira exageradamente hacia mí—, si puedo, evito comprar en estos sitios.

—¿Si puedes? ¿Cómo concibes eso? —La risa de Carlos es ahora irrefrenable.

—Te-lo-ju-ro —sigue Ana, puntualizando cada sílaba y mirándome fijamente como si su marido no estuviera presente.

—A ver, a ver —dice Carlos, empezando a hablar con tono calmado, como queriendo dar a entender que sus próximas palabras van a ser justas y medidas—. ¿Pero vosotros os creéis que un Zara o un H&M, con la de delegados que tienen allí, controles de inspección, departamentos de Responsabilidad Social Corporativa (RSC) y vete a saber qué más, arriesgarían tantas ventas por tener a trabajadores cobrando diez euros menos o dos horas de más? Hay mucho más control del que la gente cree. Yo me fío más de esas marcas que de otras menos conocidas que tal vez no pasan tantos controles. Lo tengo clarísimo.

Ana mira hacia arriba poniendo los ojos en blanco, en plan cuadro de Zurbarán. Mientras, Carlos prosigue con su discurso:

—Además, ¿pensáis de verdad que dejar de comprar a estas marcas es la solución? ¡Qué inocentes! Eso es mucho peor. Porque ponéis en riesgo los puestos de trabajo de tanta gente de Bangladesh. Y no sólo de allí, sino de aquí: dependientes, personal de oficina...

—¿Y cuál es la solución, Carlitos? A ver, señor experto — le increpa su mujer con tono chulesco.

—Pues apoyar como sea que se cambien leyes, se refuerce la protección, que los sindicatos presionen... Qué sé yo, coño... Pero dejar de comprar no es la solución, lo tengo clarísimo. ¿Acaso sabemos al cien por cien si algo de lo que llevamos no ha sido hecho por gente explotada? Yo nunca pondría la mano en el fuego, venga de donde venga y sea de la marca que sea.

—Hay listados que se publican anualmente y esa información se puede tener —insiste Ana.

—Claro, claro... Y tú los tienes todos, ¿no? Yo nunca te los he visto. Por otro lado, vete a saber los intereses que hay. Te digo más: las marcas subcontratan, éstos a la vez subcontratan, y los subcontratados, a veces sin que la marca lo sepa, vuelven a subcontratar. Eso es imposible de controlar.

—Mira, cari, comprar una camiseta por veinte euros sabiendo que han pagado dos a la mujer que la ha hecho es pura explotación. Ex-plo-ta-ción. Y punto.

—Ea. Qué chula es mi mujer. Y si es explotación, ¿por qué te compras la de veinte euros y no una de cien? ¿Y comprar en Louis Vuitton, como muchas mujeres hacen, un bolso de diez mil euros que no los gana la dependienta ni en medio año no es explotación?

—¡No me vayas a comparar, por favor! —prosigue Ana, con su tono encendido—. ¡Las condiciones de una dependienta española, por ejemplo, no son las mismas que esas pobres mujeres! Seguridad Social, seguros, etc. Eso es desigualdad de clases, vale, pero no explotación, por favor...

—Mira —continúa Carlos—, mi padre trabajaba en una fábrica de coches, fabricaba coches para Alemania. Entonces ni los horarios ni las pagas eran equiparables a muchos otros países de Europa. Si en aquel momento hubiera venido un sueco o un noruego con el cuento de la explotación, habrían cerrado la fábrica y ni yo ni muchas personas de nuestra generación habríamos podido tener una carrera universitaria y unas comodidades, porque nuestros

padres habrían perdido sus puestos de trabajo. Los derechos del trabajador se consiguieron batallando desde dentro del país, no porque vinieran de fuera con el cuento de la explotación y boicotearan las marcas de coches que fabricaban en España dejando de comprar ciertos automóviles.

Se hace tarde y mañana tengo clase a primera hora. Me retiro dejando a Carlos y Ana enfrascados en su agitada discusión y subo caminando Istiklal Street hasta llegar a mi hotel, cerca de Taksim.

No puedo dejar de pensar en el tema. ¿Hay unos indicadores objetivos para medir la explotación? ¿Es la misma para unos y para otros o depende siempre del entorno geográfico? Supongo que no todo es conciencia, ni *buensamaritarismo*, sino justicia: real, palpable y objetivamente medible.

Tanto Ana como Carlos tienen razón, supongo. ¿O alguno de los dos está gravemente equivocado? ¿Es la tesis de Ana activismo barato propio de quien no lo aplica siempre? ¿Es la opinión segura de Carlos una manera de autoconvencerse y mirar hacia otra dirección para no abandonar su confort mental?

Cuando llego al hotel preparo la ropa de mañana. Un polo azul. Apago la luz y no puedo conciliar el sueño, necesito hacer una última comprobación. Enciendo de nuevo las luces y voy directo al polo, inspeccionando directamente la etiqueta. No falla: *«Made in Bangladesh»*.

* * *

Han pasado ya varios meses y, además de documentarme, he empezado a preparar mi viaje a Dacca. He podido hacer alguna llamada a la embajada de Bangladesh en Madrid, donde muy amablemente se han ofrecido a ayudarme en lo que haga falta. Ya les he advertido, por si las moscas, de que mi intención no es la de escribir un libro lapidario que ponga en entredicho los esfuerzos del gobierno local ni escupir veneno en nombre de la lucha contra la explotación salpique a quien salpique.

Lo cierto es que tampoco sé muy bien qué tipo de libro escribir. Por no saber no sé ni cómo posicionarme, porque no tengo una opinión formada. Son tantas las informaciones que encuentro, tantos detalles de leyes, de cambios en las leyes, de proselitismo en todas sus vertientes, de

testimonios escalofriantes, de artículos despiadados, que decido empaparme con lo básico, sin puntos de vista establecidos de antemano ni prejuicios, e ir avanzando en mi postura a medida que aumente mi conocimiento acerca del tema durante la investigación.

Tengo claro que no quiero escribir un libro de activismo facilón, ni restar importancia a detalles que vaya descubriendo en el camino. Quiero abrir los ojos, ver y describir lo que veo y lo que oigo. Soy consciente de que me costará forjarme una opinión clara. El tema de la industria textil en Bangladesh se abre ante mí como una de aquellas controversias en las que cuanto más dialogas y más descubres, más cambias tu propia opinión, que va oscilando dentro de ti como un columpio.

Si algo vas descubriendo con la edad es que la realidad no siempre está hecha de blanco y negro. Los grises existen y, en muchas ocasiones, es allí donde se encuentra el matiz que da sentido al enfoque.

Mientras sigo revisando la información recopilada y anotando en mi libreta los temas en los que será necesario profundizar, no se me va de la cabeza Reshma, la chica superviviente de la fábrica de Savar que rescataron con vida entre los escombros. Tengo que encontrarla, así que llevo días intentando dar con ella, utilizando todos mis contactos para poder verla cuando viaje, en unos días, hacia Bangladesh.

Lo cierto es que no está resultando nada fácil. La cadena hotelera Westin, que tiene en Dacca un hotel de máximo lujo, la ha contratado como Public Area Ambassador (¿embajadora del área pública? ¿En qué consistirá este trabajo?). Numerosos periódicos y televisiones han hecho seguimiento del acto de contratación, que más que una forma de trámite laboral ha sido un gran evento televisado, donde —alto, que no lo critico— el departamento de RSC del hotel habrá invertido todos sus esfuerzos para lograr una campaña exitosa y una imagen impecable.

Pero, sea como sea, me está siendo imposible dar con ella. Según me cuentan mis fuentes, está aislada y es casi imposible poder verla. Escribo su nombre, una vez más, en el buscador de Google, esperando encontrar más de lo mismo y no salgo de mi asombro al leer el siguiente titular: «La superviviente de Rana Plaza acusada de ser una impostora pagada por el gobierno de Bangladesh».

Todos los links me llevan a un artículo del periódico

inglés *Sunday Mirror* que, al parecer, ha desatado la polémica tras varias semanas de investigación. El artículo defiende la tesis de que Reshma Begum, que conmocionó al mundo cuando fue rescatada con vida entre los escombros del Rana Plaza diecisiete días después del derrumbe, salió ilesa del incidente y fue contratada por el gobierno de Bangladesh para ser la protagonista de una orquestada pantomima que diera al mundo una imagen de superación y relatara que sus condiciones laborales eran inmejorables.

Por lo visto, un compañero suyo, que ha sido la fuente con la que ha contado el periódico británico, relata cómo la vio perfectamente pocas horas después del derrumbe, ya que «huimos juntos antes de que cayera completamente el edificio».

Sin embargo, otros medios señalan a ese mismo compañero como un enviado de la oposición. ¡Vaya! ¡Con la política hemos topado! ¡Cómo no! Otro medio local cuenta con el testimonio de otra compañera de Reshma. Beauty (así se llama) asegura que vio, casi en directo y desde el mismo lugar, cómo rescataban a Reshma, dando fe de que no se trata de ningún montaje.

Como me encuentro nuevamente en Barcelona, bajo rápidamente al bar de la esquina para preguntarles a mis amigos bangladesíes y sus clientes de ese país qué es lo que saben de toda esta historia.

—¡Nada de montaje! —me dicen al momento—. ¡Pero si lo vio todo el país en directo! ¡Era imposible manipular un directo y unas operaciones de rescate en las que estaba involucrada toda la gente del país! ¡Se lo han inventado esos ingleses para vender más periódicos!

—¿Habéis podido tener alguna pista de cómo puedo encontrarla? —les recuerdo una vez más.

—Nada. Imposible. La tienen totalmente aislada, no hay forma de hablar con ella; está controlada y vigilada todo el tiempo.

Sea como sea, este tema me chirría. Si no hay nada de extraño en la historia, ¿para qué la iban a tener tan controlada? ¿Debo renunciar ya a la idea de poder encontrarla? ¿Conseguiré hablar con ella? A estas alturas, he dado tantas voces y he contactado con tantas personas que seguro que, sea quien sea el que la mantiene aislada del mundo, ya sabe que hay un escritor español intentando dar con ella. Y eso, pienso, no puede ser bueno para ayudarme a avanzar.

Quedan muy pocos días para volar a Dacca y empezar a poner cara a muchas de las personas con las que he estado contactando por email durante las últimas semanas (asociaciones de supervivientes del Rana Plaza, ONG locales, empresarios del país, responsables de fábricas y talleres…). Lo cierto es que cuanto más escarbo en la arena, más polvareda se levanta. No es un tema fácil, lo sé. Que Alá me ampare.

2

Najma
Un país inesperado

El avión que me llevará a Dacca, con escala en Estambul, despega con puntualidad. Tras dos horas en el aeropuerto turco, por fin sale el segundo avión que me trasladará a mi destino definitivo. A mi lado, una mujer, aparentemente de Bangladesh, me observa de reojo, haciendo el amago, en varias ocasiones, de empezar a hablarme.

—¿Su primera vez en Bangladesh? —me pregunta, después de que las miradas se hayan cruzado y nos hayamos esbozado, mutuamente, una tímida sonrisa.

—Sí, nunca he estado —le respondo— y tengo mucha curiosidad.

Uno nunca sabe qué hacer con las personas que tiene al lado en un avión. A veces lo que empieza siendo un intercambio de palabras cortés y diplomático termina por convertirse en aguantar durante ocho horas un verdadero tostón. No sé por qué, pero me da la sensación de que éste será uno de esos casos. Y no me equivoco. La señora, de nombre Satia, me empieza a explicar que va a Dacca para asistir al funeral de su suegra y que su suegro se está muriendo en el hospital.

Vive en Londres y su marido no ha podido viajar con ella, así que debe ir allí y cuidar del suegro y solucionar todo el papeleo relacionado con la muerte de la suegra. Lo curioso es que combina su historia con recomendaciones sobre las tiendas en las que es mejor comprar ropa e imitaciones (o prendas «caídas del camión») en Dacca. ¿Acaso le he preguntado? A medida que avanza en su discurso, con un inglés bastante bueno (cosa que no me extraña, porque me explica que hace años que reside en la capital británica), la velocidad de sus palabras va aumentando y cada vez pasa

con mayor rapidez de un tema a otro. Tiendas de ropa-muerte suegra, muerte suegra-tiendas de ropa.

Enseguida hago buenas migas con mi vecina, Satia, que tiene muchas ganas de charlar y yo de preguntar y saber de primera mano cómo es el país al que estoy a punto de enfrentarme.

A pesar de colindar con la India y de tener una historia muy cercana al país en el que he vivido los últimos años, Bangladesh me resulta un gran desconocido.

—No sé casi nada de Bangladesh —le digo a mi compañera de asiento— y eso que prácticamente vivo en la India.

—¿Ah sí? ¡Pues será como estar en casa! Bangladesh está casi rodeado por la India, justo al lado del estado indio de Bengala Occidental, menos una zona que da a Birmania —explica trazando, con el dedo índice, un mapa imaginario en el aire—. Está en el delta del Ganges. ¡Tenemos muchos monzones y ciclones cada año, muy malos para el país! En India los monzones son casi siempre buenos, pero en nuestro país traen muchas desgracias con las inundaciones que provocan.

—Antes estaba unido con Pakistán, ¿no? —le pregunto queriendo demostrar que he aprendido la lección.

—Sí, las fronteras que tiene hoy en día son las de la segunda partición de Bengala en 1947, cuando la región se convirtió en la parte este de Pakistán.

—Pero terminó no siendo Pakistán... —digo.

—Efectivamente. En 1971, después de sufrir mucha discriminación política y lingüística, porque no hablábamos urdu, tuvimos con Pakistán la guerra de independencia y surgió lo que hoy es Bangladesh.

—Y después de eso todo fue mucho mejor, imagino —le pregunto.

—No, no —contesta subiendo levemente el tono—, después de la independencia, sufrimos muchas hambrunas, desastres naturales. Además éramos muy pobres y constantemente había problemas políticos y golpes militares. La democracia vino en 1991.

—He leído que la tasa de pobreza ha caído en un veinte por ciento desde los noventa —le explico.

—Bueno, hay mucha pobreza aún —se lamenta—. Es que somos mucha gente. ¿Sabes que es el octavo país más poblado del mundo? Pero la economía de Dacca, la capital, hace posible que poco a poco vayamos hacia delante.

—Hablando de Dacca, me han alertado de que me encontraré con un ambiente convulso debido a problemas políticos en el país, que al acercarse las elecciones, la tensión entre el partido del gobierno y el de la oposición es muy grande —le digo, recordando las advertencias de algunas personas cuando les hablé de mi viaje.

—¡Sí, debes ir con cuidado al moverte por la ciudad! Tenemos una democracia parlamentaria —me dice— y eso favorece la economía, pero provoca que los partidos políticos siempre estén enfrentados.

—A otros niveles el país está bastante avanzado, ¿no? Según el Banco Mundial y otras organizaciones internacionales el país ha hecho grandes progresos en desarrollo humano, igualdad de género o alfabetización —le explico, sabiendo que le gustará oírlo, dada la tendencia a la susceptibilidad que tienen a veces en el sureste asiático cuando se cuestiona el desarrollo de sus países.

—Sí, seguramente —contesta dubitativa—, pero tiene demasiada gente y mucha corrupción. ¡Los políticos y los ricos son muy corruptos!

* * *

Cuando aterrizamos en Dacca, mi compañera de asiento, se despide afablemente y me da su tarjeta, por si en algún momento necesito su ayuda. Me despido educadamente de ella y salgo del avión. Mi primera sensación al pisar el aeropuerto de la capital de Bangladesh es exactamente la misma que tuve, hace más de diez años, cuando llegué por primera vez a Bombay. El aeropuerto era entonces muy parecido al lugar donde me encuentro ahora. En Dacca ya es de día. Tras recoger el equipaje, una muchedumbre espera fuera a parientes y familiares y turistas inocentones a los que timar (o al menos eso es lo que me digo, recubierto con la coraza con la que me he querido proteger en este viaje).

Tras varios intentos, encuentro por fin un taxi que acepta cobrar la tarifa oficial y que me lleva a mi hotel, situado en la zona de Bonani. Me doy cuenta rápidamente de que el bengalí es muy parecido al hindi, ya que entiendo prácticamente el ochenta por ciento de lo que está hablando el taxista con su teléfono móvil. Pruebo a decirle alguna cosa en hindi y me alegra comprobar que nos comprendemos perfectamente. ¡Qué bien! Una de mis

preocupaciones, la idiomática, ha quedado solucionada. Abro mi libreta y tacho a garabatos la anotación de «contactar traductor». Si se me escapa alguna palabra, ya la preguntaré.

Una vez en el hotel (¡vaya, ni funciona el agua caliente!) trato de dormir un rato, pero es tanta la excitación del viaje que desisto tras varios intentos. Como suelo hacer siempre cuando llego a un lugar, salgo a pasear por los alrededores del hotel. Lo que veo me sorprende gratamente, a decir verdad. Muchas tiendas y cafeterías, todas ellas con el cartel de «Hay wifi» (algo, sin querer comparar nuevamente, casi inexistente en la India, a pesar de ser una potencia mundial en esta materia). Entro en un supermercado para abastecerme de algunos productos de aseo y me quedo embobado entre las especias empaquetadas y las cajas de detergentes «a lo Bangladesh». Si hay algo que me apasiona es perderme en supermercados de otros países, descubrir qué productos se consumen más, cómo son los envoltorios... Me pasaría horas allí. Es una rareza, lo sé, pero tengo debilidad por los supermercados.

Tras seguir paseando y comprobando, en una de las cafeterías, que la velocidad de internet es realmente rápida, regreso al hotel. Hoy toca acostarse pronto; mañana será un largo día. Repaso en la libreta los detalles de las trabajadoras del sector textil con las que me iré reuniendo (mientras sigo buscando a Reshma) y cuyo contacto he podido conseguir a partir de organizaciones locales, expatriados amigos de amigos y alguna otra fuente más.

Imaginaba que en un país islámico tendría muchos problemas a la hora de proponer entrevistar a una mujer, pero no he tenido ningún impedimento ni por parte de ellas mismas ni de sus esposos. Sin duda, en estos días de contacto por emails y teléfono, me he dado cuenta de que Bangladesh es un país que vive la religión de un modo mucho más relajado que otros países cercanos, como por ejemplo Pakistán. He conocido muy de cerca la realidad de numerosos países islámicos durante todos estos años y, desde luego, Bangladesh me ha sorprendido.

En pocas horas empiezan mis entrevistas y siento una enorme curiosidad por saber cómo son las vidas de las mujeres con las que hablaré. Desconozco hasta qué punto le abrirán las puertas de sus existencias y su trayectoria vital a la mirada de este periodista. ¿Me revelarán detalles de sus vivencias en las fábricas? ¿Temen mencionar sus

condiciones laborales, conscientes de que no son bien vistas en Occidente o, por el contrario, harán una queja manifiesta y abierta de la explotación que supuestamente sufren? ¿Se sienten explotadas? Ésas y mil preguntas más invaden ahora mis pensamientos.

* * *

El jueves amanece soleado en la capital de Bangladesh. La temperatura es la justa: no hace demasiado calor ni se asoma el frío mañanero que a veces visita por sorpresa los amaneceres del trópico.

A las nueve de la mañana me he citado con una de las trabajadoras de las muchas fábricas textiles en Bangladesh, Najma (¿por qué me habrá citado a esa hora? ¿Acaso no tendría que estar trabajando?) en su chabola del *slum* de Majidpur Bosti, a pocos metros de los escombros del Rana Plaza, en Savar, a las afueras de la ciudad.

El taxi recorre calles abarrotadas y llenas del bullicio de una gran capital del sureste asiático. Los *rickshaws*, pequeños carruajes tirados por bicicletas, se cruzan con coches y motos, causando un tráfico que me resulta muy familiar. Pequeños puestos callejeros venden té y galletas a los trabajadores —desde peones hasta empleados de oficinas— que inician su jornada laboral. Autobuses llenos de mujeres, con las ventanillas completamente bajadas, van avanzando entre la contaminación de la gran ciudad: las pasajeras son las trabajadoras del sector textil, no me cuesta nada entenderlo. Están serias, pero ni más ni menos que todos los peces de ciudad de cualquier capital del mundo que abarrotan las calles a esta hora punta.

—Savar —dice el taxista, conforme llegamos a una zona en la que veo a los autobuses pararse y cientos de mujeres, casi en fila india, avanzando hacia grises y enormes edificios a ambos lados de la carretera.

Estamos ya en la zona donde me encontraré con Najma, la misma en la que hace meses se derrumbó el Rana Plaza, dejando cientos de cadáveres en su interior.

—¿Dónde está el Rana Plaza? —le pregunto al conductor.

Con un leve gesto de cabeza, me señala el lado derecho de la carretera en la que estamos. Y allí lo veo, a pocos metros de mí: una enorme explanada (no lo imaginaba tan extenso) vacía rodeada por vallas metálicas repletas de fotografías y carteles exigiendo justicia.

Justo allí, a esa misma hora hace unos meses, el derrumbe segó las vidas y las esperanzas de miles de trabajadores que cosían para grandes firmas internacionales. No puedo evitar sentir un escalofrío cuando pienso en lo que se vivió durante y después de la catástrofe.

Conforme nos acercamos a Majidpur Bosti, veo a dos personas que me están esperando: son Jamila, la responsable de una ONG local, y Salman, un asistente que hará las funciones de traductor (aunque ya voy viendo que les entiendo casi todo).

Tras las presentaciones, nos adentramos en una pequeña callejuela rodeada de chabolas que tampoco me resulta extraña. Y es que un *slum* es, al fin y al cabo, un *slum*, esté en Bombay o en Dacca: miles de infraviviendas donde viven hacinadas numerosas familias en estructuras hechas con barro, metal y uralita con unas condiciones higiénicas verdaderamente deplorables.

La creciente presencia de *slums* en Dacca es, como en Bombay, resultado directo de la inmigración desde zonas rurales en las que no existen tantas posibilidades como en la gran ciudad.

Mientras recorremos la superficie de chabolas hasta llegar a la casa de Najma, me explican que hace dos años que vive aquí, con su marido, y ambos provienen de una zona rural. El marido está ahora sin trabajo, así que el único sueldo que entra en la casa es el de Najma, que trabaja once horas diarias para poder sostener los gastos del hogar.

—Aquí es —dice Jamila, ralentizando su paso y señalando una de las chabolas con la puerta pintada de azul.

—*Very nice* —comento, arrepintiéndome al momento de haberlo dicho, porque, desde luego, no tiene nada de bonito que a estas alturas sigan existiendo este tipo de asentamientos urbanos y el conjunto mayoritario de la humanidad lo tolere.

En ese preciso instante, se abre la puerta azul y asoma la cabeza de una chica muy joven, con un sari fucsia cubriéndole la cabeza. Cuando nos ve, esboza una enorme sonrisa que ilumina hasta las sombras del callejón. Tras ella, sonríe ahora también un chico de apariencia aún más joven y con una sonrisa más radiante todavía que la de la chica del sari.

—Éstos son Najma y su marido Rahim —me presenta

Jamira.

—Encantado —les digo, sin saber muy bien cómo saludarles. El *namasté* no corresponde aquí, así que me limito a darles la mano.

—¡Es el escritor, el escritor! —les dice a ellos, que abren los ojos como naranjas, echando la cabeza levemente hacia atrás en un gesto idéntico.

Me invitan a pasar y me ofrecen un té riquísimo. Me doy cuenta de que el sentido exquisito de la hospitalidad, algo que siempre he admirado de la India, es exactamente igual en Bangladesh.

Nos sentamos y ellos me siguen observando embelesados, sin alterar, ni por un segundo, la enorme sonrisa con la que me han recibido.

La responsable de la ONG, Jamila, les habla de mi trabajo y les explica mi cometido en Bangladesh. Ellos van asintiendo, ante mi enorme fascinación, porque en ningún momento dejan de sonreír.

—Muchas gracias por recibirme —les digo en hindi, tanteando sus expresiones para tratar de adivinar si me están entendiendo. Pero no consigo sacar ninguna conclusión, porque siguen con el mismo gesto sonriente en sus caras, casi sin parpadear, con aquella expresión que ponen los niños en España cuando ven a los Reyes Magos por primera vez.

—Gracias, gracias —repite Rahim, rompiendo el encantamiento.

—Najma, explícale cuándo y por qué viniste a vivir a Dacca y cómo fueron tus primeros tiempos en la ciudad —le pide la trabajadora social.

—¿Le explico a él? —contesta una tímida Najma, como si yo no estuviera presente, lo que provoca mi carcajada y acentúa aún más la sonrisa de ambos. Rahim la mira con enorme cariño, «con ojos de enamorado», como diríamos en mi tierra.

Pasan al menos diez minutos entre saludos y comentarios vacíos. Ella insiste en que me beba el té y ya veo yo que hasta que no me lo engulla todo no van a estar tranquilos. Najma pregunta a Jamila si quiero galletas, a lo que ella responde con un gesto para indicarle que no va a ser necesario.

—Vine al pueblo después de casarme con Rahim —empieza por fin a relatar—. Ninguno de los dos teníamos trabajo o manera de conseguirlo allí, porque la gente es

muy pobre y es muy difícil encontrar un puesto. Así que vinimos a Dacca. Muchas otras familias del pueblo han venido aquí y han encontrado trabajo. Mi prima me habló de la fábrica a la que ella iba a hacer ropa, así que le habló de mí a su jefe y conseguí allí un trabajo. Eso fue hace dos años y sigo en el mismo lugar. Las prendas que yo coso siempre pasan el control de calidad, dicen que lo hago muy bien.

Najma mira con otra gran sonrisa a su marido, que asiente con la cabeza y me mira ilusionado, orgulloso de su mujer. No puedo evitar pensar que hacen muy buena pareja y que se les ve profundamente enamorados.

—Por cierto, Najma —interrumpo—, ¿por qué no estás ahora en el trabajo? ¿Por esta entrevista? ¿Te han permitido faltar?

—Más tarde tengo que ir también al médico, porque me ha salido esto en el brazo —me muestra una erupción en el antebrazo derecho— y me pica mucho, no sé que es.

—Mosquito, mosquito —dice Rahim.

—No es la picadura de un mosquito, porque no son así ni duran tanto. Creo que es... ¿cómo se dice? —le interrumpe Najma con dulzura.

—Una alergia, seguramente —dice Jamila, observando minuciosamente el brazo de Najma después de haberse colocado unas gafas minúsculas.

Pienso en las condiciones higiénicas del lugar en el que viven, y tal vez en el que trabaja Najma, un caldo de cultivo para erupciones como la que nos acaba de mostrar.

Najma prosigue su relato, cada vez más confiada:

—Pedí fiesta para hoy la semana pasada y me la han dado. Mi jefe es muy bueno. Pero nunca pido fiesta, porque hay chicas en la fábrica que lo hacen continuamente y terminan echándolas. Yo quiero trabajar, estoy muy contenta en el taller y tengo mucha suerte, porque en el pueblo no tendría ninguna manera de ganar dinero. Sólo espero que Rahim encuentre pronto un trabajo.

—¿Conocías a alguna de las personas que trabajaba en el Rana Plaza? —le pregunto, aun sabiendo que me dirá que sí y que seguramente perdió en el derrumbe a muchos allegados a los que apreciaba de verdad.

Por primera vez, Najma deja de sonreír y mira hacia abajo. Rahim hace exactamente lo mismo.

—Sí, conocía a muchos de los que han muerto allí. Es muy triste, muy triste... Aún hay personas de esta zona en

la que vivimos a las que no han encontrado. Estamos todos muy preocupados, mucha tensión…

Me sorprende lo de los desaparecidos, creía que se habían encontrado todos los cuerpos de las personas que perdieron la vida en la tragedia. Anoto rápidamente «mirar tema cuerpos» en mi libreta para indagar más tarde en la red y averiguar algo.

—Najma, ¿ha cambiado alguna cosa en la fábrica donde trabajas desde que sucedió lo del Rana Plaza?

—Nos han dicho que cambiarán algunas cosas, pero de momento todo sigue igual. Yo lo único que quiero es conservar mi trabajo. Tampoco sé qué es lo que va a cambiar ni qué van a hacer. Pero quiero seguir trabajando, necesitamos el dinero ahora que Rahim no tiene trabajo.

—¿No tienes miedo de tu seguridad en el edificio, de que no esté en buenas condiciones o de un incendio, como tantos en estos últimos años?

—¡No, claro que no! —responde Najma rápidamente, esbozando de nuevo una sonrisa—. La fábrica en la que trabajo es un lugar muy seguro. Durante las últimas semanas han venido muchas personas del gobierno para hablar con mi jefe y para comprobar que el edificio está bien. Y está perfecto todo.

—¿Qué horario tienes, Najma?

—Entro a trabajar a las ocho de la mañana y termino a las siete de la tarde, aunque a veces termino a las nueve o a las diez, pero no siempre. Nos dan entre quince y veinte minutos para comer. Mi jefe es muy bueno y siempre me deja estar veinte minutos. Yo sólo quiero conservar mi trabajo —repite una y otra vez Najma, que se alisa el sari fucsia con su mano derecha mientras que con la izquierda agarra fuerte la de Rahim (detalle por cierto, muy poco habitual en su cultura, en la que las muestras públicas de afecto entre un hombre y una mujer no son siempre bien vistas).

—¿Todos los días de la semana?

—Sí —responde, sonriendo.

—¿Cuánto ganas? —me atrevo a preguntar, sabiendo a ciencia cierta que una pregunta que jamás se podría pronunciar en Europa no está en absoluto mal vista en otros entornos geográficos.

—Tres mil quinientos takas al mes —contesta Najma al momento.

—¿Al mes? —pregunto, aun temiendo que la respuesta

será afirmativa y que efectivamente gana poco más de treinta euros mensuales por trabajar más de once horas diarias los siete días de la semana.

—Sí, cada mes —afirma, asintiendo con la cabeza, cubierta aún con el sari.

—¿Cuanto pagáis por la chabola? —pregunto casi sin darme cuenta de que estoy pensando en voz alta. Si algo sorprende en Occidente, según he comprobado en todos estos años, es el saber que vivir en una chabola, en países como India o Bangladesh, implica pagar un alquiler, muchas veces nada económico (en Bombay el alquiler de una chabola sin agua ni luz puede alcanzar los cuatrocientos euros mensuales, incluso más). Por ello, generalmente y con la finalidad de compartir los gastos del alquiler (que se paga a una mafia local o un terrateniente cuya relación con la legalidad también es dudosa), conviven numerosas personas hacinadas en una misma vivienda.

—El alquiler nos cuesta muy poco —dice Najma, sin dar detalles numéricos esta vez—, porque es de unos amigos que ahora están trabajando en la obra en un edificio y viven allí. Así que les pagamos a ellos un pequeño alquiler, muy poco.

No quiero pedirle que se moje más y me dé la cifra exacta, porque siento que ya me estoy inmiscuyendo bastante en su vida.

—¿Cómo te gustaría verte en diez años, Najma? —le pregunto, siendo ahora yo el que sonríe abiertamente. Hablar de futuro, en cualquiera de los casos, siempre es hablar de esperanza. Y eso es, sin duda, motivo para sonreír.

—Espero que tengamos hijos. —Mira ilusionada a Rahim, que ríe y la contempla embelesado—. Y que yo pueda ir progresando en el trabajo. Seguro que Rahim conseguirá un trabajo y yo cada vez podré ir teniendo mejor sueldo. Queremos seguir viviendo en Dacca y, quién sabe, si alguna vez podemos, irnos a una casa con baño.

—Najma, si te dieran a elegir entre trabajar más horas, ganando lógicamente más, o trabajar menos horas con el mismo sueldo que tienes ahora, ¿qué preferirías? —Sé que la pregunta que le he hecho es políticamente muy incorrecta en España o en cualquier otro país de Occidente. Que la reacción fácil a esa pregunta es decirme que cómo me atrevo a hacerla, que ni una cosa ni la otra, y que uno no debe preguntar eso, porque lo justo es menos horas,

mayor salario y unas condiciones dignas. Y lo sé. Pero no puedo evitar sentir una enorme curiosidad por la que va a ser la respuesta de Najma.

—¡Trabajar más horas con mejor sueldo, por supuesto! De hecho, lo propongo mucho a mi jefe, pero me dice que ahora mismo no es buen momento. No sé qué quiere decir. ¿Cuándo será el momento de poder ganar más? —me dice, encogiéndose de hombros y manteniendo su sonrisa deslumbrante.

Tras unos minutos más de conversación, acerca de Bangladesh, de sus sueños con Rahim y de lo angustiados que están en la zona por no saber el paradero de algunos de sus vecinos tras el derrumbe del Rana Plaza, la trabajadora social me recuerda que Najma debe ir al médico, insinuando que los minutos de entrevista ya han terminado.

Nos levantamos y me despido de ellos dándoles la mano. Tras estrechar mi mano, Rahim se lleva la suya al corazón, un gesto que conozco perfectamente por ser también muy habitual en el estado de Maharashtra, cuya capital es Bombay, en el que trabajo desde hace años. Repito el gesto y les agradezco nuevamente su tiempo y su atención.

—*Ashi* —me dice Najma.

—¿Qué significa *ashi*? —le pregunto a Jamila cuando ya nos estamos alejando por el callejón del *slum*.

—Nunca decimos adiós en Bangladesh, sino *ashi*, que viene a ser algo como «Nos veremos de nuevo».

Me parece preciosa esta forma de despedirse y, sin embargo, me invade esa especie de nostalgia momentánea que se siente cuando le dices adiós a alguien y sospechas que no lo volverás a ver más. Espero, de todo corazón, que Najma y Rahim encuentren una vida mejor con unas condiciones laborales mucho más justas para ella. Sin embargo, y sacándolo de ese contexto, no puedo evitar sentir tranquilidad por lo que me han transmitido.

Cuando los observo, unidos en lo que para cualquiera sería la pura adversidad, teniéndose el uno al otro, recuerdo algo que escuché en una ocasión: el universo no da la magia a aquellos que no la valoran, sino a aquellos que la retienen siempre en sus vidas para convertirlas en algo precioso. Najma y Rahim, sin duda, se han sabido rodear de esa magia.

* * *

El taxi me espera de nuevo a la hora que hemos dicho. Sin duda, en las pocas horas que llevo en Bangladesh, me está sorprendiendo la puntualidad y formalidad de sus habitantes. En India, desde luego, aún estaría esperando.

Las tensiones provocadas por el panorama político se perciben en la ciudad. Le digo al taxista que se pare en un quiosco y me hago con un ejemplar de un periódico local en inglés.

Voy directo a las noticias sobre política nacional. Al menos una persona murió el día anterior durante las movilizaciones protagonizadas por simpatizantes de la alianza formada por los principales partidos de la oposición en Bangladesh, según informan al diario local fuentes policiales.

Mansur Pradhania, de veinte años y estudiante de derecho, pereció durante un choque entre la policía y miembros de partidos de la oposición en el área de Malibagh de la capital bangladesí. Parece que los manifestantes detonaron un artefacto casero durante la protesta y, como respuesta, los agentes «dispararon al aire». A continuación, descubrieron el cuerpo de Pradhania sin vida y con varios impactos de bala, pero la policía no se responsabilizó de la muerte del joven.

Las movilizaciones lideradas por el Partido Nacional de Bangladesh (BNP) —la principal formación opositora— han sido convocadas esta semana una vez más, pero parece que han sido posteriormente prohibidas por la policía para mantener el orden en la ciudad.

El cuartel general del BNP y la residencia de su líder, Khaleda Zia, se encuentran estos días completamente rodeados por la policía y miembros del ejército, según describe el periódico local. Esto no ha evitado que en otras zonas de la ciudad menos controladas por las fuerzas de seguridad sí se estén produciendo movilizaciones.

A esas protestas respondieron el día anterior, según señala también el diario que leo, cientos de simpatizantes de la gubernamental Liga Awami, que salieron a las calles para usar «la fuerza» ante cualquier amenaza del BNP, sin que se llegaran a producir choques.

Estamos en otoño y, para evitar que la escalada de violencia aumente todavía más con motivo de las elecciones, que se celebrarán el próximo 5 de enero, el ejército ha comenzado, a petición de la Comisión Electoral, el despliegue de cincuenta mil soldados en todo

Bangladesh. Desde el anuncio de las elecciones, la violencia se ha disparado en el país asiático con más de una veintena de muertos en disturbios provocados por desavenencias entre las principales formaciones políticas.

El taxi, tras llevarme durante varias horas a sitios de la ciudad que quería conocer, como la Mezquita Nacional Baitul Mukarram o el pintoresco puerto del viejo Dacca, me ha dejado en la puerta el hotel. Son ya las diez de la noche, pero me apetece seguir dando un paseo por los alrededores. Se escuchan algunos grillos cuyo canto se entremezcla con los ruidos lejanos de los cláxones de los coches en la calle principal, a muy pocos metros de la pequeña callejuela en la que se encuentra mi hospedaje.

Pienso en Najma y en Rahim, en su vida y su futuro. Podía haber sido una entrevista lacrimógena teñida de lamentos por la sobreexplotación y el vasallaje al que les somete Occidente. Pero me he encontrado con una pareja feliz, como podrían haber sido mis padres hace muchos años, cuando los sueldos en España no eran en absoluto equiparables a la media europea y algunos aspectos laborales que hoy nos horrorizan se vivían entonces con absoluta normalidad. Pero sé que no puedo tener esa concepción tan ñoña e inocentona, o conformista, e incluso pueril, provocada ahora por la buena impresión que me han causado unos Najma y Rahim sonrientes, alejados de la imagen de penuria dictada por mi subconsciente occidental. Este tema va mucho más allá de eso. Se trata de derechos, de derechos humanos, universales, que se deben cumplir y que nunca, bajo ninguna circunstancia, se deben olvidar o se debe dejar de presionar para que se cumplan.

Me quedan aún muchos días en Dacca y muchas entrevistas y descubrimientos para seguir ahondando en esta realidad que hasta hace bien poco me resultaba totalmente ajena.

Paseo de nuevo mis pensamientos por la vida de Najma y Rahim, cuando de golpe invade mi mente la imagen de Reshma, la misteriosa superviviente del Rana Plaza, a la que todavía no he conseguido encontrar.

Decido que mañana almorzaré en el hotel donde dicen que ahora trabaja, a ver si puedo hacer alguna averiguación, y sigo navegando por mis pensamientos al tiempo que recorro a ritmo pausado las tranquilas calles del barrio de Bonani. Mientras, un sinfín de estrellas bendice plácidamente mi paseo nocturno.

3

Rupa
Las costuras de la industria textil

Esta mañana he decidido ir a almorzar al Westin, el hotel en el que supuestamente trabaja la misteriosa Reshma, rescatada con vida diecisiete días después de que se derrumbara el Rana Plaza.

El Westin es lujoso y caro, muy caro. Espero que por una comida del bufé no me cobren demasiado. Lo cierto es que acudiendo al hotel como cliente, ganándome a su personal y siendo una «cara habitual» va a ser, creo, la única forma de que me permitan acercarme a la enigmática Reshma. Ya empiezo a pensar que ni siquiera existe, aunque los artículos publicados en la prensa inglesa, que la señalan como una impostora financiada por el gobierno del país, me han parecido escasamente contrastados y absolutamente tendenciosos.

El *rickshaw* me deja a pocos metros de la puerta principal, una enorme entrada con garita de seguridad y detector de metales. Una vez he cruzado el control de seguridad, un enorme *hall* de mármol beis me recibe en todo su esplendor. El aire acondicionado está en su justa medida (poco habitual en determinados países con mucho calor y en los que se empeñan en poner a prueba de neumonía a toda la clientela).

Unos aparentemente cómodos sofás, dispuestos a ambos lados, abren paso a unas escaleras mecánicas que conducen a la recepción y conserjería. Creo que parezco un loco mirando compulsivamente hacia todos los lados, tratando de reconocer la cara de Reshma en alguna de las trabajadoras que recorren con una amplia sonrisa las instalaciones del hotel. Pero ni rastro. Ni siquiera se le parecen.

El restaurante bufé (los demás serán carísimos, seguro) está en el segundo piso, al que subo metido en un enorme ascensor de tonos beis y dorados que casi serviría de *suite* imperial.

Tras sentarme en una mesa muy conveniente (¡al lado de la zona de los postres!), me dispongo a atacar las ensaladas y las enormes bandejas con suculentos platos de todo el mundo, incluida una esquina de *sushi* y otras *delicatessen* del Japón.

Observo las mesas a mi alrededor. Hombres y mujeres de negocios (extranjeros) se mezclan con mujeres pudientes de Bangladesh, que lucen caros pedruscos en los dedos y rodeadas por un séquito de *nannies* que se encargan de unos niños repeinados que no paran de corretear.

Sin embargo, percibo muy rápidamente algo que no me extraña en absoluto: prácticamente el ochenta por ciento de las mesas está ocupado por «comidas-reuniones» en las que se habla (tengo el mal hábito de escuchar deliberada y descaradamente conversaciones ajenas) de tratos comerciales relacionados con ropa y con el sector textil. Unos miran catálogos con patrones y modelos de vestidos discutiendo precios y cantidades, mientras otros —demasiado lejos de mí para captar la conversación entera— discuten algo sobre empleados y salarios.

Cuando por fin considero que ha llegado la hora, llamo a la que parece ser la encargada de sala, cuyo nombre aparece reluciente en un pin de su solapa.

—Disculpe, aquí trabaja Reshma Begum, la chica que sobrevivió a lo del Rana Plaza, ¿verdad? Me haría tanta ilusión sacarme una foto con ella. ¡La admiro tanto! ¿Sería posible? Sólo quiero hacerme la foto y felicitarla —le digo, en plan detective de pacotilla haciéndose pasar por un mero turista.

—Un momento —responde ella, alejándose rápidamente hacia el teléfono.

Mientras habla, a suficientes metros de mí como para ni siquiera poder leerle los labios, me pregunto a qué vendrá tanta parafernalia. Ahora, la camarera escucha a su interlocutor al otro lado y me mira fijamente, con expresión más bien seria.

No obstante, y tras colgar, va abriendo la sonrisa a medida que se me acerca.

—Verá, hoy no está. Tendría que hablar con el departamento de Relaciones Públicas, cuya responsable

tampoco se encuentra en el hotel en estos momentos porque ha tenido que atender un evento fuera —me dice un poco tensa.

Le agradezco su atención y me quedo bastante frustrado. No puedo evitar, aunque no quiera, sacar conclusiones extrañas. Si bien, objetivamente, lo que me ha comentado no tiene nada de anormal, sí es verdad que he captado cierto secretismo y poca naturalidad desde el momento en el que he pronunciado la palabra «Reshma».

¿Será verdad que al final la podré entrevistar? ¿Podré sacarme una foto inocente con ella, que es sólo el primer paso del plan que he trazado? ¿Tendré acceso a ella sin ningún problema y todas las elucubraciones en mi cabeza son fruto de bulos y manifiestos para vender más periódicos por parte de cierta prensa inglesa que ha calificado a Reshma de farsante a sueldo?

¿O será cierto que la tienen medio escondida? Si es así, ¿por qué? ¿Y con qué finalidad? ¿Escapó realmente antes del derrumbe o es la heroína de la que hablan los periódicos de Bangladesh? Si es verdad que vive en el hotel en el que ahora me encuentro y casi no sale, ¿por qué me han dicho que no está allí?

Igual no hay ni trampa ni cartón y lo que hace el hotel, con muy buen juicio, es mantenerla alejada de reporteros como los ingleses o de otros periodistas o escritores españoles como yo que se quieren entrometer en una historia que, al fin y al cabo, no es ni más ni menos grave que la de miles de personas que desgraciadamente perdieron la vida en el derrumbe. ¡Qué más da si Reshma fue rescatada más o menos días después de lo que cuentan! ¡Qué más da si ella quedó atrapada durante días entre los amasijos del Rana Plaza! ¿Acaso lo importante no son las miles de personas que perdieron la vida en ese accidente y las otras miles que en estos momentos pueden estar trabajando en una fábrica insegura?

Por primera vez desde que he llegado a Bangladesh, me siento incluso ridículo por esta búsqueda, que no sé muy bien adónde me va a llevar. ¿Sacaré tras conocerla alguna noticia más sobre una realidad tan compleja como la industria textil en este país de Asia?

* * *

Aprovechando la buena cobertura de internet que hay en el

Westin, mantengo la charla por Skype que tenía pendiente con Rupa, una trabajadora social de Pakistán con la que estudié mi curso de Harvard. Rupa ha participado como activista en campañas de varias organizaciones en distintos puntos del planeta: PETA, Greenpeace...

Una de las organizaciones con la que a veces ha colaborado es Campaña Ropa Limpia (CRL), cuyo nombre leo casi siempre en artículos relacionados con la lucha por los derechos de los trabajadores en Bangladesh. Después de comprobar que está conectada y saber que puede hablar, le pido que me amplíe la información acerca de este tipo de campañas.

—Cuéntame un poco mejor esto de la Campaña Ropa Limpia, Rupa. Llevo tiempo viendo menciones a ella en foros y escuchando este nombre, pero no conozco muy bien el origen.

—La CRL empezó en 1989. Había unos almacenes en Holanda que vendían ropa confeccionada en Filipinas. Cuando se supo en qué condiciones trabajaban allí, un grupo de personas empezó a manifestarse en la puerta y, poco a poco, el movimiento fue creciendo.

—¿Y se formalizó?

—Efectivamente. ¡Y ahora está presente en catorce países de Europa, en Canadá, Australia y Estados Unidos! Además tiene coaliciones en los países donde se fabrica la ropa en cuestión, mayoritariamente en Asia, América Central y Europa del Este. Ya sabes, los países en los que se hace gran parte de la ropa que llevamos tú y yo.

—¿Cuál es su misión? —le continuó con el cuestionario, imitando a una de nuestras profesoras en el curso.

Después de reír y recordar «batallitas» de nuestros días en Estambul, Rupa retoma el tema:

—La idea es mejorar entre todos las condiciones del sector textil y la industria de material deportivo —dice ella.

—¿Y en qué se basan estas mejoras? —pregunto.

—Pues en lo que han trabajado tantas personas durante muchos años a lo largo de la historia: se busca que haya unas condiciones que sean como las marcadas por la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

—¿Y trabajan con sindicatos de Bangladesh, por ejemplo? —le pido que me explique.

—Sí, pero no es tan sencillo. Y aquí está la gravedad del asunto: no siempre existen sindicatos o se da a los trabajadores la opción de que tengan esa plataforma de

representación para sus intereses. La CRL trabaja con doscientas cincuenta organizaciones de trabajadores repartidas por todo el planeta, pero hay tanta cantidad de trabajadores que no están regulados, que son mano de obra inmigrante y cuya existencia casi es desconocida que es absolutamente necesario acercar mucho más la mirada internacional e inspeccionar mucho mejor las verdaderas condiciones.

Mientras Rupa sigue hablando, anoto en la libreta el recordatorio de que tendré que repasar, más tarde, los Derechos del Trabajador reflejados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos[1].

—Los trabajadores tienen derechos, ¿sabes? —dice Rupa, como si me hubiera leído la mente—, y no lo digo sólo yo, lo dicen las Naciones Unidas, amigo.

—Sí, claro —replico—, que precisamente tienen su sede en Estados Unidos, donde tantas veces se vulneran abierta e impunemente los derechos humanos, sobre todo fuera de sus fronteras.

—Bueno, eso es otro asunto —responde Rupa con una leve sonrisa—, si todos fuésemos coherentes, el mundo no estaría como está.

—¡Eso lo tengo muy claro, Rupa! Como la coherencia de las empresas que tienen departamentos de Responsabilidad Social Corporativa, pero les da igual si sus productos se fabrican en condiciones de explotación —me atrevo a sentenciar.

—Bueno, es que no es tan fácil tener pleno conocimiento —contesta Rupa—, pero algunos grupos de activistas, como la Campaña Ropa Limpia, por ejemplo, tienen una especie de pautas para aconsejar a las empresas cómo pueden averiguar si en las cadenas de distribución no se vulneran los estándares laborales de ese país y del resto del mundo.

—Imagínate que yo tengo una empresa y que quiero saber qué pasos tengo que seguir… —le planteo.

—Pues mira, lo primero que tendrías que hacer es tener un código.

—¿Un código de qué? ¿Una especie de fusión entre protocolos internos y RSC? —le pregunto.

—Sí, exactamente. Y ahí deben estar reflejados, de forma muy clara, los principios de la OIT.

—Ya que te veo tan puesta en el tema, Rupa, recuérdame alguno…

—Espera, espera —dice leyendo una especie de papel con

anotaciones que seguramente habrá preparado al saber el tema que trataríamos—. Pues mira, que no trabajen niños, que no se discrimine, que no haya trabajo forzado, que los empleados tengan derecho a tener un convenio colectivo, que haya un salario mínimo y un máximo de horas trabajadas, que las instalaciones en las que trabajan estén limpias y seguras...

—Pero, a ver, Rupa, todos sabemos que eso en la teoría está muy bien. Pero ¿cómo controlar que todos estos principios que se plasmen en su código van a ser puestos en práctica? —pregunto para provocarla.

—¡No vayas tan rápido! ¡Ya te he dicho que no es tan fácil! Esto es sólo el primero de muchos pasos más. Piensa que el propio código tiene también que establecer de forma muy clara unos sistemas para que sea más fácil controlar la cadena de producción, con lo cual ya está ofreciendo, de alguna manera, las pautas para ejercer un mayor control.

—Aun así nadie garantiza que se sigan esos sistemas, Rupa —insisto.

—Oye Jaume, hoy estás inspirado, ¿eh? —dice riendo, sabiendo que me gusta provocarla.

—¡Tú me inspiras! —bromeo—. Pero sigamos con el tema. ¿Este código lo tendría que elaborar la empresa a solas en plan dictatorial? Igual se está cargando, en pro de la justicia o de querer ofrecer una mejor imagen a nivel internacional, todos los intereses verdaderos de los trabajadores. Que ya sabemos que cada entorno es distinto.

—¡Claro que no tiene que hacerlo la directiva de la empresa a solas! ¡Eso nunca! Precisamente los sindicatos y otras organizaciones del país en el que esté situada la fábrica tienen mucho que decir a la hora de elaborar un código y llevarlo a la práctica. ¡Eso siempre!

—Te digo yo que hay mucho empresario perdido, Rupa —comento, sabiendo que no es tan fácil para el responsable de una pequeña o mediana empresa averiguar a qué tipo de agrupaciones se tiene que afiliar para iniciar un camino ético.

—Ahí estoy de acuerdo, no hay tanta información. O, mejor dicho, la información no se ofrece a menudo al gran público. Ya sabes, las guerras y los derrumbes venden más... —dice emitiendo un chasquido—, pero sí existen iniciativas para hacer más fácil ese trabajo y poderlo compartir conjuntamente con otros agentes implicados. Las MSI, por ejemplo.

—¿Y eso qué es? —pregunto, desconcertado por tanta sigla.

—Iniciativas Multistakeholder… —responde mi amiga, ralentizando su discurso para que me dé tiempo a apuntar —. Son grupos de empresas, sindicatos, organizaciones y varios actores implicados en la cadena que se unen para pensar y ejecutar mejoras de forma conjunta.

»Hoy en día ya hay varias en marcha, como por ejemplo la Fair Wear Foundation en Holanda, la Ethical Trade Initiative, en Inglaterra, o la Social Accountability International en los Estados Unidos.

—¡Espera, espera! ¡Dame tiempo a escribir! —le suplico.

—Eso no quiere decir que una empresa ya es perfecta y totalmente ética si forma parte de uno de estos grupos, pero sí que es un indicio de que va por el camino de mejorar y velar por el trabajador. Además, una de las cosas que contemplan estos códigos es que el trabajador puede presentar una queja si algo reflejado en él no se está llevando a la práctica.

—Pero, a ver, Rupa, si por desgracia muchos de estos trabajadores no saben ni leer…

—Pero sí saben leer, en gran parte, los representantes sindicales. Y si algo deben reflejar estos códigos es que exista la libertad de asociación entre los trabajadores y de negociación colectiva para velar por sus derechos e intereses.

—¿Y qué papel tienen los gobiernos en todo este entramado de campañas y agrupaciones?

—Pues deben tener exactamente el mismo que otros agentes y trabajar en la misma dirección. Eso está muy claro —contesta contundente—. Se debe exigir a los gobiernos de los países productores que se comprometan a dar garantías de que se están cumpliendo todos los convenios regulados en la OIT. Lo grave de todo es que no siempre se sanciona en una línea que proteja al trabajador. Y ahí no sólo tiene la culpa el gobierno de Bangladesh o del país que sea. Los países de Europa, por ejemplo, también tienen mucha culpa de poner por delante los intereses económicos del libre comercio antes que la seguridad de un trabajador. Esto es muy grave, ¿sabes?

* * *

Una vez me despido de Rupa, saturado con tanta

información, decido pagar, levantarme de la mesa y regresar a mi hotel, no sin antes despedirme con una sonrisa cortés —exagerada, tal vez, con la finalidad de lograr mi objetivo final— a la encargada de sala.

Cuando bajo al *lobby* principal por las escaleras mecánicas, me percato de algo que me había pasado totalmente por alto al entrar: un enorme cartel con la fotografía de una chica preside la sala. Intuyendo de lo que se trata, avanzo rápidamente hacia él. Es una gran imagen de Reshma, a tamaño natural, que aparece mirando a cámara y sonriente, con la cabeza cubierta con un pañuelo negro y la camisa gris, uniforme de las trabajadoras del hotel. El vistoso título que acompaña el retrato es: «Reshma, la chica del milagro».

El texto que aparece justo debajo, al lado de la imagen de Reshma, destaca su heroicidad:

> *Reshma Begum, milagrosamente rescatada con vida entre los escombros de la derrumbada fábrica de Savar, Dacca. Reshma ha sido recientemente contratada como «embajadora del área pública» del Westin Dacca.*
>
> *Sobre Reshma*
> *Fecha de nacimiento: 3 de agosto.*
> *Comida favorita: helado.*
> *Persona favorita: Ms. SS Helen.*
> *Está agradecida a: Mr. Mohd Noor Ali.*
> *Pasión: música hindi.*
> *Lugar de interés: Dacca.*
> *Lugar favorito en el Westin: la piscina.*

El contrato de Reshma en el Westin Dacca fue cubierto ampliamente por la prensa nacional e internacional en canales de televisión y periódicos como CNN, BBC News, Al Jazeera TV, *Guardian* UK, Reuters TV, *Gulf News*, *Independent* UK, etc.

Tras apuntar los nombres de sus personas favoritas (uno de ellos un futbolista de Singapur), me quedo observando los ojos de la Reshma, en tamaño natural, que tengo ahora ante mí. ¿Por qué te esconden, Reshma? ¡La de quebraderos que me estás dando, muchacha…!

Pienso entonces en el infierno que debió suponer estar enterrada viva en los escombros de la fábrica, sin saber siquiera si las personas de fuera tendrían esperanza de

encontrar aún a alguien con vida o abandonarían las labores de rescate. Y de esa imagen acudo rápidamente a otra, la de supuesta actriz pagada por el gobierno de Bangladesh, una imagen que también hace que la vea como la víctima inocente de una estratagema sin mucho sentido. Pienso entonces, ya de camino hacia mi hotel, en las otras compañeras de Reshma que no corrieron la misma suerte y murieron atrapadas en los escombros de una fábrica en la que ni antes ni después del incidente se asomó jamás el sol.

Esta noche he quedado para cenar con Saif Kamal, un periodista del *Dhaka Tribune*, muy conocido en los corrillos periodísticos de Bangladesh y de quien me han hablado muy bien por su profesionalidad. Un conocido común nos ha puesto en contacto y Saif está dispuesto a ayudarme en lo que sea durante el proceso de investigación.

Saif Kamal ha trabajado también en el desarrollo de marcas muy importantes, estrategias de *marketing* y relaciones públicas y es todo un emprendedor social. Es fundador de la asociación Younger Leaders de Bangladesh y miembro del consejo juvenil de la embajada de los Estados Unidos en Bangladesh. Colaboró activamente en el desarrollo de la campaña «Uniquely Singapore» para el gobierno de Singapur y ha participado en numerosas iniciativas a nivel internacional. Pero lo que más me interesa ahora mismo de Saif, además de su valiosa opinión acerca de muchos acontecimientos del país en el que me encuentro, es que es miembro del RMG ACTion Group, una agrupación de empresarios y expertos de varias áreas que han desarrollado un código para aumentar la seguridad y la estabilidad de la industria textil en Bangladesh después del accidente del Rana Plaza.

Saif, culto, amable y educado, es un bangladesí que piensa y habla como un ciudadano del mundo, por encima de fronteras e idiosincrasias, algo que hace que conectemos al momento y que fluya entre nosotros desde el primer minuto una cordial relación. Me pasa a recoger con su coche y me lleva a uno de los mejores restaurantes japoneses de la ciudad.

—Mira, en esa mesa detrás de nosotros está el hijo de la primera ministra de Bangladesh —me dice, señalando discretamente una mesa larguísima de matrimonios en sus cuarenta. Seguidamente, me explica quién es quién en las demás mesas. La escena me recuerda mucho a los círculos más elitistas de Bombay, que frecuentan los mismos

restaurantes para ver y ser vistos y poder comentar al día siguiente, con pelos y señales, las últimas novedades entre el «pijerío» de la ciudad.

Mientras empezamos a cenar, Saif me sigue sorprendiendo por su buen hacer y la exquisitez de su trato. Cada vez que se levanta alguien de alguna mesa (incluida la del hijo de la primera ministra, a quien me presenta educadamente con el intercambio de unas amables y escuetas palabras), acude casi en fila a saludar a Saif. Me voy dando cuenta de que mi contacto no es moco de pavo y me alegro de tenerlo de mi parte para la escritura del libro.

—Saif, ¿en qué consiste exactamente el RMG ACTion Group? —le pregunto, yendo al grano.

—Mira, Jaume, mientras el mundo se encuentra revolucionado por lo que sucedió en el Rana Plaza, aún hay mucho por descubrir y saber. Nuestro colectivo ha querido centrarse en crear unas bases que hagan mejor y más sostenible la industria textil en Bangladesh. —Saif, que inicia su respuesta de forma directa y concisa, teniendo muy claro lo que va a decir, se refiere a la industria textil utilizando las siglas RMG (Ready Made Garments)—. La industria textil en este país no sólo ha permitido en los últimos años superar los veinte billones de dólares en exportaciones, suponiendo más del ochenta por ciento de exportaciones desde Bangladesh, sino que permite el mantenimiento de casi cuatro millones de personas que trabajan en este sector, la mayoría de ellas mujeres.

—Parece que de repente no se habla de otra cosa en la prensa internacional —le digo, esperando algún comentario al respecto.

—Cierto. Ahora el mundo parece estar más sensibilizado, aun sabiendo desde hace tiempo que las condiciones y la situación en general eran las mismas en los últimos tiempos. De repente, con el derrumbe, todo el mundo quiere implicarse.

—¿Y es eso malo? —le pregunto, a pesar de saber que las excesivas intervenciones exteriores nunca resultan ser la solución final.

—Bangladesh necesita un plan local —prosigue, sin casi dejar tiempo a que termine de formular mi pregunta— para solucionar los problemas en su principal fuente de ingresos y crear posibilidades de un futuro más próspero. Por eso, en este contexto, un grupo de profesionales de varias industrias y sectores, así como de la sociedad civil, con

perfiles distintos, nos hemos unido para dar un enfoque holístico de la situación, desarrollando un plan para colaborar con todos los agentes implicados y crear un plan inclusivo de reforma.

—¿Con qué intención? —Me está resultando tan interesante y el discurso de Saif es tan convincente que no me atrevo a extenderme en mis preguntas.

—Nuestra intención no es sólo criticar por criticar, como hacen muchos otros fuera de Bangladesh, sino contar con un plan que lleve a esta industria a una posición mejor y más favorable para todos. Por eso hemos creado «el plan de los diez puntos», con algunas medidas que se deben cumplir sin reserva.

—Pero, Saif, ya hay una serie de buenas iniciativas tomadas recientemente por el gobierno o por entidades internacionales como la Organización Internacional del Trabajo. Y algunos compradores internacionales parece que también se están posicionando…

—Es que nuestro plan no intenta en absoluto desmontarlos, Jaume, sino tal vez buscar mejores sinergias entre ellos. Así se podrán llenar algunos vacíos existentes en la actualidad y esta industria podrá ser más fuerte y segura.

—¿Y por dónde empezar, Saif?

—Es crucial, pero absolutamente crucial —repite Saif contundentemente—, que la puesta en marcha de este plan empiece con restaurar la mala imagen que tiene el mundo sobre la industria textil en Bangladesh. Estamos orgullosos de la etiqueta *«made in Bangladesh»* en el mundo porque está permitiendo el desarrollo de este país. Ahora sólo necesitamos que la calidad aumente y que, sin duda, la fabricación de las prendas comprenda un código ético de cumplimiento obligado. Actualmente ya estamos trabajando en la clasificación de fábricas y la recopilación de toda la información ya ha empezado. Nuestro plan sugiere que uno de los primeros pasos es auditar debidamente todas las fábricas de la industria textil del país. Todas. Eso se debe hacer en un marco de tiempo realista, pero sin muchas pausas ni ralentizaciones.

—¿Quién controlaría la eficacia del proceso?

—Una entidad integrada por varios agentes implicados, pero con una visión neutral, formando un Plan de Acción Nacional, debería ser la encargada de esta tarea. Ésta, con el paso del tiempo, tendría que desembocar en la creación de un cuerpo de inspección totalmente independiente. Este

cuerpo habría de trabajar codo a codo con la OIT, con agencias internacionales y nacionales, incluyendo puntos de vista sanitarios y de seguridad, así como de compradores internacionales.

Cuando pronuncia «compradores internacionales», noto en Saif un ligero cambio de tono.

—Algunas fábricas estarán en mejores condiciones que otras, supongo...

—Sí —responde Saif—. Por eso una clasificación simple, tipo 1, 2 y 3, dividiría las fábricas de menor a mayor riesgo, estableciendo las prioridades de localizaciones y cambios estructurales necesarios en cada caso. Lo que está claro es que nadie quiere otra desgracia como la del Rana Plaza.

—Pero el Acuerdo para la Seguridad de Incendios y Edificios que se firmó en abril en la sede de la OIT en Ginebra ya ha planeado hacer algo así, ¿no?

—No exactamente. Ese acuerdo sólo es aplicable a las fábricas proveedoras de unas grandes firmas internacionales concretas, no a todas las fábricas de Bangladesh. Y nosotros queremos que este control de seguridad las incluya a todas.

Pienso entonces en la filigrana de fábricas implicadas en la cadena de producción que se suele señalar como origen de la opacidad en materia de reglas y normativas: las contratadas por las firmas, las subcontratadas por las fábricas contratadas y los talleres, más pequeños y recónditos, contratados a su vez por los subcontratados.

—Debemos enfocarnos en lo positivo —continúa Saif—, en lo constructivo. Los lamentos y pesimismos internacionales no ayudan en nada a trabajar y pasar a la acción de una forma constructiva y con ilusión. Una actitud positiva nos ayudaría a tener las fábricas funcionando con el nivel requerido, a conservar puestos de trabajo y a mantener la capacidad de producción, reforzando la marca *«made in Bangladesh»*.

—¿Pero esa capacidad de producción no se conseguiría a costa de horarios inhumanos y salarios deplorables? —me atrevo a preguntar, sabiendo que estoy poniendo el dedo en la llaga—. Es decir, ¿si las horas de trabajo se reducen, no se reducirá también la producción y, en consecuencia, las ganancias de todos los agentes implicados?

Saif se queda un momento pensando.

—Por supuesto que sí —prosigue—. Ya te digo que es un plan a largo plazo. Además, ¿qué quieres decir con reducir las horas? ¿Poner en medio horas para la siesta como hacéis

en España?

Me limito a reír, porque en este caso, además, coincido en que el horario laboral habitual en España es muy poco productivo y hace difícil una conciliación con otras facetas de la vida (recados, hijos, médicos...). Pero reacciono rápido porque trabajar un exceso de horas hasta límites inhumanos es un asunto muy grave.

—Hombre, Saif, está claro que no se pueden trabajar con unos salarios tan ridículos jornadas de quince y diecisiete horas diarias. Eso es insufrible desde un punto de vista humano y es una violación de las normas de la OIT, que tantos esfuerzos costaron a nuestros antepasados.

—Bueno, pues que se reduzca la jornada de trabajo, pero se dé la libertad de trabajar más horas con una remuneración, como se hace en tantos países desarrollados.

—Sinceramente, Saif, no veo la salida teniendo claro que nadie va a querer perder dinero ni que sea a costa de las condiciones de los trabajadores. Y me parece muy grave...

—Claro que lo es. Y es verdad que nadie quiere perder dinero. No sólo los propietarios de las fábricas de Bangladesh...

—Quieres decir que los primeros en no quererlo serían tal vez los compradores internacionales, ¿verdad?

—Bueno —contesta Saif con un amago de sonrisa irónica —. Imagina que el director de una fábrica le dice a un comprador internacional que a partir de ahora va a rendir menos y darle menos producción, pero a cambio del mismo dinero, porque de esta manera se reducen las horas de trabajo de las empleadas. ¿Crees que el comprador internacional aceptaría?

No quiero seguir presionando a Saif con mis preguntas, ya le he exigido que se moje bastante y empieza a hacerse tarde. Mañana me toca entrevistarme con una antigua trabajadora de una fábrica de Dacca que llegó a enfermar por culpa de las condiciones laborales en las que desarrollaba su día a día.

Saif me deja de nuevo en mi hotel y le agradezco enormemente su útil información y su gran ayuda. Ha sido un día largo y caigo rendido en la cama. Tal y como intuía, cuantas más opiniones escucho, menos sé qué pensar.

4

Rubina
Primera conversación

El ambiente que flota en el aire del barrio de Bonani es espeso y está poblado de una ligera neblina. Se adivina un día denso y caluroso en la capital de Bangladesh.

Me ha invitado el propietario de una pequeña fábrica en Savar que se dedica a confeccionar ropa para explicarme las medidas tomadas por algunos talleres tras el derrumbe del Rana Plaza. Tengo curiosidad por saber cómo piensa el supuesto «capataz» de cientos de mujeres que, aparentemente, trabajan más de quince horas diarias por menos de cuarenta euros al mes.

Mi entrevistado se llama Ibrahim, tiene unos cuarenta y tantos años no muy bien llevados y su apariencia es más bien seria y poco amigable.

Su pequeño despacho está situado en una especie de altillo de una de las fábricas, en la zona de Savar. Tras un escueto «buenos días», me invita a sentarme en la silla justo enfrente de él. Tan sólo nos separa una pequeña mesa de trabajo repleta de papeles y muestrarios de ropa. Tras los cristales del despacho, cubiertos por una persiana veneciana entreabierta, se puede ver en toda su extensión una fábrica enorme, con muy poca luz natural, y en la que cientos de mujeres, muy serias y concentradas, trabajan sin cesar haciendo funcionar unas máquinas de coser de color marfil.

Ibrahim me mira y levanta levemente el mentón y las cejas para animarme a empezar con mi cuestionario.

—Sabrá que el derrumbe del Rana Plaza ha generado una oleada de críticas en el resto del mundo —empiezo a decirle para romper el hielo, sin perderme en excesivos preámbulos—. Ha habido pocos desastres de esta escala en

los últimos años. Son muchas las voces que se han alzado condenando las condiciones laborales en la fábrica, incluso exigiendo restricciones o boicots más radicales a la importación de productos fabricados en esas condiciones y a la compra de esos productos en sí.

—Claro que lo sé —responde él, sin levantar la mirada de la mesa llena de documentos y telas recortadas—. Pero también sé que ignoran que están criticando una de las grandes esperanzas de este país en los últimos años y una industria que nos brinda prosperidad y oportunidades para ser un país totalmente desarrollado.

—¿Cree que es la única manera? —pregunto, aun intuyendo cuál será su respuesta.

—El único recurso natural con el que contamos en Bangladesh es el delta del Ganges, que permite una buena agricultura en el cultivo de arroz. Es cierto que los monzones nos proporcionan prosperidad en este sentido, pero también es verdad que provocan terribles inundaciones de forma periódica que nos han llegado a dejar con más de dos tercios del país bajo el agua.

—Entiendo que eso es solamente en las zonas rurales...

—Estas condiciones de vida en el campo tan duras, y que nadie quiere soportar —replica, levantando la vista y clavándola en mi mirada por vez primera—, han hecho que muchos campesinos se trasladen desde las áreas rurales hacia Dacca.

—Y terminen trabajando en fábricas como en la que ahora estamos...

—Nadie los obliga —dice, sosteniéndome la mirada—. Lo hacen porque quieren. Y no tienen otra opción. La otra es morirse de hambre en el campo. Me gustaría decirle a un comprador en su país: «Oiga, sepa usted que, si no compra esta camisa, hay muchas más posibilidades de que la mujer que la ha hecho tenga que regresar al campo y vivir de muy mala manera».

—No me dirá usted que trabajar en según qué condiciones es vivir de muy buena manera. Y con eso no me estoy refiriendo a esta fábrica concretamente, ¿eh? —le digo, para relajar la tensión que empieza a calar en nuestro diálogo.

—Mire, para empezar, los salarios de un trabajador textil les parecen a ustedes muy bajos, pero le aseguro que son bastante mejores que los de un campesino que cultiva arroz en cualquier zona rural de Bangladesh.

—Eso no exime a nadie de que las condiciones laborales en Dacca sean mejores —contesto rápidamente—. En Dacca también he visto miseria...

—Ustedes lo llaman miseria, nosotros lo llamamos esperanza de poder empezar a tener un provecho y unas ganancias en la vida más allá de estar esperando que los monzones sean suaves y que Alá se apiade de nosotros un año más.

—¿Pero son las ganancias de los trabajadores graduales según aumentan las exportaciones y la inyección económica en el país? —pregunto.

—Desde que la etiqueta *«made in Bangladesh»* ha ido creciendo en el mundo, hemos experimentado una de las mayores tasas de crecimiento económico de la historia. Y ese crecimiento económico no sólo beneficia a unos pocos, sino a los millones de familias que cuentan ahora con una entrada de dinero regular. ¿No cree que tan terrible no debe ser? ¿Merece la pena dejar de comprar camisas de determinadas marcas y devolver de golpe a tantas familias a la miseria más absoluta y la desesperanza? ¿Es mejor boicotear a ciertas marcas por planteamientos occidentales —muy de doble moral, por cierto— que hacer el esfuerzo de ponerse en la piel de cualquiera de las familias de las trabajadoras que han confeccionado su ropa? Esta industria es nuestra única alternativa para salvar el país de la miseria, la única.

Anoto «doble moral» en mi libreta y sigo preguntando:

—Yo no le pido que me hable de las condiciones laborales en general, pero estará de acuerdo en que un incendio y un derrumbe de esta magnitud son el indicador de que algo se ha hecho mal...

—Lo del Rana Plaza lo provocó el poco control y seguramente la corrupción que existe en este país, como en otros lugares del mundo —explica, tratando de quitar importancia al asunto, pero a la vez bajando exageradamente la voz, como si alguien nos estuviera escuchando—. Bangladesh ha establecido unas leyes y cada vez las refuerza más para que se cumplan, pero tiene muchos oficiales del gobierno que por un puñado de takas harían la vista gorda en una revisión. Y eso es lo que ha sucedido en los últimos años y por eso ha habido algunos accidentes. Pero cada vez es todo más estricto y hay personas, se lo aseguro, que lo queremos así. Yo no podría hacer nada a escondidas, aunque quisiera. Que haya por ahí

mafiosos que se quieren aprovechar, que no cumplen las leyes, que miran hacia otro lado cuando una fábrica está en mal estado… nada tiene que ver con un país que quiere avanzar y estar a la altura de cualquier otro país en el mundo.

—¿Y dónde quedan las condiciones de todas estas mujeres? —pregunto, desviando la mirada hacia las trabajadoras que se afanan tras el cristal.

—Las condiciones de nuestros trabajadores seguirán mejorando en los próximos años —afirma con rotundidad—. También ha sucedido con otros muchos países del mundo, algunos de ellos han conseguido ser más prósperos gracias a lo que ustedes llaman explotación bajo su perspectiva. Sin embargo, hay algo claro: todo el mundo critica y anima al boicot, pero a la hora de comprar prendas más baratas, no creo que miren la etiqueta. Eso es doble moral. ¡Doble moral!

—No se lo negaré —respondo—, pero alguien debe hacer algo para mejorar las condiciones de trabajo, ¿no? Y eso, en gran medida, es responsabilidad de los gobernantes del país para proteger a sus conciudadanos.

—Mire, la pobreza en Bangladesh se ha reducido de forma espectacular gracias a las exportaciones en la industria textil. Hay menos pobres, hay personas con más posibilidades, y eso es lo que cuenta. Yo mismo he sacado esta fábrica adelante con mucho esfuerzo. Yo también era mucho más pobre hace unos años y a mí nadie me ha regalado nada. Si yo gano, ellas ganan y el país gana. ¿Qué hay de malo en eso? Al margen, claro está y no lo voy a negar, de que en algunos casos aislados no se cumplan las normativas y se deba perseguir y denunciar.

—Hombre, eso de «algunos casos», no sé yo… —interrumpo irónicamente.

—Cada vez serán menos, se lo aseguro. A Bangladesh no le interesa tener mala reputación internacional. Y llegará un día en el que fabricar la ropa aquí dejará de ser económicamente viable para las multinacionales y se irán de nuevo a otro lugar a buscar mano de obra barata y la polémica empezará otra vez en ese nuevo lugar. Pero Bangladesh habrá salido de la pobreza. Lo mismo pasó con Corea y otros lugares de Asia.

—¿Y quién se responsabiliza de la situación en la que viven y trabajan millones de trabajadores en este sector?

—Pues contéstemelo usted. ¿Quién es aquí el villano? —

me pregunta, dejando un pequeño silencio tras su interrogante—. ¿Yo, que tengo una fábrica y la llevo como buenamente puedo, cumpliendo la ley? ¿El gobierno de Bangladesh, que está reforzando al máximo las medidas? ¿O tal vez los compradores internacionales, que lo único que hacen es buscar lugares donde la producción sea barata, aun sabiendo a costa de qué? Yo lo tengo muy claro. Ahora, eso sí, todos tienen departamentos de Responsabilidad Social Corporativa, con códigos éticos que publican en todas partes, planes de transparencia... Si tan éticos son en Occidente, ¿por qué no dan lugares de trabajo en Europa o en Estados Unidos acordes a los salarios dignos en su país? No les tendría que importar hacer menos ganancias si es para salvar vidas, ¿no? Y los compradores tampoco tendrían problema en adquirir una camiseta por cien euros cuando antes les costaba veinte, porque saben que ya no es a costa de la explotación de nadie, ¿verdad?

Me limito a soltar un leve suspiro y a dejar que continúe con su explicación, pensando a la vez que muchos de sus dardos llevan mucha razón.

—Las multinacionales extranjeras no están dispuestas a pagar más por nuestras prendas, lo que nos dificulta mucho la subida de los sueldos —prosigue mi entrevistado—. Pedimos a los exportadores que paguen más por nuestros productos y entonces podremos elevar más los salarios, pero las multinacionales no están dispuestas a pagar más por los textiles.

Después de nuestra conversación, que gira siempre alrededor de la misma idea, su tesis de la culpabilidad de un Occidente con las manos manchadas de sangre, me muestra el interior de la fábrica.

Mientras paseamos por el enorme pasillo central que separa varias hileras de máquinas de coser, las mujeres siguen enfrascadas en su labor y muy pocas de ellas levantan la vista. Estarán acostumbradas, pienso, a las visitas de compradores occidentales que quieren revisar las instalaciones del taller, así que, en este caso, debe de ser para ellas una visita comercial como cualquier otra.

Hay poca luz y las instalaciones son francamente deprimentes, pero también es verdad que si hubiera en la sala el cartel de una ONG y un trabajador social en ese momento me estuviera explicando que se trata de un proyecto para sacar de la miseria a inmigrantes de zonas rurales, estaría orgullosísimo de su labor. La clave está en

los sueldos y las horas trabajadas, supongo, y en que las infraestructuras, sean mejores o peores, garanticen la seguridad en cuanto a la salud y la vida de las personas que trabajan en ellas.

* * *

Me despido de Ibrahim, que al final de nuestro encuentro parece algo más relajado y amigable, y me dirijo a un taxi que me llevará de nuevo a la zona de Gulshan 2. Una vez allí, decido que será mejor no pasar por el hotel antes de mi reunión de la tarde y voy a comer, una vez más, al Westin, respondiendo a la tenacidad de poder averiguar algo más sobre la enigmática Reshma.

Sin embargo, no sirve para nada. Esta vez hay un encargado de sala y ni siquiera necesita ir al teléfono para darme exactamente la misma respuesta que su compañera me dio el día anterior: el tema de Reshma lo lleva el gabinete de Relaciones Públicas y hoy no me pueden atender.

Abandono el Westin, de nuevo sin mi objetivo cumplido, y me doy prisa para no llegar tarde a mi siguiente cita.

Se trata de Rubina, una antigua trabajadora de una fábrica textil que, poco a poco, fue afiliándose a sindicatos, aprendiendo inglés y nociones legales básicas hasta convertirse en una «activista en la sombra» que lucha por los derechos de sus antiguas compañeras. Me ha pedido colaborar en el libro, pero que no haga constar su nombre verdadero ni que aparezca su fotografía en ningún lugar; teme las posibles represalias en una ciudad en la que todavía vive y donde varias de sus amigas y parientes siguen teniendo un trabajo del que dependen sus familias.

Rubina me cita en una de las pocas heladerías que ya están abiertas a esas horas (los negocios suelen abrir un poco más tarde). Tras tomar algo y trabajar un poco en la información que se va recopilando en el ordenador y que cada vez es más numerosa y complicada, decido ir andando a mi cita, ya que el lugar donde hemos quedado se encuentra a pocos metros del hotel.

Rubina me espera en la puerta. Su apariencia es juvenil, la de una mujer de unos treinta años en Occidente. Tiene el pelo ligeramente rizado y lleva un *piercing* en la nariz (costumbre habitual también en muchas tribus rurales de Bangladesh). Unas gafas con montura muy moderna, de un

color lila vistoso, son el primer elemento que destaca en su expresión dulce y amigable.

Su inglés es impecable y la pronunciación de mi nombre cuando me saluda es francamente perfecta.

—Pasarán más desgracias como las del Rana Plaza, ya verás —sentencia Rubina, de buenas a primeras, cuando ni tan siquiera nos hemos sentado en la mesa.

Tras pedir un *capuccino* para ella y un *espresso* doble para mí, mi interlocutora empieza su relato. Tiene la lección muy bien aprendida. Sabe perfectamente para qué nos hemos citado y no se la ve una mujer muy amiga de perder el tiempo en conversaciones infinitas y desnudas de contenido.

—Llegué a Dacca cuando tenía dieciséis años. Cómo pasa el tiempo. Fue muy duro. La vida en el campo era así. Mi padre se suicidó en los campos de arroz y mi madre no sabía qué hacer, estaba perdida, y se casó con el hermano de mi padre, mi tío paterno. Éste resultó ser una persona indeseable, pero no quiero entrar ahí. No estamos aquí para hablar de mi vida, sino de las condiciones laborales de millones de mujeres de Bangladesh y otros lugares del mundo.

—Puedes contarme lo que quieras de tu vida también. Para mí todo es importante —le digo con tono suave, una vez despertada mi curiosidad.

—No, no lo es —me reprende Rubina tajantemente.

Decido no insistir. Ya está haciendo mucho recibiéndome y explicándome cosas que seguro que me van a ser muy útiles para el libro, así que es mejor no querer ahondar en direcciones equivocadas, no sea que se cierre en banda y al final no consiga ninguna información de la que quería.

—Cuando llegué a la ciudad, estaba aterrada. Me parecía un verdadero infierno. Acostumbrada a la tranquilidad del campo, a las caras conocidas, al confort que de alguna manera me daba estar en un pueblo donde todas las familias se conocían desde hace muchas generaciones, Dacca me pareció realmente infernal, aterradora. Coches y gente por todas partes, polución… ¡Y eso que el Dacca de entonces no era el que es ahora! ¡Ahora me hubiera parecido terrorífico!

—Y entonces empezaste a trabajar en una de las fábricas —me adelanto.

—Espera, espera, todavía no —me dice una Rubina, aparentemente segura de sí misma, marcándome los

tiempos con una soltura que me sorprende.

—¿Cómo fueron tus inicios en la vida de la ciudad? —le pregunto, esta vez sin precipitarme.

—Tuve que hacer de todo para poder llevarme un poco de comida a la boca. Fue horrible. Pero, bueno, eso tampoco es el tema que tenemos que tratar. Si nos reunimos más, tal vez te cuente —dice, para mi tranquilidad, al saber que está dispuesta a nuevos encuentros—. Alquilé una pequeña cama en el suelo en una chabola de Korail Bosti. Entonces se empezaban a construir muchas fábricas en Savar y era sin duda una gran oportunidad para un sector que estaba en auge. Fue allí donde comencé a conocer a otras mujeres de la zona que trabajan en fábricas de ropa y decidí acompañar a una de ellas a ver a su capataz.

—¿Y qué pasó?

—Tuve la mala suerte de topar con un verdadero mafioso, un explotador, que nos obligaba incluso a dormir en la fábrica tres horas entre jornada y jornada. Un hijo de puta.

No puedo evitar reaccionar con un pequeño brinco al escuchar su lenguaje.

—¿Me estás diciendo que las jornadas laborales eran de veintiuna horas? —le pregunto, tras reponerme del pequeño shock.

—Así es. Con media hora para comer y muy malas caras cada vez que pedíamos ir al aseo. Ajjj, fue horrible... —Rubina se lleva los dedos a la frente y se masajea ligeramente ambos lados de la sien.

Veo en ella la actitud de una mujer en apariencia fuerte a base de golpes, una luchadora que demuestra constantemente su fuerza como coraza para vencer a su propia debilidad, de la que tantas veces, seguramente, habrá sido víctima en la vida.

—¿Y cuánto ganabas al mes?—pregunto de nuevo

—Nada, o casi nada —responde, negando con la cabeza —. Empecé ganando un equivalente a vuestros cinco euros y algo de *chapati* y comida, y posteriormente pasó a diez y veinte. Nunca más subió.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando en la fábrica?

—Casi quince años. ¿Te puedes imaginar lo que es eso?

—No, no me lo puedo imaginar, afortunadamente —le respondo, con las primeras palabras que me salen del alma.

—Son lugares terribles. No todas son como las que puede ver un comprador internacional. Los talleres subcontratados

son inimaginablemente sórdidos. Varias veces, mientras estábamos dentro, se cayó el techo, aunque afortunadamente no nos tocó. Sólo había aire acondicionado en la pequeña garita del jefe. El calor era espantoso. Muchas de mis compañeras se desmayaban y una de ellas, una vez, tuvo un infarto con veinte años. Casi ni se nos permitió socorrerla y murió. Tendrías que ver la cara de su marido cuando le tuvimos que comunicar la muerte de su esposa, una vez terminada la jornada. El muy cabrón no nos dejó ni decírselo a la familia en ese mismo momento.

Me vuelvo a sorprender por las palabrotas que usa Rubina en su discurso y llego a la conclusión de que sus primeros meses o años en la ciudad, antes de trabajar en este sector, no debieron de ser muy buenos y puede que implicaran compañías no muy deseables.

—¿Sabes algo de aquel capataz?

—¡Por supuesto que sé algo! ¡Por desgracia! ¿Te puedes creer que después de lo del Rana Plaza lo vi por televisión hablando con una reportera de las condiciones laborales y de lo bien que trataba él a sus empleadas? Lloré de rabia como nunca había llorado. No es justo, no lo es.

—¿Cuándo dejaste la fábrica? ¿Cómo fue? —pregunto con enorme curiosidad.

—Durante las horas libres, las pocas que tenía, empecé a recibir clases de una chica de la zona que vivía en una chabola más acondicionada y que trabajaba en una agencia de viajes como administrativa. Hablaba muy buen inglés y me enseñaba. Yo, a cambio, le llevaba cada día comida extra que cocinaba en mi chabola. Me gusta cocinar. Aquella chica fue un ángel.

—Sin duda —contesto.

—Lo mejor es que al cabo de unos meses me dijo que había visto que en un restaurante cercano necesitaban a una camarera que hablara inglés. Fui y me cogieron. Y de allí pasé a la cocina y de allí a otro trabajo en un hotel (me dice el nombre, pero me pide que no lo publique), donde soy la encargada de la repostería.

Abro los ojos exageradamente con cara de sorpresa e instintivamente le dedico una gran sonrisa.

—¡Ya ves, tienes ante ti a la mejor cocinera de postres de Dacca! —exclama riendo.

—¿Y cómo empezaste con temas más de activismo y colaboración con sindicatos?

—Mi colaboración no es oficial, sólo les echo una mano en algunos aspectos. Verás, trabajando donde trabajo, una cadena hotelera internacional, con unos protocolos internos muy bien definidos y muy respetuosos con el trabajador, comprendí que la situación que había vivido yo y que siguen viviendo tantas antiguas compañeras es algo que no se puede permitir. Tan sólo intento, desde mi posición actual, abogar por que se cumplan unos derechos. No es verdad que toda la culpa sea de los compradores de fuera. Hay mucho cabrón suelto en esta ciudad.

—¿Pero crees entonces que los compradores internacionales no tienen ninguna culpa? —pregunto, queriendo ahondar en su opinión.

—¡Claro que la tienen! ¡Aquí nadie se libra! Pero lo que está claro, y la historia lo demuestra, es que o la clase trabajadora se rebela o aquí no hay solución. Ellos que discutan de reglamentos, de leyes y de precios. Mientras tanto, los trabajadores defenderemos lo que creemos que es de justicia.

—Por ejemplo —le digo—, ¿cómo está ahora toda la problemática de los salarios?

—La cuestión es que una comisión integrada por representantes gubernamentales, de las fábricas y líderes sindicales propuso recientemente elevar el salario mínimo de los actuales tres mil takas (treinta y ocho dólares) a cinco mil trescientos takas (sesenta y ocho dólares), un aumento del setenta y siete por ciento, pero a mí me parece insuficiente. ¡La última vez que se subieron los sueldos en este sector fue en 2010, cuando el salario mínimo mensual era de veintiún dólares! Ya que limpiamos la casa, ¡limpiémosla bien!

—Eso es verdad —se me escapa.

—¡Claro que es verdad! ¡Los empleados del textil bangladesí son los peor pagados del mundo! Queremos para nuestros trabajadores, ahora mismo, un salario mínimo de ocho mil ciento catorce takas (ciento cuatro dólares).

El resto de mi charla con Rubina prosigue cordial y en buen tono. Es sorprendentemente abierta y cada vez me parece más simpática. Tras interesarse por mi trabajo, por la situación económica de España —de la que está muy bien informada— y de otros temas que nada tienen que ver con el sector textil, nos damos cuenta de que ya va siendo hora de retirarnos.

Cuando ya estamos en la calle y ella se dispone a coger

un *rickshaw*, detiene su paso y retoma el tema a modo de conclusión final:

—La industria textil en Bangladesh cuenta con unos cuatro millones de asalariados, muchos de ellos mujeres, y cinco mil cuatrocientas fábricas, y los veintiún mil quinientos veinte millones de dólares anuales de ventas al exterior suponen en torno al setenta y nueve por ciento de las exportaciones nacionales, eso es verdad, pero ¿a costa de qué? De miles de personas muertas en vida. Eso es intolerable.

Sube al *rickshaw* y me quedo en la acera para despedirme de ella mientras se aleja.

—Ah, por cierto —me dice con tono alto cuando el conductor ya ha empezado a pedalear.

—¿Qué? —pregunto, encogiéndome de hombros y ya casi chillando por la creciente lejanía.

—¡Que otro día te contaré más!

5

FATEMA
ENTRE LOS ESCOMBROS

He tocado ya todas las teclas que necesitaba para poder acceder a Reshma y no consigo dar con ella. De buena mañana, he repasado los emails con la esperanza de encontrarme alguna de las respuestas a los numerosos correos que he mandado a varios contactos, tratando de encontrar un atajo que me pusiera en contacto con la superviviente del Rana Plaza. He agotado todos los cartuchos en mi búsqueda. Nadie ni nada me está llevando a Reshma.

Hoy he quedado con Fatema, otra superviviente de la misma tragedia. En los días que llevo en Bangladesh, me he dado cuenta de que todas las sonrisas se llenan de sombras en cuanto se pronuncian las palabras «Rana Plaza». El país, en todo su conjunto, no ha superado aún un derrumbe que segó la vida a miles de personas en una misma mañana. Por eso quiero ir con mucha cautela y delicadeza al abordar el tema durante la entrevista de hoy. No en vano, la persona a la que veré a punto estuvo de perder la vida y, muy probablemente, habrá visto morir a numerosos amigos y tal vez familiares en ese mismo derrumbamiento.

Mientras desayuno —*idli* acompañado por salsas repletas de especias—, veo que los periódicos locales llevan en su portada la fotografía de un edificio devastado por algún tipo de incendio o calamidad. Por un momento me sobresalto, temiendo que se trate de una nueva tragedia. Pero pronto me recupero al comprobar que se habla del incendio que se produjo, hace casi un año, en la fábrica Tazreen Fashions.

Me decido a empezar mi lectura matutina por el *Dhaka Tribune*. Muchas de mis fuentes trabajan allí y el

favoritismo, en este caso, está justificado.

El 24 de noviembre de 2012, se producía en una fábrica de ropa en las afueras de Dacca, Tazreen Fashions, el incendio más grave (sin contar derrumbes como el acontecido en el Rana Plaza, claro está) en la historia de la industria en Bangladesh. Casi doce meses después de que ciento doce personas perdieran la vida atrapadas en la fábrica, las familias de las víctimas y supervivientes siguen esperando compensación completa y justa.

Un año después del incendio, la Campaña Ropa Limpia y el International Labor Rights Forum (ILRF) piden una acción inmediata y urgente a todas las marcas asociadas a la fábrica Tazreen Fashions para comprometerse a trabajar en conjunto con otras marcas y las partes interesadas con el fin de garantizar una compensación completa y justa para todas las víctimas del incendio de Tazreen, de acuerdo con el régimen establecido para la tragedia del Rana Plaza.

La CRL también aboga por que se cumpla el compromiso de aportar una contribución económica justa para el proceso y la garantía de que esté totalmente financiado por un fondo de compensación completo y equitativo.

C&A, Karl Rieker, El Corte Inglés y Li&Fung son las únicas firmas que han manifestado su intención de trabajar con otras partes involucradas para desarrollar un marco de compensación para las víctimas de Tazreen.

Hasta la fecha, según denuncia CRL, sólo C&A se ha comprometido a una compensación sustancial y a desarrollar un sistema para asegurar que los fondos se distribuyen entre las víctimas. Li&Fung también ha hecho pagos. Mientras, algunas marcas relacionadas con Tazreen han declarado que van a hacer contribuciones voluntarias, pero ninguna otra firma ha pagado las cantidades adecuadas.

Cojo el iPad para sondear, rápidamente, la página web de CRL. Seguramente aportan alguna información más. Mirjam van Heugten, una de las responsables de la campaña a nivel internacional, comenta en la web: «Mientras que los ejecutivos de la marca miran hacia otro lado y esquivan su responsabilidad, los y las supervivientes y las familias de las personas fallecidas han perdido su única fuente de ingresos y tienen altos costes médicos y lesiones que les impiden encontrar un nuevo trabajo, incluida la dolorosa cicatriz psicológica. Al no tomar ninguna acción o retrasar el pago de las indemnizaciones por parte de las marcas se condena

a las personas a vivir en la pobreza y el dolor».

Por su parte, Amirul Haque Amin, secretario general de la Federación Nacional de Trabajadores de la Confección (NGWF), señala que «algunas personas trabajadoras fueron expulsadas de las familias porque no pueden trabajar y necesitaban medicamentos caros después del incendio. Es una pena que estas personas que hacían la ropa de las marcas implicadas y que en muchos casos incluso han perdido algún ser querido sigan esperando la compensación después de doce meses».

CRL e ILRF destacan entre las marcas implicadas a Walmart, de Estados Unidos (desde que he llegado a Bangladesh no dejo de escuchar este nombre), por no haber tomado ninguna medida a pesar de que la mayor parte de la producción de la fábrica estaba destinada a dicha empresa.

Muchos activistas señalan la responsabilidad de Walmart, que parece escudarse en la subcontratación para esquivar las acusaciones y para no tomar ninguna medida para indemnizar a las víctimas del incendio de la fábrica de Tazreen.

Por otro lado, los familiares están desesperados ya que por una parte han perdido a sus seres queridos y, por otra, el gobierno no favorece las labores de recuperación de cadáveres. Y sin cadáver, las familias no tienen derecho a indemnización, porque no se puede probar la muerte.

Mientras que el gobierno de Bangladesh ha hecho efectivos algunos pagos como apoyo a los familiares de las víctimas, C&A, Li&Fung y la Asociación de Productores y Exportadores de Confección de Bangladesh (BGMEA) han aportado pequeñas sumas de dinero.

Sin embargo, según señalan los afectados y las agrupaciones que los representan, las ayudas financieras se han distribuido desigualmente y sin la suficiente transparencia.

Desde el trágico derrumbe del edificio Rana Plaza, se supone que se ha desarrollado un método de cálculo y distribución de la compensación por pérdida de ingresos y para costear la atención médica requerida. Al parecer, las marcas de ropa y otras partes involucradas están de acuerdo en firmarlo, utilizando las directrices establecidas por la Organización Internacional del Trabajo sacadas del Convenio 121 sobre las prestaciones por accidentes del trabajo y basándose en modelos de compensación de los

anteriores desastres de la industria textil de Bangladesh. En la práctica, sin embargo, no está resultando nada fácil lograr la implicación de las marcas.

* * *

He quedado para desayunar con Carlo, cuyo contacto me ha pasado un amigo mío italiano y que vive desde hace tres años en Dacca, trabajando como comprador para una conocida firma internacional.

¿Se supone que Carlo es uno de esos compradores que hacen la vista gorda ante posibles irregularidades en una fábrica? ¿Cómo ve él la situación? ¿Tiene ahora una diferente opinión de las condiciones de las fábricas a la que tenía cuando llegó hace tres años a Bangladesh? A veces, y aunque suene duro, uno se inmuniza ante la injusticia, se emborracha de juicio y objetividad cuando algo intolerable se instala con absoluta normalidad en el día a día.

Carlo me ha invitado a su casa, un lujoso dúplex situado en una tranquila calle de la zona de Gulshan 2, en la que viven casi todos los expatriados que habitan en Dacca.

—Por lo que me consta —empiezo después de los saludos —, Bangladesh, segundo exportador textil del mundo después de China, no ha ratificado aún muchas de las principales convenciones de la Organización Internacional del Trabajo y se rige por las necesidades del mercado. Con lo cual, ¿señalarías al gobierno de Bangladesh como responsable de lo que sucede?

—Sí y no. El abaratamiento de la mano de obra y su vinculación en el consiguiente retroceso de los derechos humanos no siempre son responsabilidad única de los gobernantes de los países donde se concentra la producción. Hay otros verdugos.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando compras un producto, una camisa de la marca para la que trabajo, por ejemplo, ya estás declarando que te gusta y le das el visto bueno, con todo lo que conlleva. Eso incluye comulgar con los principios y valores que la empresa representa. Como cuando vas a un hotel y no sólo te gusta por las habitaciones, sino también por cómo es su personal en el trato, por el ambiente que se respira y por un conjunto de factores más. Esa tolerancia a la hora de comprar este producto representa que apruebas también las prácticas de producción.

—¿El consumidor es entonces el principal responsable?

—Pues creo que sí. El consumo responsable o irresponsable es, como la propia palabra indica, responsabilidad del que lo está ejecutando. Decimos que hay que comprar poco, pero bien; consumir lo que necesitamos y pagando precios justos por un producto de calidad. Pero es muy difícil ser coherente con este discurso. Seguro que tú y yo llevamos prendas ahora mismo por las que no hemos hecho ni el más mínimo esfuerzo en saber cómo han sido producidas, qué fábrica se ha contratado para que las realice y en qué condiciones trabajan los empleados de esa fábrica.

»Nos da pereza hacer el esfuerzo de comprobar la ética aplicada a un determinado producto por no abandonar nuestra zona de confort, aquella en la que entro que me permite pasar a una tienda y comprar el producto que me guste. Sin más. Nuestra óptica eurocentrista nos hace hablar de derechos humanos en el ámbito laboral como si supiéramos mucho o estuviéramos libres de toda culpa, pero seguimos buscando el producto más barato sin que nos importen mucho las personas que han trabajado en él y en qué condiciones lo han hecho. Si el consumidor quiere productos baratos, todos los esfuerzos de la empresa van a proporcionar productos baratos, tenga las consecuencias que tenga, estén fabricados con criterios justos o no. ¿Quién se va a creer que optaríamos por un producto tres veces más caro?

Me quedo pensando un instante en lo que acabo de oír. No es nada nuevo, pero es la primera vez que lo oigo en boca de un occidental que trabaja para una gran firma de ropa.

—¿Qué tal se vive aquí? —le pregunto, aun sabiendo que he cambiado por completo el rumbo de la charla.

—La verdad es que en Bangladesh no se vive tan mal. Hay muchos clubs sociales, muchos expatriados y la vida está relativamente organizada.

—¿Te apetecía venir a vivir aquí?

—Cuando me fui de Milán, después de que la empresa en la que trabajaba desde hacía tres años me propusiera llevar las compras en Bangladesh, muchos de mis amigos y amigas empezaron de inmediato a hablarme de explotación y más de uno llegó a cuestionar mis criterios éticos —responde, retomando de nuevo nuestro tema central—. Pero sin tener ni idea de nada. Ése es el problema de Europa: todo el

mundo habla sobre todo y se permite la libertad de emitir juicios y sentencias firmes sin ni siquiera estar abierto a conocer más allá y sin tener conocimiento de nada. No hay nada mejor para aprender que viajar y abrirse al mundo.

—Ahí te doy toda la razón —admito.

Es verdad que en Europa, y muy especialmente en los países mediterráneos, todo el mundo se permite licencias a la hora de hablar sobre realidades que desconoce. No son pocas las veces que he oído de boca de personas que jamás habían estado en la India miles de juicios y opiniones sobre un país tan complejo, teniéndome que callar o cambiar de tema para no seguir escuchando bobadas.

—Cuando llegué a Dacca —prosigue Carlo, empezando a gesticular según el estereotipo de italiano que tenemos todos en la cabeza—, estaba convencido de que tal vez viviría los momentos más difíciles de mi vida, que me enfrentaría a la realidad de trabajar para una empresa que contrataba esclavos y los recluía en cárceles para producir sin piedad. Me imaginaba que contemplaría calamidades, desgracias constantes y que el tormento de trabajar para una compañía causante de todo ese dolor me torturaría en mis noches...

—¿Y fue así?

—En absoluto. Sólo he visto, en estos tres años, a miles de personas tratando de trabajar para ganar más dinero y poder prosperar, consiguiéndolo poco a poco. Las condiciones de trabajo y los horarios son muy mejorables, claro está. Pero también son mejorables las condiciones de muchas empresas de España o Italia, ¿no?

—Hombre, pero no creo yo que vulneren derechos humanos básicos porque nuestros países han ratificado una serie de tratados de derechos humanos y normativas de la OIT.

—Claro, claro... Las han ratificado, pero no les importa vender productos fabricados por personas que trabajan más de quince horas diarias y que cobran menos de treinta euros al mes. Superlógico.

Durante un buen rato me quedo pensativo. A Carlo no le falta razón al destacar la incoherencia de algunas acciones de Occidente cuando se trata de incrementar ganancias y perseguir chollos comerciales a costa de quien sea. Sabía, antes de reunirme con él, que una de las opciones era encontrarme con el típico expatriado quemado saturado del país en el que vive, vomitando pestes acerca de la

idiosincrasia local y defendiendo a muerte las maravillas de Occidente. Pero sabía, también, que otra opción muy probable era la de toparme con alguien como él: una persona a la que su perspectiva de ver el mundo sin el corsé de los esquemas occidentales le había hecho suavizar su opinión y tener una visión más amplia, sabiendo que no todo Occidente es bueno ni todo Oriente es malo, y viceversa.

Mientras Carlo se levanta hacia la cocina para servirme otro café Arpeggio con su máquina de Nespresso, sigo con mis preguntas:

—Básicamente, tu empresa contrata talleres aquí para la fabricación de sus productos textiles, ¿no? ¿Cómo fue la primera vez que visitaste una de esas fábricas?

—Pues bien, como te decía, todo mi entorno en Milán echaba pestes por la explotación en Bangladesh y en otros lugares del mundo. A mí eso me irritaba, porque de alguna manera se metían indirectamente con la empresa para la que trabajo, pero, por otro lado, me hacía pensar que con mi presencia aquí (ya ves tú qué tontería) la cosa cambiaría. Que vendría aquí a salvar el mundo. Yo, con mi ética europea y mi sentido de la responsabilidad social y de la justicia, no permitiría que la compañía que me había contratado tuviera a personas explotadas a su cargo. Así que entré por vez primera en una de las fábricas dispuesto a criticar, a escandalizarme por las condiciones laborales, por las instalaciones. Recuerdo que envié un email a mi jefe, poco después de la primera visita, quejándome de cómo era posible que se les obligara a trabajar con tan pocas ventanas. ¿Y sabes qué me contestó?

—¿Qué te contestó? —le digo, repitiendo enteramente su pregunta para dar más teatralidad a su relato.

—¡Pues que también a él le gustaría tener ventanas! ¡Y es que en la central hay oficinas que están en un semisótano y casi no da la luz! ¡También hay muchas personas que trabajan en tiendas en centros comerciales y tampoco tienen ventanas! Por Dios, ¡los trabajadores del Harrod’s en Londres tampoco tienen ventanas! ¿Por una ventana más o menos tenemos que enviar al paro a miles de personas?

—Pero es que no hablamos de ventanas, Carlo. Hablamos, por ejemplo, en este caso, de seguridad, de que haya medidas contra posibles incendios, instalaciones eléctricas bien realizadas y control sobre la calidad de los edificios para que no se produzca otra tragedia como la del

Rana Plaza.

—¡Pero es que las hay! Que yo sepa no se hunde un edificio cada día en Bangladesh. ¡También se hunden edificios en muchos países de Europa por malos controles o por el ánimo corrupto de algún responsable de obra! ¡Eso no hace que el país entero o una industria entera tengan las manos manchadas de sangre!

—¿Y qué me dices de los horarios y los sueldos?

—Mira, son dos cosas muy distintas, en mi opinión. Los sueldos no se pueden aumentar exageradamente en un día. Eso lo sabemos todos muy bien, no sería positivo para nadie. Los sueldos, nos guste o no, son muy distintos según la ubicación geográfica. Un paseaperros en Nueva York cobra cuatro mil dólares al mes, que es algo que no cobro en Italia teniendo un puesto de mucha responsabilidad. Una empleada de tienda en Londres gana mucho más que una empleada de tienda en Madrid, en Barcelona o en Roma. Los países deben ir aumentando los sueldos a medida que la prosperidad avanza. Hay tablas con salarios mínimos en cada país. Se deben respetar esas normativas y velar para que sigan en aumento. Si aumenta la producción y las demandas por parte de compradores internacionales de cualquier otro país, los sueldos se irán incrementando paulatinamente. Es un *win-win.* A mí tampoco me gusta, como italiano, este «reparto mundial de salarios», pero prefiero tener este trabajo con el sueldo de un paseaperros en Nueva York que quedarme sin trabajo. Yo he nacido en Italia y tú en España. ¿Eso nos hace desgraciados por no haber nacido en Estocolmo o en Nueva York o en Londres? Yo no me siento desafortunado y creo que tú tampoco. El mundo está repartido así. Si no te gusta, vete a una secta donde no exista el dinero y se trabaje con el trueque de servicios, que también las hay. Los horarios ya son un asunto distinto…

—Explícate…

—Ahí sí que hay una igualdad demandada por la propia condición humana y marcada por organizaciones de trabajadores mundiales, que se debe respetar al máximo y que es relativa al descanso que un ser humano necesita. Que yo sepa, aún no hay extraterrestres infiltrados entre nosotros.

—Bueno, alguno que conozco bien lo podría ser. ¡Explicaría muchas cosas! —le digo, provocando una carcajada en mi interlocutor.

—Los horarios que estiman cuántas horas se deben trabajar de forma remunerada y cuántas descansar por derecho son algo que responde a la condición humana, independientemente de las fronteras entre las que a uno le haya tocado vivir.

—Pero no me negarás que en estas fábricas estos horarios no se cumplen mucho —replico, sin que casi le dé tiempo a terminar la frase.

—Cada vez se están haciendo más cambios para que se cumplan. Nosotros, por ejemplo, pagamos la hora a la trabajadora si ésta quiere trabajar más de ocho horas diarias. ¿O eso también es ilegal? Responde a la libertad de ese trabajador, ¿no? Nadie le obliga a trabajar horas extras, son una opción libre. ¡Cuántos ejecutivos hay en Nueva York que prácticamente duermen en su oficina para poder pagarse trajes de Armani o tener un apartamento en Manhattan a base de horas extras!

—¡Qué fijación tienes con Nueva York, *caro mio*! —le digo en broma, causando nuevamente su risa.

—¡Ya me gustaría que me enviaran a Nueva York!

—¿Sí?

—Pues no, la verdad —contesta, haciéndome reír—. Aquí, en Bangladesh, estoy muy bien, me gustaría estar unos años más. Además, el país está progresando mucho. Lástima de todos estos líos políticos que hay ahora con esto de las manifestaciones y las elecciones. La posible inestabilidad política en Bangladesh y la corrupción que hay en el gobierno (esté ocupado por unos o por otros) es lo único que puede hacer peligrar el crecimiento del país.

Carlo mira el reloj y capto la indirecta. Ya va siendo hora de acudir a mi próxima cita y agradecerle el tiempo y las informaciones que me ha proporcionado.

—Te lleva mi chófer adonde le digas, no te preocupes. Yo hoy me quedaré en casa trabajando —me dice, tendiéndome la mano.

* * *

Durante el trayecto hasta Savar, donde he quedado con Fatema, repaso algunas de mis anotaciones de los últimos días y me centro en varios artículos y escritos en blogs de activistas y ONG, desde los que se destaca el abaratamiento de la mano de obra que se está viviendo nuevamente en España con la crisis financiera y se critica que durante los

años previos a ésta, en tiempos mejores para la economía de nuestro país, no se quería mirar hacia la situación inhumana en la que transcurren las jornadas de millones de trabajadores en todo el mundo. Uno de estos blogs resalta, irónicamente, que en muchas de las manifestaciones que se dan actualmente en nuestro país en pro de los derechos humanos, muchos manifestantes llevan ropa que muy probablemente ha sido confeccionada vulnerando cualquier tipo de derecho. En resumen: solemos reaccionar al incumplimiento de los derechos humanos cuando altera nuestras zonas de confort. Si no nos afecta de forma directa, simplemente miramos hacia otra dirección.

Sigo leyendo sin poder evitar hacer pausas momentáneas pensando en todo lo que me ha explicado Carlo bajo su punto de vista. Bien es cierto que, por muchas normativas de gobiernos, campañas y medidas por parte de organizaciones y empresas, el consumidor final es siempre el último responsable del «crimen». Nadie es tan inocente en Europa, o en cualquier país de otro continente o país desarrollado en el mundo, como para ignorar que hay muchas probabilidades de que tras una prenda comprada a un precio muy barato, se esconda algún capítulo de explotación o injusticia, algún incumplimiento de los derechos humanos o trato inhumano que no desearíamos para ninguno de nuestros allegados. Entonces, ¿por qué seguimos comprando?

El coche, que muy amablemente me ha cedido Carlo, ha llegado a Savar y pasa su fatídica zona cero. Se me sigue erizando el vello al pensar que hace tan sólo unos meses, en esta explanada enorme que ahora tengo a mi derecha mientras el coche avanza entre el tráfico de la carretera principal, se vivió una tragedia.

El interés que parecen manifestar algunas marcas por proteger y defender los derechos de los trabajadores, aunque ello implique reducir los beneficios, se sigue poniendo en entredicho por parte de la comunidad internacional.

Es evidente que muchas de estas marcas sabían perfectamente —de lo contrario sus sistemas de control serían realmente deficientes— que el día anterior al derrumbe del Rana Plaza, que terminó con la vida de miles de trabajadores, aparecieron unas grietas en el edificio que indicaban claramente el peligro en el que se encontraban los trabajadores en su interior. A pesar de ello, nadie se

opuso a las órdenes de los capataces de seguir trabajando, lo que al día siguiente tuvo unas consecuencias catastróficas.

Primark, Bon Marche, Joe Fresh, El Corte Inglés y Mango, algunas de las marcas que han reconocido tener talleres de producción en la fábrica derrumbada, componen, junto a muchas más, un largo listado de grandes firmas para las que cosían muchos de los trabajadores que perdieron la vida o que arrastrarán, de por vida, unas secuelas físicas que prácticamente imposibilitarán su retorno a la vida laboral.

Por eso, la gravedad del asunto no está sólo en las medidas que tomen o no a partir de ahora o en las indemnizaciones que paguen o no paguen a las propias víctimas y a sus familias. La gran pregunta es ¿por qué no se tomaron más medidas cuando ya se sabía, desde hacía mucho tiempo, que esas grietas podían vaticinar una enorme tragedia?

Hubo otros derrumbes previos (como el de la fábrica Spectrum en 2005), que pueden considerarse una prueba suficientemente sólida para saber que, en determinados casos, toda medida es poca para evitar las consecuencias que puede tener una simple grieta.

Por eso cuesta creer que, incluso después de la desgracia acontecida en el Rana Plaza, continúe siendo difícil que todas las marcas y fábricas productoras acepten firmar el *Bangladesh Fire Building Safety Agreement* (un acuerdo donde la empresa firmante se compromete a implementar el protocolo oficial para la mejora de la seguridad y prevención de catástrofes).

Algunas empresas, desde que se derrumbara el edificio de Savar, han tomado medidas como la organización de cursillos para sus empleados en materia de seguridad, con vídeos ilustrativos para evacuar más fácilmente el edificio. Sin embargo, ¿por qué resulta tan difícil comprometerse a tomar medidas serias para evitar otro hundimiento?

Me parece asombroso, por no decir indignante, que, casi medio año después de la tragedia, las familias que perdieron a sus seres queridos y aquellos supervivientes que sufrieron terribles heridas sigan pagando el precio de la negligencia de los más poderosos. ¿Por qué nadie asume la responsabilidad y todas las partes implicadas parecen eludir sus compromisos?

No consigo comprender que las firmas internacionales,

aun sabiendo que están en el punto de mira y que todo el mundo señala su supuesta responsabilidad, no emprendan más acciones para favorecer al trabajador. Hay determinadas medidas que no le supondrían una inversión tan grande si la comparamos con la posible pérdida de beneficios si su imputación, según los juicios paralelos del conjunto de la sociedad, es cada vez más clara.

Las indemnizaciones a las víctimas, por ejemplo, son una asignatura pendiente de muchas de estas marcas, que no sólo no las han hecho efectivas, sino que no cuentan con un plan sólido de reparto equitativo y justo.

Organizaciones como el International Labour Rights Forum, por ejemplo, exigen de manera muy contundente que las firmas implicadas con la tragedia del Rana Plaza hagan efectivas las indemnizaciones. No consigo entender por qué hay víctimas que siguen esperando que se les indemnice, cuando incluso la OIT ha tomado cartas en el asunto, organizando una reunión en Ginebra de varias de las partes implicadas e iniciando la creación de «The Arrengement», un acuerdo que estandarizará los mecanismos para repartir las indemnizaciones a las víctimas del derrumbe.

Varias empresas internacionales, sindicatos globales y locales, ONG y el propio gobierno de Bangladesh forman parte ahora del recientemente creado Comité de Coordinación para las Indemnizaciones del Rana Plaza. La prensa hace públicos, cada dos por tres, los nombres de las marcas que contaban con puestos de producción en el Rana Plaza. ¿Por qué entonces es tan difícil hacer efectivas las indemnizaciones de una vez por todas?

Intento mirarlo desde la lógica de un niño pequeño, generalmente la más sensata, y por mucho que me pregunte, no logro hallar la respuesta, a no ser que haya gato encerrado, invisible para los que no estamos en la cúspide de poder de este sector.

Aun así, compruebo en varias webs y documentos, que algunas marcas han querido avanzar y tomar cartas en el asunto. Primark, por ejemplo, ha repartido ayuda de emergencia y ha creado un sistema para dar indemnizaciones, más cuantiosas y a medio plazo, a todas las víctimas o familiares de éstas. Otras empresas, como Benetton o El Corte Inglés, parecen tener un papel muy activo en el comité de coordinación, dejando patente su interés en poner en práctica las medidas planteadas. Inditex

y Bon Marché también parecen haberse comprometido a indemnizar a las víctimas según establezca el acuerdo. Pero hay muchas otras marcas, como Alcampo o Walmart, que todavía no se han comprometido. ¿Por qué?

He contactado con algunas de las marcas que aparecen en las «listas malditas» de aquellas empresas que no se han querido comprometer, y de las que me ha extrañado su aparición ya que conozco, mínimamente, sus buenas políticas en materia de derechos del trabajador. Mientras que algunas responden que son procedimientos que llevan su tiempo, otras culpan a la lentitud de los coordinadores del acuerdo en Bangladesh, eximiéndose de responsabilidades.

* * *

El coche me deja, antes de lo previsto, en el límite con Majidpur Bosti, una extensa zona de chabolas en Savar. Le digo que no hace falta que me espere (ya cogeré un taxi) y decido pasear por la zona antes de volver al punto de partida, justo debajo de unos enormes carteles colocados por sindicatos, que es donde he quedado con mi entrevistada dentro de casi una hora.

Dacca y sus alrededores están llenos de *slums* (*bosti*, como los llaman aquí) como éste en el que ahora me encuentro. Mazar Bosti, en Tongi; Rayer Bazar Bosti, en el centro de Dacca; Korail Bosti, en la paradójicamente lujosa zona de Gulshan; Hatirjheel Bosti, a pocos kilómetros de Bonani… Aquí viven, junto a sus familias, la mayoría de los trabajadores de la industria textil (para fábricas en zonas como Tongi, Ashulia, Badda, Savar o Narayanganj). No tienen agua potable, viven con electricidad robada de cables ajenos y comparten retretes, o campiñas al uso, donde juegan niños y animales tentando a la suerte en un caldo de cultivo de infecciones, enfermedades y condiciones higiénicas verdaderamente deplorables.

Una vez más, la persona con la que me he citado es absolutamente puntual y quince minutos antes de la hora acordada ya me está esperando. Se trata de Asha, la madre de Fatema. En el derrumbe, Fatema perdió la pierna derecha y la izquierda quedó muy lastimada, con lo que aún tiene muchos problemas para poder caminar.

Asha, muy amable, habla en un bangla que, no sé por qué, me resulta fácil de comprender. Y detecto que ella

también entiende mi hindi, así que si se me escapa alguna palabra de lo que me diga Fatema, trataré de que su madre me la explique hasta que logre desentrañar el significado.

La chabola en la que viven está muy cerca del punto en el que hemos quedado. Tiene unos cinco o seis metros cuadrados en los que ahora viven Fatema y sus padres, Asha y Jolil.

El material con el que está construida la choza es hierro y uralita. Su interior está limpio y ordenado. En un lado, están unas pequeñas estanterías donde reposan ordenados vasos y platos de aluminio y fotografías realizadas en estudio cuyos modelos no consigo reconocer. Se tratará, seguramente, de retratos familiares hechos en ocasiones puntuales, lucidos ahora orgullosamente en el hogar familiar. Al otro lado de la minúscula estancia, hay un pequeño camastro desde el que Fatema me dedica una leve sonrisa. A sus pies, sentado, está Jolil, su padre, que se levanta inmediatamente para ofrecerme su puesto. Le respondo que sentado en el suelo estaré perfectamente, a lo que él se niega, casi cogiéndome a la fuerza, para que me siente en la cama donde está su hija.

Asha me ofrece té y galletas y Jolil se queda mirando la escena, pensando, seguramente, qué más pueden hacer para agasajar a su invitado.

Chai en mano, miro a Fatema y le dedico una especie de sonrisa resignada (no se me ocurre hacer nada más en estos momentos). Ella me responde intentando imitar mi gesto facial, pero se la nota débil, muy cansada y claramente triste. No puedo ni imaginar lo que vivió aquel día de abril en el Rana Plaza, cuando toda la estructura del edificio se vino abajo y se hizo la más absoluta oscuridad. En la fábrica y en sus vidas.

No sé por dónde empezar. He notado que siempre se apagan las voces y se entristece el ánimo al nombrar aquel día fatídico. En este caso, además, donde las terribles secuelas psíquicas y físicas son más que evidentes, no tengo ni idea de cómo abordar el tema. Así que decido comenzar preguntando a Asha y Jolil:

—¿Cómo se enteraron cuando sucedió?

Asha empieza a llorar desconsoladamente, dedicándome una de aquellas miradas en las que se busca la complicidad, tal vez el auxilio, del interlocutor con el que estamos hablando. En ese momento, impotente, me limito a asentir y negar con la cabeza. No sé qué hacer ni qué decir, aun

estando entrenado, por desgracia, en este tipo de conversaciones. Sin embargo, nunca se está suficientemente preparado para la desgracia ajena y la impotencia que me invade en estos momentos es algo inevitable.

—Oí unos gritos, aquí fuera —dice, señalando la pequeña puerta que da al callejón—. Muchas mujeres lloraban y los hombres gritaban. Corrían de un lado a otro, y supe que alguna desgracia había pasado. Pero alguna desgracia a los míos. Lo presentí al momento.

—¿Supo que le había pasado algo a su hija Fatema?

—Sí, lo sabía por dentro. Soy madre —dice Asha, acariciándose el corazón con la mano derecha.

—Yo sabía que mis padres pensarían que estaba muerta —interviene ahora Fatema, dejándome escuchar su voz por primera vez y llorando al observar a su madre—, pero pensé que Alam también estaba vivo.

—¿Alam? —pregunto torciendo la cabeza.

—Mi marido —responde Fatema, aún entre lágrimas—. Murió en el derrumbe.

Me quedo estupefacto, porque mi contacto no me había dicho que el marido de Fatema falleció en el Rana Plaza.

—Lo siento —me limito a decir.

—¿Qué hará ahora? —me dice Asha—. Tiene dieciocho años, se ha quedado viuda y casi pierde las dos piernas... ¿Qué haremos ahora? Fatema es nuestra única hija.

—¿Trabajan ustedes? —les pregunto a Asha y Jolil.

—Sólo yo trabajo. Limpiando una casa —contesta Asha, casi sin poder hablar por el llanto—, pero sólo gano mil quinientos takas al mes. ¡Y la casa nos cuesta casi dos mil! ¿De dónde vamos a sacar el dinero?

—¿Cuánto ganabas, Fatema?

—Tres mil takas al mes —responde—, ¿qué voy a hacer ahora? ¡No me han pagado ni el sueldo de Alam!

—¡No nos han dado nada! —exclama Asha, acrecentando el llanto—. ¡Nada! ¡Por favor, ayúdenos! ¡Escriba que estamos así, que necesitamos que nos paguen algo!

—No puedo hacer mucho, de verdad, pero lo intentaré todo desde mi humilde posición. ¿No les han dado ninguna compensación? ¿Nada? —pregunto extrañado.

—¡Sólo dos paquetes de galletas y mil takas que nos ha entregado el dueño del taller! —dice Jolil—. ¿Qué vamos a hacer con eso?

—¡Sabemos que a algunas familias que ni tan siquiera han perdido a alguien en la familia les han dado diez mil o

quince mil takas! —interrumpe Asha—. ¡Pero a nosotros no nos han dado nada!

Entonces, yo que pregono a los cuatro vientos lo importante que es mantenerse frío y dejar a un lado las ñoñerías para analizar la situación como si fuera simplemente un caso de laboratorio, yo que presumo de ser muy británico y dejarme embargar en muy pocas ocasiones por la emoción, noto cómo me crece un nudo en la garganta que casi me impide formular la siguiente pregunta. Disimulo y hago ver que toso para que no se note que, por un momento, me han contagiado de su tremenda amargura. No puedo ni imaginar lo que deben de estar pasando ahora y me resulta inevitable apiadarme de su fatal destino.

Así que tengo que recurrir a una técnica que nunca me falla en estos momentos: la del «escapismo», que consiste en tratar de ver la escena desde fuera, como si no estuviera en ella y fuera un mero espectador. Es el único truco que me ha funcionado en casos en los que me resultaba casi imposible reprimir el llanto, pero quería evitar a toda costa llorar en público, algo para lo que soy tremendamente reservado.

Pasados unos pocos segundos, compruebo que esta vez también ha funcionado y puedo plantear la siguiente pregunta. Asha, Fatema y Jolil, los tres, están llorando desconsoladamente.

Quiero saber qué pasó durante y tras el derrumbe, cómo fueron aquellos primeros minutos. No es morbo, sino la necesidad de empatizar todavía más con una situación tan inhumana como la que tuvieron que afrontar. Sin embargo, no sé si atreverme a hacer más preguntas, viendo el estado en el que están ahora mismo los tres. Pocos segundos después, veo que no me hará falta, ya que Fatema empieza a hablar de aquel día:

—El día anterior habían aparecido unas grietas en el edificio y nos hicieron salir durante media hora del taller. Pero al cabo de poco nos dijeron que no pasaba nada y que podíamos regresar a nuestros puestos. Todo parecía normal. Aquella noche, Alam me dijo que le haría mucha ilusión tener un hijo y que sabía que íbamos a ser muy felices, pero a la mañana siguiente todo terminó...

Fatema retoma de nuevo el llanto y miro entonces a Asha y Jolil, esperando que intervengan ellos, pero Fatema se repone enseguida:

—Ahora, si algún día puedo andar, no podré ver ninguna

grieta en un edificio, porque voy a pensar que les sucederá lo mismo que me pasó a mí a todas las personas que hay en su interior. Nos habían dicho que todo era normal y de repente se oyó un ruido muy grande arriba y ya no me acuerdo de nada más. Cuando me di cuenta de algo, ya estaba en una camilla y me metían en una ambulancia. Yo sólo preguntaba por Alam, quería saber si estaba bien, pero no me decían nada. A medida que pasaban los días y nos decían que no sabían nada, ya nos temíamos lo peor. Mis suegros... bueno... mis suegros...

—Se han portado muy mal —interviene Asha—, muy mal. Han abandonado a mi hija y no se han querido hacer cargo de nada. Dicen que ni siquiera tenían hijos y, por lo tanto, no quieren saber nada de ella. Creemos que ellos han pedido una indemnización y que han recibido algo, pero nunca nos lo van a decir, porque nos han repudiado como si no fuéramos de su familia.

Fatema sigue llorando y su padre le acerca un vaso de agua y un pañuelo impoluto de color blanco nuclear.

—Me llevaron con la camilla a reconocer el cadáver de Alam —sigue relatando entre sollozos—. No se veía bien su cara, estaba destrozada, así que supe que era él por la ropa, que estaba también completamente destrozada. Cuando salí y les dije a mis suegros que se trataba de él, dejaron de hablarme. «Ya no eres nuestra hija», me dijeron. Y no he sabido nada más de ellos.

Asha llora desconsolada y Fatema la sigue en el llanto. Miro a Jolil y creo que va siendo hora de dejarles tiempo y espacio.

El atardecer roza los muros grises de las fábricas de Savar y las chabolas de Majidpur Bosti con una caricia volátil. Mientras, millones de trabajadores consumidos por su propio destino siguen desarrollando su jornada laboral, entre máquinas de coser y sueños truncados.

6

Bibi
Moda para el desarrollo

Han pasado varios días desde que aterricé en Dacca y, tal y como me imaginaba, cada vez que descubro algún dato nuevo o cuento con un nuevo testimonio, más se acrecienta mi dilema y menos capaz soy de averiguar dónde y en quién empieza y termina la responsabilidad del sistema imperante en la industria textil en Bangladesh.

Tras levantarme, decido ir a desayunar de nuevo al Westin y probar suerte, una vez más, tratando de encontrar a Reshma u obtener alguna otra pista. Nadie del hotel me ha podido poner en contacto con ella y si en algún momento pensé que podía hacerme pasar por un turista más, ahora ya es misión imposible.

Cuando paso el control de seguridad y subo las escaleras mecánicas veo, de espaldas, un cuerpo que me resulta familiar. Aun con el uniforme y el pañuelo en la cabeza, que he visto tantas veces en fotografías, me cuesta poco reconocerla. He realizado tantas maniobras fallidas, tantos intentos y meses de espera por encontrarla (aunque cada vez yo mismo entiendo menos con qué finalidad), que ahora no puedo creer que la tenga a tan pocos metros de mí.

¿Qué le digo? ¿La llamo por su nombre? ¿Me acerco disimuladamente y le sonrío? ¿Le pido una fotografía? ¿Debo esconderme de otros trabajadores del hotel antes de que reconozcan al escritor pesado?

Por más que lo intento, no consigo ver su cara. Se acaba de girar para coger el ascensor, el mismo que tomaré para subir a la zona de desayuno. Ahora que ya he subido las escaleras mecánicas, estoy cada vez más seguro, viendo su estatura desde otro prisma, de que se trata de ella, aunque

no consiga verle claramente el rostro.

Tengo dos opciones: hacerme el digno y seguir caminando al mismo paso, corriendo el riesgo de que se meta en el ascensor y la pierda de vista para siempre, o empezar a correr como un loco y abalanzarme al ascensor, cuyas puertas se están abriendo. No lo dudo ni un segundo.

Empiezo a correr, haciendo que levanten la mirada el chico y la chica del mostrador de recepción y la turista —no he tenido tiempo de adivinar su nacionalidad— que está hablando con ellos. Reshma, sin embargo, parece no haberse dado cuenta de que hay alguien corriendo hacia el lugar donde se encuentra ella.

Mi perseguida entra en el ascensor, que va vacío. ¡No puedo creerlo! ¡Los dos en el ascensor! ¡Sin nadie más! ¿Por qué tanto mito y tanto misterio de que siempre va acompañada y todas las otras fantasías que he tenido que escuchar?

Ya estoy en el ascensor y ella por fin se empieza a girar para preguntarme a qué piso voy. Me sonríe. Y yo, al comprobar que no se trata de Reshma, no puedo evitar responderle con una cara de decepción.

Mientras el ascensor sube al segundo piso, no dejo de estudiar sus facciones, su expresión. Tal vez sí que sea ella y así, tan de cerca, no la sé reconocer. Pero no. No se le parece ni de lejos, su pin de solapa lleva otro nombre y así, en la cercanía, no tiene en absoluto la misma estatura, que conozco perfectamente al toparme tantas veces con su fotografía en tamaño natural que está en la entrada.

Tomo mi desayuno algo apagado. La desilusión ha sido grande. Así que me centro en otros aspectos y empiezo a confeccionar en mi cabeza un discurso, algo más claro del que he tenido hasta ahora, de la realidad en la industria textil en Bangladesh.

Sé que tendré que hacer muchas piruetas mentales para comprender quién es exactamente el verdugo dentro de la cadena del consumo (¿nosotros, los compradores?, ¿las firmas internacionales?, ¿los delegados de éstas a la hora de supervisar las fábricas de Bangladesh?), pero en cuanto a gobiernos y entramados políticos, nacionales e internacionales, estoy convencido de que ha de ser más fácil tener una visión más imparcial de cómo son las cosas y encontrar unos datos objetivos y marcos legales que describan claramente quién miente en este engranaje donde todos se lavan las manos y se eximen de responsabilidades.

Está claro que, al igual que en otros temas (Cooperación al Desarrollo, por ejemplo, que es el campo que más conozco), existe siempre una doble moral en la manera que tienen los países y la comunidad internacional de enfrentarse a una determinada materia.

Nunca he comprendido por ejemplo por qué países como Estados Unidos se permiten impartir moralina y emprender medidas contundentes (varias guerras entre ellas) para frenar la fabricación de armas en un determinado país, cuando ellos son los mayores fabricantes del mundo en armamento. Me niego a pensar que mi análisis es simplista, porque la defensa de la vida, en mi humilde opinión, no tiene nada de simple.

Sin embargo, a la hora de observar la actitud de muchos países hacia la explotación laboral en la industria textil, y toda la legislación que se ha generado en torno a este hecho, me cuesta mucho más emitir un juicio.

Si bien está claro que se deben sancionar los tratados comerciales que impliquen cualquier tipo de explotación y vulneración a los derechos intrínsecos que tiene —o debería tener— todo ser humano, también es cierto que cerrar las puertas a muchos de esos acuerdos implica cerrarlas al desarrollo de ese país y, en consecuencia, al bienestar universal de la humanidad.

Estados Unidos, por ejemplo, encarna este dilema. Su gobierno, ya bajo el mandato de Obama, ha suspendido, hace muy poco tiempo, un plan de ayuda denominado Sistema Generalizado de Preferencias que regía en los últimos años sus relaciones comerciales con Bangladesh y hacía posible la exportación a Estados Unidos y sin barreras arancelarias de más de cinco mil productos.

Según el gobierno de Obama, este país del sureste asiático no está posicionándose de forma clara a la hora de asegurar que los trabajadores no son explotados, especialmente después del derrumbe del Rana Plaza.

Si bien es cierto que la medida de Estados Unidos tampoco supone, si analizamos bien los números, una seria amenaza para el comercio entre ambos países, sí hace peligrar las relaciones comerciales de Bangladesh con otros países del mundo que podrían emprender acciones parecidas, dejando sin trabajo a millones de personas empleadas en las fábricas textiles de Dacca.

La Unión Europea, hasta el momento, mantiene las exenciones fiscales relativas al comercio con este país, pero

la situación es delicada.

Todos los expertos señalan que abandonar el país como medida de protección a los derechos humanos nunca es la respuesta inteligente, ya que sólo agravaría las condiciones de vida de millones de trabajadores del sector.

* * *

Salgo del hotel y me dirijo a mi próxima entrevista. Voy a conocer a alguien a quien siempre he admirado y cuya vida y testimonio han sido portada en numerosas revistas y periódicos de la prensa internacional contemporánea. Es uno de los abanderados del país, una de las personas que han contribuido a ser buenos embajadores de su tierra y a que muchos ciudadanos del mundo pusieran Bangladesh en el mapa. Como también lo ha sido el profesor Muhammad Yunus, fundador del Grameen Bank, impulsor del concepto del microcrédito (pequeños préstamos concedidos a personas económicamente pobres que no pueden solicitar un préstamo bancario tradicional). Sin lugar a dudas, otra de estas personas es mi siguiente entrevistada: Bibi Russell.

Esta mujer fascinante, que en pocos minutos tendré delante de mí, nació en el seno de una familia acomodada de Bangladesh. Tuvo una infancia feliz y privilegiada, en un ambiente de artistas e intelectuales que la sensibilizaron desde su más tierna infancia con las diferentes culturas. Como no quería hacer una carrera tradicional, su familia la envió a Londres para estudiar moda y diseño en la London College of Fashion. Allí sus ojos rasgados y su gran belleza de piel morena llamaron la atención del fotógrafo Eric Boorman, quien la llevó a las pasarelas de todo el mundo y la consagró como *top model* en una época en la que esta profesión estaba en verdadero auge.

Una vez situada en el olimpo de la moda, trabajando para los mejores diseñadores de París y del mundo entero, siendo portada de las revistas de moda más prestigiosas del planeta, Bibi decide regresar a Bangladesh. Es el año 1994 y ella vuelve a su país con un gran sueño: promocionar el trabajo de los tejedores y tejedoras del Bangladesh rural, adaptando sus creaciones para conseguir su éxito internacional y asegurar así que no emigren para malvivir en la gran ciudad.

Bibi Russell, cuyos diseños, mayoritariamente plasmados en algodón y seda, son de clara influencia étnica y colores

vivos hechos con tintes naturales, vio cómo su proyecto alcanzaba renombre internacional dos años después de regresar a Bangladesh. Su principal padrino, que quedó fascinado por el empeño de Bibi en la preservación de la tradición y la cultura, fue Federico Mayor Zaragoza, entonces presidente de la Unesco.

Aquel lanzamiento en París la llevó a implicar en su proyecto a numerosas personalidades del mundo, entre ellas la reina Sofía de España.

Bibi Russell, divorciada y madre de dos hijos, ha recibido, entre otros honores, la Cruz de Isabel la Católica, fue nombrada «Diseñadora para el Desarrollo» por la Unesco y la prestigiosa revista *Asiaweek* la definió como «una de las veinte personas ejemplares del milenio», además de ser premiada por su labor por la Asociación de las Naciones Unidas en España y de ser objeto de muchos otros reconocimientos a nivel internacional.

Pienso que la visión de Bibi acerca de la industria textil y sus millones de trabajadoras, que han llegado a la ciudad porque en principio no tienen otra salida en el campo, puede enriquecer mucho el contenido de mi libro. Quiero plasmar cómo ella le ha dado la vuelta a la tortilla, cómo ha optado por ofrecer recursos, a través de la moda, a miles de familias del entorno rural de Bangladesh. Es otra salida al desarrollo, distinta a la que me quieren justificar los empresarios y que pasa inevitablemente por horarios inhumanos y condiciones inaceptables.

Bibi tiene sus oficinas en una zona bastante alejada de Bonani, donde queda mi hotel, o Gulshan 2, donde está el Westin. El tráfico engulle el taxi en el que me encuentro y, casi dos horas después, llego por fin a mi destino. Faltan aún veinte minutos para que sea la hora en la que hemos quedado.

Nada más verme bajar del taxi, un chico muy amable, en el portal, me indica que me acerque:

—La señora Russell lleva ya rato trabajando dentro, así que puede entrar cuando quiera.

El mismo chico me invita a subir las escaleras hasta llegar a un rellano amplio con una preciosa rueda de coser antigua colocada en una esquina como elemento decorativo.

Tras una puerta de cristal, avanza hacia mí, sonriente y simpática, Bibi Russell. He visto tantas veces su cara en revistas y periódicos de todo el mundo que me resulta muy

familiar.

Bibi me invita a entrar en su pequeño despacho, lleno de vida, de color y de ese caos ordenado de un despacho vivido, indicador de pasión y trabajo servidos en un plato conjunto. Tras beber un delicioso *chai* y responder a sus preguntas acerca de mis libros, de mi vida en India y de otros detalles más, empiezo a preguntar. Enciendo mi moderna grabadora (una aplicación recientemente descubierta en el iPhone) y arranco:

—Vayamos al principio de todo primero, Bibi. ¿Qué fue antes? ¿El interés por ser modelo o por ser diseñadora?

—Nunca se me pasó por la cabeza que podría ser modelo. Crecí en Bangladesh. Aquí pasé mi niñez, fui a la escuela, adquirí mis primeros conocimientos... Cuando alcancé la edad de trece años, ya era muy alta, flaca y con la piel muy oscura. Si te fijas en el concepto de belleza que se tiene en Bangladesh, yo era completamente lo opuesto, así que jamás me había visto como alguien que podría ser modelo algún día.

—¿Te considerabas fea, entonces? —le pregunto.

—¡Claro que sí! ¡Siempre creí que era la más fea en el mundo! Pero eso sí, mis padres nunca me dijeron nada de eso y siempre trataban de hacerme ver que la gente no sabía apreciar la belleza que sí tenía. Es muy importante el apoyo de mi familia. Yo sé que si hoy en día tengo los pies en el suelo es gracias a ellos y a la educación que me dieron. Mis padres me decían: «Bibi, si te llaman fea es que no te han mirado a los ojos y no han visto la belleza que hay en ti; no conocen tu verdadera belleza». Mis padres, mi hermana y mi hermano nunca jamás me dijeron que era fea.

—Tengo entendido que ya de muy pequeña te fascinaba la moda...

—Me fascinaba el arte, el diseño, los colores... Recuerdo que tenía muchos lápices de colores y utensilios con los que pintar y dibujar. De niña mis padres nos llevaban mucho al campo y a los pueblos, y allí me quedaba maravillada con los tejidos que hacían, con las telas... y les preguntaba a mis padres si aquellas mujeres habían estudiado. Cuando me decían que no, yo pensaba: «¿Y cómo puede ser que ellas, sin estudios, hagan cosas mucho más bonitas que yo, que voy a la escuela?».

—¿Eras buena estudiante?

—Yo sólo estudiaba para ir sacando los cursos, ésa era mi

intención. Pensaba que si sacaba mejores notas, mis padres pensarían que podría ser médico o alguna otra profesión que yo no quería, así que fui aprobando simplemente para ir avanzando, sin más. A mí lo que me gustaba era otra cosa. Ya de pequeña iba a la cocina, veía los colores de las verduras que se cocinaban… ¡me fascinaba!

—¿Cuándo tomaste conciencia de que querías que el diseño y la moda se convirtieran en tu profesión?

—A los diez años mi padre me regaló una máquina de coser —me dice con una sonrisa aún mayor que le ilumina la cara—. ¡Fui la mujer más feliz del mundo! —Bibi hace una leve pausa, mirando hacia arriba, aún con el brillo en sus ojos y la enorme sonrisa en sus labios, y sigue regalándome sus recuerdos—: Mi padre me enseñó un libro de Chanel y ahí fue cuando me di cuenta de que tenía que aprender. A mí me fascinaba el arte: Picasso, Miró… pero si tenía claro que quería hacer moda, debía formarme para ello. Aquel libro me inspiró, en el sentido de que me enseñó que tenía que aprender. Entonces alguien me dio un folleto del London College of Fashion. Y allí me enviaron.

—¿Cómo fueron aquellos primeros tiempos en Londres?

—Cuando llegué a Londres, me sorprendió que de repente la gente ya no me considerase fea. «Aquí viene el rayo de sol», decían cuando aparecía por la puerta. Empecé con clases de tarde. Si no era buena, me echaban. Yo tenía buen nivel de inglés, pero al principio no entendía el acento de los profesores y me costaba mucho.

—Si volvieras a aquel momento, en el que iniciaste una etapa académica que desembocaría posteriormente en la profesional, sabiendo lo que sabes ahora, ¿habrías hecho algo diferente? —le pregunto.

—No. Absolutamente no. Haría exactamente lo mismo. Desde mi infancia yo tenía un sueño. Mi madre es del este y mi padre del norte, y, como te decía antes, íbamos a pueblos desde mi niñez. Nunca nos educaron como a esos niños ricos que nunca salen de casa. Yo observaba a la gente del campo con sus *lungis* y sus ropas y ya me fascinaba.

—Allí se empezó a tejer tu sueño… —le digo, sin querer interrumpirla demasiado por lo inmersa y apasionada que está en su propio relato y dándome cuenta de lo cursi que acabo de sonar.

—Mi sueño ya empezó a estar muy claro cuando estaba en Europa. Venía muy a menudo a Bangladesh, porque con

mi trabajo de modelo me lo podía permitir. Cogía mi bolsa y me iba a los pueblos. Y me seguía maravillando, como cuando de niña iba allí con mis padres. Si miras a los ojos de las gentes del campo, ves dos estrellas que brillan. Incluso los más pobres de entre los pobres. Cuando voy a los pueblos, actualmente, vivo con ellos. No voy a un hotel ni tengo allí una casa. Simplemente estoy con ellos. Las condiciones allí son duras, en el campo y sin electricidad, pero soy feliz, porque he visto cumplido mi sueño. Y dime, ¿cuánta gente puede decir que ha podido cumplir su sueño? Me llevó treinta años verlo, pero finalmente se ha podido realizar. Y quiero que las personas que me han ayudado a convertir mi sueño en realidad hagan lo mismo con el suyo.

—¿Cómo surgió la idea de tu proyecto, Fashion for Development, que marca la diferencia en las vidas de tantas personas de los pueblos a través de la moda?

—La gente no le da importancia a la moda, pero la moda está en todas partes. Incluso en las personas que se veneran en nuestros países: Gandhi, Tagore... ellos también respetaban esta tradición. Mis primeros dos años tras regresar aquí fueron los más difíciles. Yo, cuando decidí regresar a Bangladesh, lo hice para perseguir mi sueño. Podría haber hecho cualquier cosa en Europa: más desfiles, incursión en el cine... pero preferí acudir a los pueblos y tratar de hacerles entender que sus tejidos y sus confecciones podrían venderse muy bien, recuperando así la tradición de Bangladesh y adaptándola un poco a tendencias contemporáneas.

—En un primer momento desconfiarían, supongo... —le digo, sabiendo muy bien lo que cuesta convencer a una comunidad de que uno va con buenas intenciones.

—Tardé dos años en lograr que confiaran en mí. Entendieron que respetaba su vida y velaba por su dignidad. Hoy en día mi principal satisfacción se debe a que ellos me dieron su confianza. Pero me llevó mucho tiempo. Y lo entiendo, han sido explotados por todo el mundo. Al principio, me intentaban timar, me decían que se les había muerto alguien o que algún miembro de la familia estaba enfermo, y yo les daba el dinero que necesitaran. Pero, poco a poco, fui espabilándome y entendiendo que les debía cuestionar.

—Habiendo conocido tantos países del mundo, viendo la pobreza que existe, el reparto mundial, las injusticias sociales, ¿qué crees que falla? —le pregunto.

—Muchos pueblos se niegan a conocer y reconocer su propia cultura, su identidad, su herencia. Y eso es una grave equivocación. A veces, aquí en Bangladesh, me empiezan a hablar en inglés, pensando que, como he vivido tanto tiempo en Londres y como me he codeado con gente de todo el mundo, es la única lengua que puedo hablar. Pero entonces les contesto en bangla y se quedan asombrados. ¿Hablas bangla?, me preguntan. ¡Y yo entonces me río! ¡Cómo no voy a saber bangla, si soy de Bangladesh! Es lo primero que aprende de su tierra cualquier persona: la lengua que allí se habla.

—Y moda es cultura, al fin y al cabo —me permito sentenciar.

—¡Moda lo es todo! ¡Quien la vea como capricho se equivoca! Al menos en el mundo de hoy en día, moda es necesidad. Tú has venido a Bangladesh, tienes tu hotel, ¿verdad? Eso es vivienda. Comes cada día, ¿verdad? Eso son alimentos. ¿Pero a que no podrías haber venido desnudo a esta entrevista? Moda, entonces, también es una necesidad que debemos cubrir los seres humanos. ¡Incluso en las tribus más recónditas! La manera de vestir define mucho a una cultura y muestra tu personalidad.

—¿Cuáles han sido las mayores satisfacciones que te ha dado la moda?

—Las de las mujeres de los pueblos, sin duda. Si apoyas a una mujer que haga telas, apoyas a toda su familia. Me acuerdo de una mujer de un pueblo que siempre cantaba. Yo le pregunté: «¿Por qué cantas todo el tiempo?». Me explicó que su padre era el cantante de su aldea y que ella se había acostumbrado a estar en casa y oírle cantar. Su sueño era tener una radio para poder escuchar música mientras tejía. ¿Y sabes qué? ¡Con una de sus primeras pagas de Fashion for Development se compró una radio! A través de la moda también se hacen posibles muchos sueños.

—Se nota que te gusta estar en los pueblos, no lo puedes disimular —le digo.

—Me invitan a muchos programas de televisión, eventos… y siempre les hago esperar o no voy porque estoy en las aldeas y los pueblos casi todo el tiempo.

—¿Cómo ves el futuro textil de Bangladesh? —indago, intentando ir centrándome en el tema que me interesa. Tengo muchas ganas de conocer su opinión acerca del panorama actual, especialmente después del Rana Plaza.

—Lo único que sé es que no podemos retroceder, debemos ir hacia arriba. ¡No podemos quedarnos a cero! ¡Pero si ningún país del mundo ha sabido trabajar la muselina como nosotros! ¡La muselina! Ni los ingleses pudieron cuando lo intentaron.

Abro exageradamente los ojos y hago el amago de apagar la grabadora.

—No te preocupes —me dice, captando el gesto—. Lo dije también otra vez, ¡y en una televisión inglesa!

La muselina —lo aprendí el primer año de vivir en la India— es una tela fina y transparente originaria de Iraq (de Mosul, concretamente, de ahí su nombre). La India (especialmente la zona que actualmente es Bangladesh) fue pionera a la hora de trabajarla y tejerla, primero en seda y más tarde en algodón. Europa la empezó a importar en el siglo XIII, convirtiéndose en un auténtico producto de lujo.

—Reforzar nuestra propia moda —continúa Bibi— nos llevaría a muchas otras cosas. A través de la moda, por ejemplo, en mi proyecto se consigue escolarizar a los hijos de estas mujeres, que accedan a la salud... No es solamente moda.

—¿Qué es lo más importante que has aprendido de las gentes de los pueblos? —le pregunto.

Bibi se queda unos instantes pensando, pero enseguida continúa:

—Hoy en día hemos olvidado a sonreír. Nos quejamos siempre. Ellos sonríen siempre, son incapaces de ofrecer una mala cara. Por otro lado, también me fascina otra cosa de las mujeres de los pueblos. Muchas mujeres en Occidente se arreglan para sus maridos, para sus novios, o para tenerlos y estar guapas a la hora de salir. Ellas, las mujeres del pueblo, en cambio, van arregladas siempre, aunque estén solas en casa mientras tejen. Porque se arreglan para ellas, para nadie más. Eso me hizo comprender su belleza innata. Estoy segura de que si tuvieran una oportunidad como tuve yo de salir ahí fuera a conocer mundo, serían verdaderos genios.

Miro de reojo el reloj y me doy cuenta de que el tiempo ha pasado volando. Va siendo hora ya de que vaya al grano y entre en materia sin muchos preámbulos.

—Bibi, ahora que todo el mundo habla del Rana Plaza, de las condiciones de los trabajadores y del sector textil en Bangladesh, ¿me podrías decir cómo ves tú el tema?

Ella hace un gesto afirmativo con la cabeza mientras

escucha la pregunta y la responde rápidamente sin titubear:
—Como ciudadana de Bangladesh, lo que te puedo decir es que debemos estar avergonzados de lo que pasó. Es un horror inimaginable lo que vivieron tantas personas allí dentro. Sin duda, los ciudadanos de Bangladesh, por la parte que nos toca, debemos sentir vergüenza. No encuentro otra palabra. Pero los compradores internacionales no están libres de culpa...
—¿Qué quieres decir? —le pregunto, aun conociendo la respuesta, pero ansiando conocer su manera de exponerla.
—Mira, lo mío con Fashion for Development es más lento, pero lo disfrutarán las siguientes generaciones, porque, gracias a las telas y la moda, los hijos pueden estudiar y esas familias pueden abandonar la pobreza. Pero las fábricas de Dacca responden al ritmo rápido que les exige Occidente. Si tanto critican las condiciones en las que se trabaja, ¿por qué vienen aquí a comprar? Porque tienen mano de obra barata y calidad excelente. Tal vez dirán que sí, que controlan las condiciones en las que los trabajadores confeccionan las prendas que compran, pero no lo hacen. Porque sólo les importa los precios bajos y la rapidez.
—¿Pero crees que estas condiciones son tan duras y están tan generalizadas como se asegura en el mundo entero o en Occidente se exageran mucho las cosas? —quiero saber.
—Sí, también se exagera un poco, pero insisto con lo de los compradores. Conozco muy bien todas las marcas, mucho. Y por eso sé que se tienen que comprometer mucho más. No puedes hacer que una mujer embarazada de ocho meses trabaje tantas horas y ver muchas otras cosas que pasan en las fábricas y quedarte sin hacer nada, simplemente aumentando los pedidos.
—¿Y qué me dices de las compensaciones y apoyos a las víctimas del Rana Plaza? ¿Son suficientes?
—Mira, mucha gente murió y eso es terrible. Pero es muy triste la situación en la que se han quedado las personas que han perdido la mano o la pierna en el derrumbe. Muchos familiares los rechazan ahora porque ya no llevan un sueldo a casa y les dicen en voz alta que ojalá se hubieran muerto, porque no serían una carga como son en este momento. ¿Puedes imaginarte algo así?
—Horrible, desde luego —afirmo.
—En el año noventa y ocho tuvimos una inundación muy grande, fue un desastre natural en el que el país perdió mucho, pero nunca había visto nada igual como la tragedia

del Rana Plaza. ¡Qué horror! ¿Sabes que hay gente que no pudo escapar a tiempo porque los habían encerrado en los talleres donde trabajaban? ¡Eso es esclavitud!

—¿Qué relación tienes con las fábricas de Dacca? —le pregunto, curioso.

—Nunca nadie ha apoyado mis proyectos en las zonas rurales. Lógico, porque la mano de obra está integrada por gente que viene de los campos para permitir que sus hermanos estudien o se alimente la familia mejor. Apoyar las zonas rurales significaría, en este sentido, que algún día se acabaría el chollo de pagar un dólar por prenda a las fábricas que contratan personas que llegan a la ciudad procedentes del campo prácticamente desesperadas y con una gran necesidad económica.

—¿Y qué les dirías a las personas que, en Occidente, boicotean ciertas marcas que compran en Bangladesh y dejan de adquirir su ropa?

—¡Les diría que no lo hagan! ¡Eso nunca! —exclama—. Uno tiene que pensar que si no compra es mucho peor, porque estará contribuyendo a la pobreza de muchas personas. Nos quejamos de que no queremos un mundo con pobreza. Pues si dejamos de comprar ropa con la etiqueta de *«made in Bangladesh»*, habrá más pobreza en mi país y, en consecuencia, en el mundo. Si la gente dejara de comprar, los compradores dejarían de venir a Bangladesh, las personas aquí se quedarían sin trabajo y tendrían que recurrir a la prostitución, a lidiar con drogas... ¡Sería muy negativo para la gente de Bangladesh!

—¿Qué medidas tomarías si fueras política y estuviera en tu cartera de responsabilidades la industria textil?

—Créeme, Jaume, ¡ni en mis peores pesadillas sería política! —confiesa, riendo—. Mi responsabilidad es mía con la gente de los pueblos de mi país.

Me despido de Bibi, que me obsequia con varios productos realizados en las aldeas para Fashion for Development y quedamos en seguir en contacto.

La tarde avanza y el cielo anaranjado de Dacca anuncia una noche estrellada. Como un velo plateado cubriendo la enorme capital de Bangladesh. Como una muselina tejida en el campo que se compadece, desde arriba, de un llanto arrastrado que moja sueños sin cesar.

7

Rubina
Segunda conversación

El sol de una mañana clara y calurosa acaricia con su luz amarilla los arbustos que rodean la entrada de mi hotel. Hoy debo salir muy pronto: he quedado para desayunar con un tal Abdul, propietario de una de las fábricas de la polémica y cuyo nombre —a eso me he comprometido y quiero tenerme por un hombre de palabra— no puede ser publicado bajo ningún concepto.

Varias de sus secretarias se han puesto en contacto con la mía y prácticamente me han hecho jurar sobre el Corán que mi entrevistado no saldrá mal parado. Ya les hemos dicho por activa y por pasiva que nunca me ha gustado insultar o dejar en evidencia a nadie sino relatar los hechos que veo y transmitir las palabras que oigo, sin más. Simplemente no es mi estilo. Tal vez vendería más libros y haría más ruido, pero no me va. Por circunstancias del destino, en mi vida profesional, debo compaginar ambos lados: la del entrevistador y la del entrevistado, y si algo he aprendido es que los juicios paralelos y los titulares exagerados nunca llegan a buen puerto ni aportan nada al lector ni al entrevistado, ni mucho menos al periodista.

Sé que mi próximo entrevistado debe de estar escarmentado estos días de periodistas que denuncian, tal vez sin suficiente conocimiento de causa, el trato que propina a sus empleadas o las circunstancias en las que trabajan las personas bajo su mando. No me han autorizado a visitar la fábrica, así que si no la veo, nada puedo decir.

Abdul me ha citado en un lugar que ya empieza a ser mi segunda casa en Dacca: el Westin. He aceptado el punto de encuentro de buen grado, porque albergo una pequeña esperanza de que Reshma aparezca por allí, o tal vez

conozca al empresario, o tal vez éste me presente a alguien del departamento de Relaciones Públicas del hotel y pueda entrevistarme, por fin, con mi esquiva Reshma.

El *rickshaw* recorre un trayecto que ya me sé de memoria y se detiene, como siempre, antes de subir la rampa por la que se accede a la entrada principal del hotel.

Llego puntual, a la hora exacta, pero en el lugar donde hemos quedado (los sofás situados a los pies de las escaleras mecánicas) no hay nadie.

Después de media hora esperando, empiezo a pensar que ha habido alguna confusión y tal vez crea que hemos quedado otro día, a otra hora. O puede que sea yo el que se ha despistado. Si bien en India me he tenido que acostumbrar a esperar hasta dos horas a que se presente alguien para una reunión, en Bangladesh jamás he padecido la impuntualidad de otra persona.

Después de cuarenta y cinco minutos, cuando ya estoy a punto de regresar de nuevo a mi hotel, aparece Abdul con un séquito de personas. A simple vista veo cuatro: dos mujeres y dos hombres. Más que la del propietario de una fábrica textil, la imagen que me ofrece mientras avanza hacia mí con cara de malas pulgas es la de un verdadero mafioso.

—Tengo poco tiempo, así que vayamos rápido —me dice, ofreciéndome una mano lánguida y sin apenas saludarme. Las otras personas me dan la mano de idéntica forma sin mediar palabra.

—Iremos rápido —le contesto, sin esforzarme mucho en mejorar su poca amabilidad.

Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería de la planta de abajo. Todos me miran fijamente, así que empiezo a preguntar.

—Sabrá que muchas personas, en Bangladesh y fuera del país, señalan directamente a los propietarios de las fábricas como máximos responsables de las calamidades que han ido aconteciendo en los últimos años.

—Basura —dice sin ni siquiera dejarme acabar.

El ambiente es tenso, sé que deberé esforzarme mucho y plantear la pregunta de varias maneras si quiero que me diga algo de lo que se pueda sacar una ligera conclusión.

—¿Entonces cree que los propietarios no son responsables de nada?

—El accidente del Rana Plaza es una cosa puntual, una desgracia. Los edificios no siempre se pueden controlar. Mi

propia casa podría caer algún día. ¡Las torres gemelas cayeron!

—Bueno, porque estamparon dos aviones contra ellas — le digo al momento.

—Basura, basura. Eso es algo que no se puede controlar. Las desgracias vienen por sí solas y sólo Alá —dice, señalando arriba con las dos manos— sabe por qué pasan.

—¿Y qué me dice de las condiciones de los trabajadores? —le pregunto sin poder evitar fijarme en su reloj, un ostentoso Rolex Oyster Perpetual de oro y brillantes.

—Basura también. Todo eso es basura. Oiga, ¿por qué antes de escribir toda esa basura no preguntan a los compradores internacionales? Son ellos los que no nos dejan hacer mejoras, no nos dejan renovar las infraestructuras, no nos dejan subir sueldos y reducir horas de trabajo de las personas que tenemos empleadas.

—¿No les dejan? —cuestiono, con cara de sorprendido.

—Nos pagan poco y no quieren pagar más por prenda, así que eso es impedir una serie de mejoras que supondrían vender el producto más caro. ¿Qué podemos hacer?

—Tal vez sí que comprarían las prendas un poco más caras —pregunto, fingiendo inocencia, aunque soy consciente de que acabo de decir una solemne tontería de la que yo mismo dudo.

—Amigo mío —me dice, esbozando algo que parece una sonrisa, dejando ver varios dientes de oro—, esto es el mundo real. Aquí nadie compra nada más caro. Ni nosotros ni ustedes. ¿Quiere saber algo más?

—¿Cómo y cuándo empezó su trabajo con la fábrica?

—Primero tenía una tienda, poco a poco el negocio fue creciendo, abrí la fábrica y aquí estoy. Mucho trabajo. ¿Algo más? —me pregunta casi desafiante.

—Después del accidente del Rana Plaza, ¿ha tomado o tomará alguna medida para mejorar la seguridad y las condiciones de trabajo?

—No soy yo quien las debe tomar.

—¿Quién entonces? —pregunto desconcertado.

—Ya le he dicho, los compradores internacionales. Si quieren mejoras, que paguen por ellas. Y ahora debo irme, tengo muchas reuniones.

Si las miradas matasen, ya estaría muerto, especialmente después de que me observe fijamente mientras se levanta de su silla.

Nos damos la mano (gesto repetido por todo el séquito) y

el grupo se aleja. Me quedo en la mesa observando desde lejos su salida triunfal. Tras unos minutos de espera en la puerta, les viene a buscar un enorme Mercedes negro al que suben únicamente él y uno de los hombres que lo acompañan. El resto baja la rampa hasta la calle, perdiéndose entre la multitud.

Es muy raro que me caiga mal alguien, pero el entrevistado de hoy se ha llevado la palma. Por maleducado, por descortés y por prepotente. No voy a publicar el nombre de su fábrica, pero nadie me privará de escribir la impresión que me ha causado el tal Abdul.

* * *

Vuelvo a quedar con Saif, el periodista del *Dhaka Tribune* que en los pocos días que llevo en Dacca me ha pasado muchos contactos y ha sido extremadamente servicial con mis constantes demandas de información y de datos.

Hemos quedado en una conveniente heladería del barrio de Bonani donde los camareros, nuevamente, casi le hacen la ola al entrar. Cada vez estoy más contento de haberme topado con el famoso Saif y tenerlo como contacto en Dacca. Y lo mejor de todo es que es —se ve— una buena persona.

Le pongo al día de mis aventuras y desventuras en la capital de Bangladesh e, irremediablemente, empezamos a hablar del tema que me ha traído a su tierra.

—He conocido a unas víctimas del Rana Plaza y no me puedo ni imaginar el infierno que tuvieron que vivir —le digo.

—Mira, Jaume, no te recitaré la lista de los muchos accidentes recientes que ha sufrido aquí la industria textil, y eso que me apiado de ellos y me da mucha pena lo que han tenido que vivir y siguen viviendo. Pero nuestro consuelo o pésame tras cada tragedia no les devolverá a las hermanas, madres, esposas, maridos, hermanos e hijos que se han llevado. Lo cierto, por muy fuerte que te parezca, es que nos impresiona mucho al momento, la prensa habla, el mundo opina y se lamenta, pero, como casi siempre, llegará un día en el que nos olvidaremos de ello y seguiremos como si nada. Llegará un momento incluso en el que la gente no se acordará ni del nombre de la fábrica que se derrumbó.

—¿Tú crees?

—Sí —afirma contundente—. Y cuando ocurre el

problema y se habla de ello, el mundo señala en la dirección equivocada y Bangladesh busca soluciones fatuas.

—¿Qué quieres decir?

—Los políticos se atacan los unos a los otros aprovechando derrumbes como el del Rana Plaza, se culpan de las calamidades, pero yo no le veo ninguna lógica.

—¿Perdona?

—Los días que siguieron a la tragedia, numerosos perfiles de Facebook y Twitter o estados de WhatsApp mostraban fotos de pantalones vaqueros y ropa manchada de sangre, acusando directamente a los gobernantes de la nación, pero no creo que sea tan sencillo ni que se actúe en la dirección correcta.

—No te entiendo —le digo, sin saber muy bien adónde quiere ir a parar.

—Lo que choca es que si acudiéramos a las mentes más privilegiadas de Bangladesh, si buscáramos las personas con mayor experiencia y estudios y les ofreciéramos un buen puesto de trabajo en la industria textil, nos sorprendería saber que muchos de ellos rechazarían el puesto sin siquiera dudarlo. ¿Qué es entonces lo que va mal? ¿Por qué motivo renunciarían a trabajar en la industria que más dinero hace entrar en el país?

—Pues yo precisamente no lo sé, Saif…

—Mira, Jaume, es verdad que los propietarios de fábricas pueden llegar a ser crueles y poco éticos y que las condiciones actuales de los trabajadores no son las adecuadas, pero hay que mirar más allá. Piensa en mi pregunta, ¿por qué rechazarían el trabajo personas brillantes y con muchos estudios en empresariales, económicas o aspectos relacionados con cualquier industria?

—Hombre, hay personas muy preparadas que sí tienen un papel importante como activistas, proponiendo soluciones… —le digo.

—El cambio no será de un día para otro. Hay personas que luchan incansablemente desde hace tiempo, activistas que velan por los derechos de los trabajadores, eso es verdad. Pero nada cambiará si las sillas de las asociaciones encargadas por velar por esos derechos siguen estando ocupadas por tiranos sin escrúpulos, sólo preocupados por el beneficio rápido, como sucede en la actualidad, y no por verdaderos profesionales.

—¿Tan paletos son?

—El fallo, en mi opinión —sigue diciendo Saif con su habitual aplomo—, es la poca preparación de los dueños de las fábricas de Bangladesh.

—¿Me estás diciendo que son capataces esclavistas venidos a más y que nunca entenderán la importancia de tener contentos a sus trabajadores, por ejemplo? —le pregunto, acordándome del «perla» al que he entrevistado esta misma mañana.

—Un entorno favorable para el trabajador es a menudo muy mal visto por el industrial —contesta Saif—. Lo considera como un coste extra innecesario. Pero lo que es cierto es que cuando se implementan esas mejoras, el nuevo plan repercute directamente en mejorar el rendimiento y la eficiencia de los trabajadores.

—Eso está clarísimo —afirmo sin dudar.

—Muchos piensan que lo único con lo que cuenta Bangladesh es mano de obra barata, pero eso no es verdad. Hay grandes profesionales, expertos en cualquier tipo de negocio, personas que podrían reorientar perfectamente la mala fama, justificada en muchos casos, que tienen actualmente las fábricas de ropa en el país. Podrían sentar las bases para que las condiciones laborales fueran mucho mejores sin que ello afectara tan directamente al éxito en el rendimiento de los trabajadores y, en consecuencia, en la producción.

—¿Y por qué no cambia el perfil de los responsables? ¿Por qué nadie vislumbra y defiende la necesidad de hacer esos cambios? —le pregunto, sin comprender que sea tan difícil incorporar unas reformas que aparentemente beneficiarían a todos.

—El querer tener resultados rápidos (entendiendo resultados como mucha producción de ropa) nos nubla la vista. Los propietarios de las fábricas deben darse cuenta de que las mejoras para los trabajadores serían, a medio plazo, buenas para ellos también. Y este tipo de planteamientos son los que sólo pueden aportar los verdaderos profesionales.

—Pero los hijos de los propietarios actuales, por ejemplo, seguro que han sido preparados para heredar el negocio familiar y seguro que ya han estudiado mucho más y se han formado incluso en escuelas de negocios internacionales —aventuro, en un planteamiento al que me ha llevado la lógica.

—Sí, así es. Y esta segunda generación es, de alguna

manera, nuestra esperanza. Porque estoy convencido de que ellos sí apreciarán estas ventajas de las que te hablo y podrán aportar los cambios que se necesitan —replica.

—Imagino que ya hay actualmente algunas fábricas que están siendo dirigidas por esa segunda generación —señalo.

—Sí, en algunos casos, así es. En una visita que hice, para escribir un artículo, a una fábrica de uno de los principales exportadores de ropa en Bangladesh, el propietario me explicó, casi sorprendido por sus propias medidas, que un mejor salario para los trabajadores y una mejora en las condiciones de trabajo de los empleados le había proporcionado muy buenos resultados al cabo de poco tiempo.

—¿Y cómo lo hizo?

—Simplemente ajusta incrementos de los salarios con la inflación y, a partir de ahí, ofrece a los empleados la posibilidad de compartir ganancias. Esta medida le ha hecho aumentar exponencialmente los logros financieros de la compañía —explica mi nuevo amigo de Dacca.

—Tener al empleado contento es siempre positivo, eso está claro —sentencio.

—Cuando los empleados tienen más permanencia en una fábrica, se pueden acabar especializando en áreas de trabajo específicas e ir mejorando en ellas. Eso siempre es positivo, porque incrementa su eficiencia.

—¿Y estas medidas las aportó el hijo del propietario? Bravo por él.

—Me confesaron que no había sido idea ni del padre ni del hijo, sino de los profesionales expertos que contrataron. Y eso los ha convertido en una de las empresas líderes de Dacca, sin que planeen sobre ellos las sombras de la explotación o el maltrato al trabajador, sino todo lo contrario.

—¿Pero sigue vendiendo al mismo precio a los compradores internacionales? —le pregunto, sin estar muy seguro de que sea posible.

—Sí, los mismos precios. Han aumentado muy poco los precios y no han disminuido la demanda. Los cambios han sido internos, no han afectado a las operaciones comerciales. El precio de corregir errores no es tan alto.

—Basándome en esto que me explicas, desde luego no. Pero no creo yo que sea tan fácil, Saif…

—Necesitamos profesionales auténticos que corrijan los vacíos existentes en los que otros no repararon, nada más.

Vamos a requerir esfuerzos colectivos de los propietarios, trabajadores, profesionales y personas que quieran aspirar a tener una carrera en el sector basada en la profesionalidad y las mejoras verdaderas para todos. Debemos esforzarnos mucho más entre todos y poner lo mejor de nosotros para asegurar el futuro de la industria que más beneficios lleva a nuestro país.

Saif y yo seguimos enfrascados en nuestra conversación, mientras el local se va llenando de autóctonos pijos y expatriados trajeados. Me acuerdo entonces de que mañana visitaré una fábrica creada por víctimas del Rana Plaza después de su derrumbe, de la que me ha hablado Saif, ya que una de sus compañeras en el periódico les dedicó un muy buen artículo.

—Saif, mañana visito la fábrica de la que me hablaste.

—¿Oporajeo? —me pregunta.

—Sí, esa misma.

—Te gustará mucho el proyecto, ya verás. Es una cooperativa creada en junio de este año por víctimas del Rana Plaza. Tienen así un puesto de trabajo y una posibilidad de futuro. Qué mejor alternativa a una desgracia como la que han vivido que ésa. La fábrica funciona a pleno rendimiento desde julio. Producen varios tipos de bolsas hechas mayoritariamente de algodón.

—Ah, por cierto, Saif, se me olvidaba... ¿Conoces a algún buen fotógrafo? Me gustaría contar con algunas imágenes para ilustrar el libro y no quiero buscar por internet sin garantías previas de que es un buen profesional. No me puedo arriesgar a que sean una birria de fotografías.

—¡Claro que sí! Hago una llamada y te lo soluciono.

Tras hacer un par de llamadas, alternando el bangla y el inglés en cada una de ellas, cuelga con su habitual sonrisa.

—Ya lo tienes. Es Amirul Rajiv. Muy bueno. Luego te paso por WhatsApp la dirección en la que tienes que ir a buscarlo. Te espera a las nueve de la mañana, y de allí ya iréis juntos hacia Oporajeo.

* * *

Cuando llego al hotel, me pongo a leer la prensa india y la prensa española, como todos los días, pues por la mañana no he tenido tiempo: corrupción, violaciones de la ética, problemas financieros... ¿Por qué cada vez hablan menos de las muchas cosas buenas que también ocurren en el mundo?

No consigo entenderlo.

Cuando termino de repasar todas las noticias por internet, abro el periódico local que me han dejado en la puerta de la habitación. Uno de los artículos habla de la industria textil.

El anuncio del nuevo salario mínimo de Bangladesh no ha dejado contento a nadie. Tanto las agrupaciones de trabajadores y sindicatos, como las organizaciones de ámbito internacional consideran insuficiente la cantidad, que se ha fijado en 5.300 takas (50,32 euros).

Si bien es cierto que se han mejorado los 3.000 takas (28,48 euros) que constituían en la actualidad el salario mínimo, también lo es que dista aún mucho de los 28.687 takas (259,80 euros) que fija la Asia Floor Wage Alliance, una de las alianzas más importantes de sindicatos y grupos de activistas.

Parece pues que las numerosas movilizaciones de miles de trabajadores de Bangladesh, que se han estado manifestando en repetidas ocasiones desde el hundimiento del Rana Plaza, para hacer valer sus derechos y exigir un salario a la altura de otros países no han tenido el efecto deseado.

La vida en Dacca es cada vez más cara y los salarios actuales no permiten hacer frente a un nivel de vida digno. Los trabajadores —mayoritariamente mujeres— de la industria textil de Bangladesh (un setenta y seis por ciento de las exportaciones del país) siguen siendo los peor pagados del mundo.

La decisión gubernamental de estipular como salario mínimo algo insuficiente para poder afrontar la vida en la capital pone a los trabajadores en la tesitura de tener que trabajar más horas para poder aumentar su paga, algo que les seguirá obligando a realizar jornadas interminables, muy superiores a las cuarenta y ocho horas semanales que fijan la mayoría de entidades internacionales a la hora de marcar las condiciones del trabajador del sector.

Esta decisión del gobierno de Bangladesh no posibilita que digamos que las marcas tomen cartas en el asunto. Al contrario: les ofrece una excusa perfecta para alegar que los sueldos no pueden ser aumentados para no ir en contra de las decisiones del propio país.

Una vez más, señalar a otro como único responsable va a ser la mejor salida.

* * *

Tras estar un rato leyendo, enciendo el ordenador y repaso el correo. Entre varios emails de mi secretaria y alguno de mi padre, veo que Rubina, la activista con la que me reuní hace unos días, me ha escrito:

Querido Jaume:

Quería decirte que fue un placer compartir el otro día aquella charla sobre la industria textil en mi país.

Te he estado «googleando» y he quedado impresionada. Tengo ganas de leer alguno de tus libros. ¡Enhorabuena, chaval! ¿Sabes si los podré encontrar en Amazon? Espero que sí.

Sé que tienes los días justos aquí en Dacca y que tendrás muchas entrevistas que hacer. Me encantaría volver a quedar, pero si no puedes, lo entenderé. A ver si te acercas a probar alguno de mis postres. Que sepas que estás invitado. Puedes venir con quien quieras, ya he hablado con mi encargado.

Quería aprovechar para contarte el testimonio de alguien muy cercano, una buena amiga, trabajadora de una fábrica de ropa en Dacca. Su historia es tan triste que cuesta explicarla de viva voz, así que trataré de escribírtela.

Nació en un pueblo de Bangladesh. Su padre se suicidó tras unas inundaciones que echaron a perder toda la cosecha. Eran dos hermanas y la madre estaba muy triste sabiendo que el futuro de la familia era muy incierto sin un hijo varón.

Su tío materno las ayudó económicamente. Aparentemente, era un buen hombre, muy cariñoso con las niñas, especialmente con mi amiga.

Una noche, mientras la madre y la hermana dormían, el tío le empezó a acariciar el brazo, luego la pierna, luego todo el cuerpo, y terminó violándola. Con doce años. Ella no se resistió y se dejó hacer. Había escuchado tantas veces por boca de su madre que aquel hombre había salvado el destino de la familia que no quería ponerse en contra del salvador de la economía familiar.

Las violaciones del tío fueron en aumento a lo largo de los siguientes dos años, hasta que llegó el momento en el que mi amiga se hizo mujer.

Su madre le había explicado en qué consistía el periodo y a qué se debían los cambios en su cuerpo. Mi amiga le

preguntó, asustada, sin comprender muy bien, a qué se debía que desde hacía tres meses ya no tenía el periodo. La madre, asustada, le explicó que eso podía ser a causa de un embarazo.

Mi amiga pensó que aquella era una oportunidad que Dios le había brindado, una oportunidad de oro para explicarle por fin a su madre el sufrimiento vivido en los últimos años por las violaciones del tío.

Pero el mundo se le vino abajo cuando su propia madre, lejos de apiadarse de su hija y encararse al tío, le contó que siempre lo había sabido y que su deber era dejarse hacer. Y que al día siguiente irían al curandero de la aldea para ponerle solución a aquel embarazo.

En muy malas condiciones, mi amiga tuvo que abortar, en medio de enormes dolores y pérdidas de sangre que casi la matan. Como consecuencia de aquello nunca podrá tener hijos.

Unos días después, aún con grandes dolores, el tío siguió abusando de ella y de su hermana. Pero ella no aguantó. Decidió huir del pueblo y escapar, como fuera, hacia la ciudad.

Robó un dinero que sabía que su tío escondía y escapó hacia la ciudad, jurándose a sí misma que nunca regresaría ni miraría hacia atrás.

El destino que le esperaba en la ciudad era mucho peor. No tenía ya dinero ni conocía a nadie. Pasó hambre por primera vez.

Desvalida y prácticamente agonizante, deambulaba por las calles de Dacca con la esperanza de encontrar alguna escapatoria. Sabía que si seguía sin comer, terminaría muriendo. Y eso, para ella, en aquellos momentos, era lo mejor que le podía pasar. Varias veces incluso se tuvo que alimentar llevándose a la boca ratas muertas, completamente crudas.

Cuando estaba sentada encima de unos cartones cerca de una zona industrial, una chica se le acercó. Le dijo que fuera con ella, que le daría comida y la cuidaría. Mi amiga, que no tenía nada que perder, se levantó y la acompañó.

La salvadora la llevó a su casa, donde vivía con otras chicas. Ellas la limpiaron, la asearon y le dieron de comer. Le dijeron que le encontrarían un buen trabajo y que si era buena, podría tener suficiente dinero para subsistir.

Aquellas chicas vivían con un hombre que supuestamente las protegía, pero lo único que hacía era buscarles clientes

para que disfrutaran de sus cuerpos. Ninguna de ellas tenía los dieciocho años.

Mi amiga sufrió aún más. Tuvo que aguantar durante un año las palizas del proxeneta y los dolores por el trato brutal de los clientes. Empezó a beber para no ser consciente de la terrible situación que vivía en Dacca.

Un día, nuevamente, mi amiga decidió escapar. Mientras estaba con un cliente, le dio un golpe en la cabeza con una enorme cacerola y huyó despavorida. Otra vez sin mirar atrás, y prometiéndose a sí misma que nunca más ejercería el trabajo al que había sido forzada durante los últimos meses.

Volvió a recorrer las calles sin saber adónde acudir, sin tener comida, sin encontrar una salida a aquella pesadilla que le había tocado vivir.

Una mañana, de nuevo, una chica se acercó y le ofreció ayuda. Mi amiga salió corriendo desconfiada, no quería pasar otra vez por la misma situación.

Aún con miedo, mi amiga se quedó escondida y decidió seguir a la chica. Y observarla durante los siguientes siete días.

Se dio cuenta de que era una chica decente, que vivía en una chabola con su marido y tenía un hijo pequeño. Poco a poco, se fue acercando, hasta que un día fue ella quien la saludó y le pidió ayuda. Tras explicarle su historia, la chica se apiadó y le buscó un trabajo en una fábrica textil, y así empezó a trabajar confeccionando ropa.

Durante nuestra reunión fui muy crítica con las condiciones de explotación en las que trabajan millones de mujeres en nuestro país, pero también debo ser justa y decir que, para muchas, contar con un empleo en esta industria ha supuesto una verdadera liberación, una oportunidad para normalizar su vida y tener un trabajo regular, aunque el salario y los horarios no sean los ideales.

Los cambios deben ser visibles y las discusiones entre las partes implicadas no se pueden alargar, porque mientras tanto muchas trabajadoras siguen en las mismas condiciones. Pero los diálogos y las críticas internacionales no deben estar enfocados a cuestionar esta industria en sí, sino el trato a sus trabajadores. Sentenciar a la ligera que la solución pasa por contratar fábricas en otro país o boicotear los productos fabricados dentro de nuestras fronteras sólo contribuiría a empeorar vidas como las de mi amiga. Trabajar fabricando ropa ha sido un alivio y una esperanza para ella y para muchas de sus compañeras.

No se puede opinar sobre algo, como hacen tantos medios de comunicación de otros países o activistas poco formados, sin contextualizar y conocer todos los componentes y puntos de vista de una realidad.

Por eso, Jaume, debemos seguir luchando entre todos para que el trato en las fábricas sea digno y no vasallaje esclavista. Ni ella ni ninguna de sus compañeras merece que una esperanza a la escapatoria de su pobreza se convierta en una verdadera cárcel de dolor.

Saludos,

Rubina

Tras quedarme inmóvil durante unos segundos, con la vista clavada en la pantalla del ordenador, decido enviar un mensaje al WhatsApp de Rubina: «Hola Rubina: estoy impresionado con el testimonio de tu amiga que me has contado en el email».

Tras varios minutos, suena el móvil. He recibido un mensaje de WhatsApp. Es Rubina, en cuya fotografía de perfil aparece, sonriendo, con un gorro de cocinera y una enorme cuchara en la mano.

Rubina: «Sí, es una historia dura».

Jaume: «Me ha impresionado mucho, y lo siento por ella. Ya sé que es casi imposible, ¿pero crees que habría alguna posibilidad de que la conociera?».

Rubina: «Estás hablando con ella...».

8

SHATHI
LA RESURRECCIÓN

Siento una gran curiosidad por conocer Oporajeo, la fábrica que han creado, a modo de cooperativa, varias víctimas del Rana Plaza con el apoyo de una pequeña ONG local. Noto una mezcla de sentimientos que me ha hecho pasar prácticamente toda la noche en vela: por un lado, me entristece enormemente la vida, anterior al derrumbe, que muy probablemente han tenido que pasar las mujeres a las que voy a conocer en poco menos de dos horas. Y, por otro, me brinda esperanza el pensar que un grupo de mujeres, gracias a la colaboración de una organización de Bangladesh, ha sido capaz de salir del pozo de desesperación en el que seguramente se encontraban tras el derrumbe.

Hasta el momento he podido entrevistar a alguna víctima del Rana Plaza, pero la idea de encontrarme con un grupo entero de personas que sufrieron una misma tragedia, la misma que conmovió al mundo y que, de alguna manera, me ha traído a Bangladesh, me produce ciertos escalofríos.

He quedado con el fotógrafo, Rajiv, a las nueve de la mañana, en un punto concreto de la ciudad. Rajiv entra en el coche, me saluda y entablamos una amena conversación acerca de nuestros respectivos trabajos durante un interminable trayecto en el que el automóvil parece no avanzar atrapado en el agobiante tráfico de la ciudad.

Rajiv me explica la alteración que vive estos días el panorama político del país y el trabajo que ha tenido estas últimas semanas para cubrir las numerosas manifestaciones instigadas por la oposición.

Cuando yo le explico mi trabajo al frente de la organización Sonrisas de Bombay, cambiamos de tercio y

desviamos la conversación hacia la India y nuestro enorme cariño por ese país.

No me extraña que Saif me lo haya recomendado como fotógrafo. Rajiv es también un ciudadano planetario, una persona capaz de observar cualquier realidad del mundo desde una óptica libre de prejuicios culturales.

La fábrica Oporajeo se creó después del derrumbe del Rana Plaza el 24 de abril de 2013 para ofrecer oportunidades de trabajo para los supervivientes del desastre. Se inauguró el 24 de junio y comenzó a funcionar el 1 de julio de 2013. La fábrica produce diferentes tipos de bolsas hechas de algodón y yute.

Justo después del desastre se inició la planificación y la recaudación de fondos para poner en marcha un programa de rehabilitación para las personas afectadas por la catástrofe. Después de un debate serio y la planificación con el equipo, los supervivientes y otros expertos tomaron la decisión de instalar una fábrica de producción de bolsas. Empezaron con seis máquinas de coser industriales y siete trabajadores.

El coche llega a un punto de la carretera en el que, a mano derecha, se puede ver un edificio de una sola planta donde nos esperan unos chicos jóvenes con una enorme sonrisa. Tras unas breves presentaciones, nos invitan a entrar en el local, donde varias decenas de mujeres, algunas más serias, otras esbozando una leve sonrisa y mirándome de reojo, están trabajando con unas máquinas de coser más separadas y mejor dispuestas que las que he visto en otras fábricas de Dacca.

Situado en Savar, el local que acoge la fábrica está bien ventilado y bien iluminado, con ventiladores adecuados de escape industrial, extintor de incendios, instalación sanitaria, generador diésel de respaldo y suficiente espacio de trabajo por máquina.

Tras recorrer la pequeña sala, volvemos a la mesa de la entrada, donde un chico joven, uno de los encargados, Kazi Monir Hossain, me mira sonriendo, esperando la primera pregunta:

—Aunque ya sé cómo surgió la idea de crear la fábrica y el desgraciado acontecimiento que hay detrás —le digo—, me gustaría saber cómo llegaron los primeros apoyos y los primeros pedidos. ¿Cómo se dio a conocer el proyecto?

—Desde el principio, la instalación recibió críticas muy positivas y el apoyo de diferentes organizaciones y medios

de comunicación —contesta—, algunas ONG, personas que se acercaron a nosotros para apoyar nuestra causa, proporcionándonos donaciones, las máquinas, material necesario…

—¿Con cuántas máquinas cuenta la fábrica ahora mismo?

—Justo en este momento, la fábrica está equipada con veintiuna máquinas y veintitrés personas componen el equipo humano.

—¿Quién la dirige? —pregunto.

—La fábrica está totalmente dirigida y gestionada por los supervivientes del Rana Plaza. Las costureras, maestras de corte… absolutamente todas ellas trabajaban en diferentes pisos del Rana Plaza antes de que se derrumbara…

No puedo evitar girarme hacia la izquierda y mirar, de nuevo, a las mujeres que siguen trabajando en la sala. Por más que lo intente, me es muy difícil imaginar el dantesco episodio que albergan y albergarán siempre sus memorias…

Ahora, una de ellas se levanta y se dirige a la zona donde está nuestra mesa. Justo detrás de mí, hay una fuente de agua, en la que llena dos vasos.

—Hay un equipo directivo formado por los principales impulsores de este programa para orientar y asesorar —continúa diciendo el encargado con tono pausado y muy amigable—. Este equipo trabaja voluntariamente para la fábrica y también se ocupa de las ventas y de la promoción.

—¿Pero quién es entonces el «dueño»? —le pregunto, recalcando el entrecomillado con las manos en el aire.

—Oporajeo es al cien por cien propiedad de los trabajadores. El cincuenta por ciento de las ganancias se distribuye en partes iguales entre ellos. Del resto del cincuenta por ciento del beneficio, un porcentaje se utiliza para apoyar a los hijos de las trabajadoras para su educación y la cantidad restante se mantiene en el banco para posibles préstamos en algunas urgencias domésticas de los trabajadores —responde.

—¿O sea que veláis también por la educación de sus hijos? —pregunto, impresionado.

—Sí. Además de proporcionar oportunidades de empleo, otro de los objetivos de la fábrica es garantizar la educación de los hijos de los trabajadores. Nosotros les hemos ayudado, en muchos casos, a que sus hijos sean admitidos en escuelas municipales.

—¡Muy bien! —exclamo.

—Oporajeo también proporciona asistencia médica a los

trabajadores —sigue explicando—. Algunos requieren fisioterapia durante un largo periodo porque arrastran importantes secuelas causadas por el derrumbe. Los trabajadores se toman tiempo libre durante la sesión de fisioterapia. Ya cubrirán las horas en otro momento de la semana.

—¿Cuál es el principal producto que fabricáis?

—Actualmente la fábrica produce diferentes artículos, hechos básicamente con varios tipos de yute, como por ejemplo bolsas de la compra, botellas de cerveza o vino, carpetas, portafolletos... —Mientras va enumerando los productos, hace un gesto con la mano para indicar a otro de sus compañeros que acerque a la mesa algunos de ellos.

—¡Ah, mira! ¡Bolsas de la compra! ¡Qué bonitas! —exclamo, observando unas bonitas bolsas blancas, como las que se dan a veces en Europa en algunos establecimientos. También veo, en unas estanterías detrás de la mesa, bolsas de *merchandising,* bolsos de mujer y fundas para ordenadores portátiles.

—La línea de productos también incluye bolsas promocionales, confeccionadas con algodón, que se ofrecen a los diferentes centros comerciales.

—¿Vuestros clientes actuales son de Bangladesh o de fuera?

—Hay de todo. Estamos muy contentos con los encargos que van llegando. Actualmente, el equipo de gobierno está discutiendo con compradores de Japón, el Reino Unido y Alemania. Sobre todo quieren bolsas ecológicas para las compras en sus negocios —me dice con orgullo.

—No me gusta hablar de ello, sé que estaréis hartos, pero tengo que preguntarte por el Rana Plaza y la tragedia en sí —le pido, aun sabiendo que estoy escarbando en miserias que, por desgracia, arrastrarán toda la vida en sus memorias.

—Lo del Rana Plaza —responde con un parpadeo más largo de lo normal— es el peor desastre en la historia del país. Savar, esta zona en la que estamos, se ha convertido en sinónimo de aquella tragedia, que sacó a la luz las condiciones de trabajo deplorables, el poco o ningún beneficio de los trabajadores y los bajos salarios en el sector de la confección.

Mientras voy afirmando con la cabeza, otra de las chicas que están tejiendo en la sala adyacente se levanta para llenarse su vaso de agua. Nos sonríe y dice alguna cosa, que

no logro entender por la velocidad de su bangla, acerca de una vecina que se quedó viuda. Kazi Monir le contesta muy amablemente y sigue con su respuesta:

—Sin embargo, detrás de los escombros permanecen un ánimo y una esperanza de cambio que se ha convertido en una fuerza impulsora de algunos de los supervivientes. Nuestra fábrica es un ejemplo de esta fuerza.

—¿Fue muy difícil montarla? —pregunto.

— Primero la ideé. Oporajeo significa «invencible» y ésa es la idea del ejemplo de superación de estas mujeres. Luego, Rintu, fundador de una empresa agrícola, Bangal Agro, se ofreció a los trabajadores rescatados de entre los escombros del Rana Plaza y entre todos recaudamos fondos para el servicio de rescate mediante una organización llamada Mukto Tarunno —me explica.

—O sea, que primero fue la ONG y después la fábrica...

—Una vez terminada su aportación en el trabajo de rescate, teníamos aún cien mil takas. Nos preguntábamos qué hacer con el dinero y, al mismo tiempo, notamos cómo los trabajadores, exasperados y con secuelas físicas por el derrumbe, esperaban en la cola para la comida, como si fueran mendigos. Así que decidimos apostar por ellos y con ellos.

—Antes me comentabas que las trabajadoras tienen un sueldo base y luego, a partir de ahí, se reparten las ganancias. ¿Qué cobran y cuántas horas trabajan? —le pregunto directamente.

—Reciben, como sueldo base, alrededor de tres mil quinientos takas por trabajar nueve horas al día, seis días a la semana, con un reparto justo de horas de trabajo y tiempo extra. El cincuenta por ciento de las ganancias de la fábrica se distribuye por igual entre los trabajadores.

—Además del tema de la educación y la salud que me comentabas antes...

—Exactamente —responde.

Pienso entonces que el sueldo no es mucho más alto del que cobran en la mayoría de fábricas del país, pero el simple hecho de preocuparse por el trabajador, por la salud de su familia, por la educación de sus hijos, por sus horas de descanso marca una enorme diferencia. Y me pregunto por qué les costará tanto, a muchos empresarios del país, hacer exactamente lo mismo.

Como si me hubiera adivinado el pensamiento, mi entrevistado prosigue:

—Los trabajadores de la fábrica tienen unos horarios bastante flexibles y están satisfechos. Sus condiciones no se pueden comparar con las que tenían en el Rana de ninguna manera. Cuando se sienten cansados, se les permite tener un descanso y siempre velamos para que sus horarios sean compatibles con las obligaciones domésticas de las trabajadoras, especialmente ahora que muchas de ellas se han quedado viudas o siguen teniendo a sus maridos desaparecidos.

—¿A estas alturas sigue gente sin aparecer? —pregunto, sorprendido por una de las cosas que más me ha chocado saber desde que he llegado a Dacca.

Mi entrevistado llama ahora a una de las chicas, que se acerca tímidamente a la mesa y me saluda con una sutil inclinación de cabeza.

—Shathi trabajaba en el cuarto piso del Rana Plaza. La hemos ayudado desde el mismo día del derrumbe. El marido de Shathi trabajaba en el mismo edificio.

—¿Murió? —quiero saber, mirándole a él, consciente de la dureza de mi pregunta.

—Está desaparecido desde entonces y Shathi no ha recibido ningún tipo de compensación por parte del gobierno.

A Shathi, que me sigue mirando en posición casi reverencial, se le empiezan a humedecer los ojos y su barbilla tiembla.

—Gracias, Shathi —le digo, dando a entender que no es necesario ahondar en su pena.

—Vamos rehabilitando a los trabajadores en función de sus necesidades —continúa explicando el joven encargado —. Por ejemplo, algunos de ellos, que perdieron sus extremidades en el desastre, ya han sido puestos a cargo de las tiendas de comestibles o cría de ganado. A otros les hemos proporcionado máquinas de coser para que puedan trabajar desde sus casas.

—¿Es decir, que el trabajo no está reservado a estas personas que hay ahora trabajando?

—Mukto Tarunno, la ONG que ha puesto en marcha esta fábrica, también ha rehabilitado, hasta el momento a treinta y siete trabajadores en sus aldeas, aparte de los más de veinte que actualmente trabajan en los talleres que ves.

Me fijo entonces en que no todo son mujeres allí. Hay un hombre trabajando entre ellas.

—Se quedó viudo —dice el encargado, adivinando una

vez más lo que estoy pensando—. Su mujer trabajaba en el Rana Plaza.

—¿Qué planes tenéis ahora mismo? ¿Seguir creciendo? —pregunto, sonriendo y queriendo dar un rumbo mucho más positivo y esperanzador a nuestra charla.

—Esperamos poder ir ampliando y dar pronto cabida a cincuenta trabajadores. Y ya durante el 2014 expandirnos más con el fin de acoger a alrededor de doscientos trabajadores. Los sacos de yute y bolsas de algodón confeccionadas por ellos se venden mucho, tanto en el mercado nacional como en el internacional.

* * *

Mientras seguimos dialogando, Rajiv, el fotógrafo, ha preparado la cámara y se ha dirigido hacia la sala donde están trabajando, hace pruebas de luz para empezar a retratar a algunas de las mujeres, que han sido avisadas unos días antes y han aceptado ser fotografiadas para ofrecer al mundo una imagen de superación.

—Podéis empezar con las fotografías cuando queráis —me dice, muy cortésmente, mi entrevistado.

—Muchas gracias por todo, de verdad —contesto, levantándome para acudir hacia la zona donde ya se encuentra Rajiv.

Voy avanzando entre las máquinas de coser y las mujeres me saludan con una tímida sonrisa.

—¡Menuda suerte, trabajar con tantas mujeres...! ¡Seguro que estarás muy mimado! ¡El rey de la casa! —le digo al único hombre, provocando las carcajadas de las compañeras que me han oído. Si algo he aprendido durante el ejercicio del periodismo es que el sentido del humor acostumbra a ser la mejor arma para romper el hielo en determinados momentos en los que llorar juntos sería la única acción con un poco de sentido.

—Siéntate aquí, Jaume —me pide Rajiv.

Veo que me han guardado un puesto al lado de Shathi, que vuelve a dedicarme una mirada deferente mientras me acomodo a su lado.

La cámara de Rajiv empieza a disparar y, en ese momento, cientos de pensamientos invaden mi cabeza. Lo primero que pienso es, una vez más, lo distintas que son las mujeres en Bangladesh comparadas con las de otros países musulmanes, donde la tensión entre sexos y el machismo

imperante resultan muy incómodos para un occidental. Luego me viene la imagen de todas estas mujeres que ahora tengo alrededor de mí, viviendo el infierno en el que se convirtió el Rana Plaza.

Siento una enorme lástima por sus vidas convertidas en añicos, con tantos familiares muertos y desaparecidos, con tantas secuelas físicas y tanta desesperanza. Y, por último, no puedo evitar visualizar la imagen de unos verdugos, los propietarios de fábricas o tal vez los compradores internacionales, sentados en enormes sillones de piel y cerrando operaciones millonarias sobre mesas de caoba.

Noto cómo el corazón se me acelera. Pienso que si se pararan las máquinas, mis latidos serían perceptibles por cualquier oído humano en la sala. Y reparo en que hoy llevo puesta ropa de Fabindia, una marca india de la que me suelo vestir y que trabaja con organizaciones locales.

Me imagino cómo me hubiera sentido si ahora llevara una de las muchas camisetas que tengo *«made in Bangladesh»* compradas a precios irrisorios en Europa. Sé que no pasaría nada, que se debe seguir comprando y consumiendo prendas hechas en Bangladesh, y no soy nada partidario de la culpa y la autoflagelación, tan española, que no conducen a nada. Pero aun así, la imagen —no puedo evitarlo— me chirriaría y me resultaría algo macabra.

Shathi me va explicando cómo se cose y cómo va trabajando la prenda, pero tengo tantos pensamientos, y discurren a tanta velocidad, que a duras penas puedo procesar lo que escucho.

Cuando por fin consigo encerrarlos en una caja imaginaria, le pregunto a Shathi si, en medio del dolor por la desaparición de su marido, la fábrica le ha brindado un poco de esperanza. Me responde que sí y me cuenta que su hermana también murió en el Rana Plaza. Sus ojos se humedecen de nuevo.

Detrás de nosotros, una mujer un poco oronda habla muy alto y prácticamente sin parar. Parece que me esté riñendo. No la entiendo.

—Dice que le expliques a la gente que nos ayuden. Aún nos tienen que compensar. Nadie nos ha dado nada —me aclara Shathi, con un tono de voz muy bajo.

La otra mujer sigue chillando y algunas de sus compañeras ríen.

—Se dio un golpe muy fuerte en la cabeza en el Rana

Plaza —continúa Shathi— y está un poco loca.

El fotógrafo continúa haciendo su trabajo y hablando, de vez en cuando, con alguna de las mujeres, cuya exquisitez en el trato realmente me fascina. Al cabo de un rato me dice que ya tiene suficiente material y, mientras guarda de nuevo la cámara, sigo hablando con algunas de las mujeres, que me explican brevemente a cuántos familiares perdieron o qué secuelas físicas sufrieron. Muchas de ellas se levantan tímidamente el *sari* de sus cabezas y me enseñan estremecedoras zonas de calvicie, ocupadas por tremendas cicatrices.

* * *

Regreso a la mesa y Kazi Monir me entrega varios folletos e información sobre la fábrica, Oporajeo, y la ONG que la apoyó, Mukto Tarunno.

—No importa lo difícil que sea, si uno se coloca bien alto, siempre estará a la altura de los desafíos de la vida y conseguirá ser invencible —me dice a modo de conclusión —. Los trabajadores de Oporajeo, a pesar de la desgracia que están viviendo, están confiados y llenos de energía, mientras otros siguen devastados con la pérdida de la tragedia.

Pienso entonces en la ironía del destino. En el mismo barrio, la industria que les arrebató los sueños hace unos meses les devuelve ahora en forma de trabajo la esperanza de un futuro mejor.

Cuando ya estamos guardando nuestros bártulos, dispuestos a salir a la carretera principal y despedirnos de los trabajadores, me fijo en un enorme panel con muchas fotografías, debajo de cada una de las cuales están apuntados algunos datos.

—¿Quiénes son? —pregunto, señalando hacia la pared.

—Nuestra organización de voluntarios está trabajando en Savar para proporcionar todo tipo de apoyo a las víctimas, a partir del mismo acto de rescate, búsqueda de cuerpos y tratamiento médico de los trabajadores lesionados. También colaboramos con el pago de algunas rentas de sus casas, compras domésticas... Las rehabilitaciones siguen en curso —responde, abriendo una carpeta en la que hay varias fotografías con su información pertinente, como en el panel de la pared.

—¿Son personas desaparecidas? —quiero saber, después

de ver un enorme *Missing* escrito a modo de título.

—Éste es Mahedul Islam —dice, señalando la fotografía de un chico joven—. Le busca su esposa, Rehana. Ambos trabajaban en el Rana Plaza y tienen un hijo de cuatro años. El padre de Mahedul conduce un *rickshaw*. No se sabe nada de él desde el día del derrumbe. Rehana ha regresado a su pueblo y allí le hemos comprado una máquina de coser y le hemos montado una pequeña tienda. Hemos invertido sesenta y siete mil setecientos treinta y cinco takas en total, que fueron entregados por la ONG Nijera Kori.

Mi mirada se detiene ahora en la fotografía de una chica joven, de apariencia jovial y con una enorme sonrisa blanca.

—Ella es Mahfuja —me explica el encargado, adivinando la dirección de mi mirada—. No está desaparecida, pero quedó muy mal tras el derrumbe. Se rompió varios huesos. Primero la llevamos al hospital del Enam Medical College, pero luego ya no fue a ningún centro médico y ya no podrá trabajar debido a las secuelas. Su marido, Mukul, es verdulero y no tiene dinero para pagar el tratamiento de Mahfuja. Se intentó suicidar por la impotencia y la desesperación. Le hemos montado una tienda de verduras para poder sostener la economía familiar y se ha podido reiniciar la rehabilitación de Mahfuja, que ha costado hasta el momento setenta y cinco mil ciento quince takas.

Siento entonces una mezcla de rabia y pena, pensando en las millonarias cantidades que estas trabajadoras han hecho ganar a los propietarios y las marcas internacionales y que éstas, en muchos casos, aún no les hayan ofrecido ninguna compensación.

—Ésta es Bulbuli —continúa, señalándome ahora el retrato de una mujer—. Está desaparecida. Tiene tres hijos: Saikat, de quince años; Antor, de doce; y Anondo, de ocho. Hemos comprado un *rickshaw* para su marido, Jahangir, gracias a una donación de la ONG Aamra. Ésta es Aleya —prosigue, clavando su índice en la fotografía borrosa de una chica joven—. También está desaparecida. No se sabe nada de ella. Trabajaba en Wave Bottom Ltd., en el sexto piso del Rana Plaza. Su padre, Shahidul Islam, conduce un *rickshaw,* pero no es el propietario, así que su sueldo es muy pequeño y no puede cuidar de su mujer, la madre de Aleya, que está muy enferma. El salario de Aleya, que además tiene una hermana que todavía va a la escuela, suponía el principal ingreso financiero para toda la familia. Hemos comprado un

rickshaw y su licencia pertinente para el padre de Aleya, de manera que los ingresos mensuales puedan ser como los de antes. No se sabe nada aún de Aleya...

No me he dado cuenta de que, mientras escuchaba a mi interlocutor, han entrado un hombre y una mujer al interior de la minúscula fábrica. De repente, se oye un sonoro lamento que proviene del interior. Cuando me giro, varias mujeres están llorando desconsoladas y otras salen de la fábrica silenciosamente acompañadas por alguien que ha entrado antes sin que me haya dado cuenta.

Kazi Monir Hossain se dirige hacia ellos y luego se gira para pedirnos que le disculpemos, pero debe irse. Los trabajadores siguen con su labor en silencio, sin decir nada. Sin saber aún qué ha sucedido, percibo que el ambiente es muy tenso; casi se podría solidificar el dolor que flota en el aire. Rajiv y yo nos miramos y, casi a la vez, levantamos los hombros en un gesto de extrañeza.

Alguna de las mujeres, en un digno silencio, se enjuaga los ojos con un pañuelo impoluto.

—Ha aparecido un nuevo cuerpo en la zona del Rana Plaza —nos dice uno de los encargados—, por eso ahora algunas de ellas deben ir y averiguar si se trata de algún familiar desaparecido.

Rajiv y yo salimos en silencio hacia el coche, sin mediar palabra, sobrecogidos aún por la escena que acabamos de presenciar. No puedo evitar pensar en aquello que se dice de que cada tres segundos muere un niño de hambre en el mundo, o que cada pocos minutos sucede en el planeta una u otra calamidad. Desde el derrumbe del Rana Plaza, está claro que cada día, como mínimo, se confirma a una familia la oscuridad de sus destinos.

Entramos en el coche aún en silencio. Me abrocho los puños de la camisa, hasta ahora arremangada. Quiero tapar mis brazos, con la piel de gallina desde que hemos salido de Oporajeo.

9

JAHANARA
EL FUTURO INCIERTO

El coche sigue avanzando, pasando ahora por el descampado que antaño ocupó el Rana Plaza. El silencio es todavía mayor. Ni yo ni Rajiv nos atrevemos a decir nada.

Finalmente, pasados unos minutos, empezamos a alabar conjuntamente los esfuerzos y la labor de Oporajeo y la entrega de sus creadores.

El conductor ha comprado el periódico, que empiezo a leer con mucha atención, porque destaca el clima de tensión en el país, debido a las huelgas (*hartal*, como las llaman) provocadas por la oposición ante las inminentes elecciones.

—Antes de regresar a Dacca, me gustaría enseñarte algo —propone Rajiv, rompiendo el silencio que se ha vuelto a apoderar del interior del vehículo—. Es el hospital de una ONG que se llama CRP. Trabajan para la rehabilitación de personas con algún tipo de parálisis o sin alguna extremidad. Muchos de sus pacientes son víctimas del Rana Plaza y de otros incendios de fábricas de Bangladesh. Estuve hace muy poco para un reportaje que estaba haciendo un periodista y quedé impresionado con su gran labor.

—Pero si ya has estado, me sabe mal que tengas que volver a ir, Rajiv —le digo para ser prudente—. Yo puedo ir otro día y tú debes de tener mucho trabajo que hacer, con esta locura de las elecciones. No te preocupes, en serio. No hace falta que vayamos ahora.

—Insisto, te impresionará el trabajo que hacen. Además, está muy cerca, nos viene de paso.

Finalmente le digo que sí y el coche, tras las indicaciones de Rajiv, gira a la izquierda.

Fundado en 1979 como respuesta a la necesidad desesperada de servicios para pacientes lesionados medulares, el CRP (Center for the Rehabilitation of the Paralysed) se ha convertido en una organización de prestigio internacional. CRP se centra en un enfoque holístico de la rehabilitación, reconociendo que todos los aspectos del proceso son vitales para su éxito, tales como la recuperación física (a través de las intervenciones médicas y terapéuticas y la prestación de ayudas para la movilidad), la rehabilitación psicológica (a través del asesoramiento y el intercambio de experiencias), la ayuda económica (a través de profesionales de recapacitación y asistencia en la obtención de préstamos de microcrédito) y el «alta programada» (para una reintegración en la comunidad, asegurando que el ambiente en el hogar resulte tan seguro y accesible como sea posible y que los residentes locales reciban educación sobre la discapacidad, sus causas y consecuencias).

El CRP fue fundado en 1979 por un pequeño grupo de bangladesíes y una fisioterapeuta británica, Valerie Taylor, que llegó a Bangladesh (entonces Pakistán Oriental) en 1969 como fisioterapeuta voluntaria. Quedó consternada por la falta de instalaciones para personas con algún tipo de discapacidad y los malos y pobres diagnósticos por parte de los médicos locales.

La situación de las personas con discapacidad se agravó a raíz de la Guerra de Independencia de 1971, después de que Bangladesh se separara de Pakistán. Tras muchos años de decepciones y contratiempos, el CRP fue inaugurado en 1979, con dos almacenes de cemento en los terrenos de un hospital de Dacca como principal instalación. Pronto sus pacientes pasaron de ser cuatro a aproximadamente cincuenta.

El carácter global de la obra del CRP se refleja en el hecho de que su trabajo abarca varias áreas del desarrollo, incluidos los derechos humanos, la reducción de la pobreza y la prestación de atención sanitaria y educación.

Entramos por una puerta enorme que da acceso a unos jardines muy bien cuidados y donde se disfruta de un ambiente tranquilo y ordenado, muy alejado del caos que se respira en la carretera principal, inundada por autobuses llenos de los trabajadores de las fábricas.

Tras acceder a un pequeño despacho, un responsable del hospital, después de las pertinentes presentaciones, me

invita a conocer las instalaciones del centro.

Después de recorrer varios pasillos, llegamos a una sala muy espaciosa. En un lado hay unas mesas alargadas en las que están meticulosamente colocadas varias prótesis de piernas. Al otro, varios pacientes están aprendiendo a caminar con ellas, avanzando por un pequeño pasillo apoyando las manos en unas barras laterales a ambos lados.

Me acuerdo al momento de mi gran amiga Irene Villa, que perdió ambas piernas en un atentado terrorista cuando era una niña. Ella, aparte de grandes lecciones de superación y tenacidad, puede dar verdaderas clases magistrales acerca de prótesis y clínicas especializadas en todo el mundo. He visto muchas veces las imágenes de cuando, hace muchos años, estaba aprendiendo otra vez a dar sus primeros pasos con las prótesis. Ahora, aunque ante mí es un chico muy joven el que está esforzándose por mantenerse en pie, mientras la terapeuta y dos mujeres con sari morado, tal vez su esposa y su madre, le observan, no puedo evitar establecer una similitud y pensar en Irene.

—Perdió las piernas en el Rana Plaza —nos dice el responsable que nos hace el recorrido por el centro.

La sede central del CRP está en Savar, a muy poca distancia de donde hace meses se derrumbó el Rana Plaza. Por ello, muchas de las víctimas fueron directamente traídas aquí y muchas de ellas continúan aquí el proceso de rehabilitación tras la catástrofe.

Para ellas será crucial el apoyo en el lugar en el que ahora me encuentro, el Departamento de Terapia Ocupacional del CRP, que ha crecido para dar cabida a treinta y ocho empleados, que trabajan a través de departamentos académicos y clínicos. Se proporciona un servicio ambulatorio de terapeutas ocupacionales, que incluye la evaluación, el tratamiento y la educación después de un accidente, enfermedad o lesión. El objetivo del terapeuta es permitir que la persona afectada pueda llevar a cabo, con la mayor independencia posible, sus actividades de la vida diaria, que incluyen las que se realizan en el trabajo, el hogar, la escuela y la comunidad.

El departamento fue creado en 2003, pero ha tardado unos cuantos años en poder trabajar a pleno rendimiento. Uno de los motivos de la lentitud en la puesta en marcha fue que el CRP envió a gran parte de su personal a formarse mejor en la India y Vietnam, donde fueron instruidos en prótesis y ortopedia. Ahora, el departamento está

completamente constituido por profesionales bien formados en el extranjero y en la tecnología moderna.

Para crear el área, el CRP contó con el apoyo técnico y financiero del Comité Internacional de la Cruz Roja —el Fondo Especial para los Discapacitados (CICR-FSD)— que aportó instrumentos y materiales modernos. Esto implica que el departamento diseñe y fabrique una amplia gama de prótesis, desde las más sencillas hasta las más elaboradas, para permitir que la persona con discapacidad pueda ponerse de pie y caminar de forma independiente.

—Los días posteriores al hundimiento del Rana Plaza —explica el responsable del hospital que nos hace de guía improvisado— tuvimos muchísimo trabajo. No paraban de llegar las víctimas, algunas mejor, otras en muy mal estado. Muchos de ellos han perdido las extremidades o tienen lesiones severas que les dificultarán mucho su regreso a la vida laboral. Para ellos el drama no sólo son las lesiones físicas, sino la imposibilidad de tener un trabajo y, como consecuencia, aportar un sustento a sus familias. Por eso es tan importante la rehabilitación.

Me viene a la cabeza entonces lo que me dijo hace unos días Bibi Russell, que aseguraba que para muchos trabajadores la muerte habría sido una mejor opción. Muchos se sienten un estorbo: no sólo no podrán traer el sueldo que antes llevaban a casa, sino que, en muchos casos, supondrán una carga económica para la familia. Pienso también en lo que me comentaba mi nuevo amigo Saif: muchos olvidaremos esta tragedia en un mundo que tantas veces tiene memoria de pez.

Después de ver varias estancias, pasamos por una última sala, muy pequeña, destinada a un taller ocupacional. Allí varias mujeres y hombres trabajan cosiendo en unas máquinas idénticas a las que he visto unas horas antes en Oporajeo.

Me quedo prácticamente hipnotizado por la enorme sonrisa de una de ellas, que, vestida de azul, me observa desde que he cruzado la puerta. Rajiv se dirige hacia ella y le da un enorme abrazo, que es correspondido. Está sentada mientras trabaja cosiendo, sin dejar de sonreír.

—Te presento a mi amiga Anjana —dice Rajiv, elevando el volumen de su voz—. Es una gran persona.

Anjana me sonríe aún más y me da la mano, no sin dejar entrever un poco de timidez.

—Y lo mejor de todo —continúa Rajiv— es que encontró

el amor aquí. Ésta sí que es otra historia de esperanza.

—¿Ah sí? —pregunto interesado.

—Cuéntaselo, Anjana —le pide Rajiv.

Ella ríe, bajando un poco la cabeza.

—Es víctima del incendio de una fábrica y llegó aquí para la rehabilitación —explica Rajiv, viendo que ella está algo cohibida—, y aquí conoció a un chico que también estaba haciendo la rehabilitación tras las secuelas de otro accidente laboral, igualmente en una fábrica textil. Aquí se conocieron y se enamoraron.

—¡Los Romeo y Julieta de Bangladesh! —exclamo, causando la risa de Anjana. Me fijo entonces en que Anjana está sentada en una silla de ruedas.

Está tan contenta, Rajiv tan ilusionado y el ambiente es tan placentero que me niego a preguntarle nada más acerca del accidente o de su vida laboral previa al CRP. No quiero estropear el momento. El día ya ha sido bastante duro.

Seguimos hablando un poco más de nimiedades y me despido de ella estrechándole fuertemente la mano. Cuando ya estamos cruzando la puerta, me detengo en un impulso.

—¡Espera, Rajiv! ¡Sácame una foto con ella, si está de acuerdo! ¡Me hace ilusión tener una foto con la Julieta del CRP! —le pido, haciendo que Anjana ría aún más.

En ese momento no sospecho, ni por asomo, que esta instantánea improvisada será la elegida por la editorial para la portada del libro.

* * *

El viaje de regreso a Dacca se me antoja largo y pesado. La tarde va cayendo y el tráfico es casi infernal. Aun así, la ciudad me parece más respirable que otras ciudades de Asia, entre ellas la de mi «segunda casa», Bombay.

Me despido de Rajiv y acabamos de ultimar los detalles para el envío de las fotografías.

Miro nervioso el reloj. Llego tarde a mi siguiente cita, que afortunadamente es en la recepción del hotel. Al parecer, Jahanara, mi entrevistada, quiere ver por dentro un hotel. Nunca ha estado y es uno de sus sueños. Así que hemos decidido con la trabajadora social que la acompañará que un encuentro en la recepción de mi hotel será la excusa perfecta para saciar su curiosidad.

Jahanara vive en Korail Bosti, la zona de chabolas del barrio de Gulshan, a poca distancia de mi hotel. Perdió a su

marido en el Rana Plaza, donde ambos trabajaban para una de las fábricas del sexto piso del edificio derrumbado.

Como me temía, dada la gran puntualidad en Bangladesh, mi entrevistada y la trabajadora social que la acompaña me esperan en el pequeño sofá delante de la recepción. Cuando me ven, se levantan y educadamente me saludan. No quiero ser descortés y subir a la habitación a asearme, así que me quedo directamente sentado en otro de los sofás.

—Muchas gracias por recibirnos —me dice Rupa, la trabajadora social.

—Al contrario —respondo convencido—, yo os tengo que dar las gracias a vosotras.

Rupa se ofrece a traducirme y acepto de buen grado. Estoy muy cansado; «espeso», como digo yo. He hecho muchos esfuerzos durante el día para entender bangla en todas sus variantes y acentos, así que ahora, a estas horas de la tarde, no quiero que se me escape ningún detalle por la poca capacidad de concentración.

—Jahanara, ¿naciste en Dacca? —le pregunto para, por una vez, no empezar la entrevista recordando la misma desgracia.

—No. Nací en «el» pueblo, pero cuando nos casamos vinimos a Dacca porque mis padres querían que tuviéramos un futuro mejor y encontráramos un trabajo. Allí no teníamos luz y éramos muy pobres, así que vinimos a la ciudad.

Pienso entonces en el detalle de la luz, sin la cual yo también he vivido, y que generalmente, en zonas de chabolas, es suministrada por algún desvío de cables de legalidad sospechosa.

—¿Encontrasteis trabajo fácilmente? —le pregunto.

—Sí, el primer día ya teníamos los dos un trabajo.

—¿Hace tres años?

—Sí, entonces tenía quince años —dice.

Me doy cuenta de que hasta el momento prácticamente he obviado el tema de la edad, que sin lugar a dudas es serio. Tal vez me han impactado tanto otros aspectos que he escuchado estos días, como las puertas cerradas con candado, los horarios inhumanos y los salarios insostenibles, que he dejado de lado algo tan serio y tan grave como la explotación infantil. Supongo que si uno no ve a un niño (entendiendo como tal al que tiene una edad de cinco, seis o siete años…), inconscientemente no repara en el importante detalle de que no respetar las edades

mínimas es, en toda regla, otra vulneración muy grande de los derechos del niño reflejados y plasmados en numerosas declaraciones ratificadas por un sinfín de países del planeta.

—Mi marido murió en el Rana Plaza —dice mi entrevistada con la voz apagada—. No han encontrado su cuerpo, no se sabe nada de él.

—¿El gobierno o los propietarios de la fábrica te han dado algún tipo de compensación?

—Ni Jahanara ni su familia han recibido nada, ni siquiera un paquete de comida como algunas de sus compañeras —interrumpe la trabajadora social.

—Teníamos un trabajo, dos sueldos —continúa Jahanara— y podíamos alimentar a nuestros dos hijos, los dos varones. Ahora no tengo nada. Nada.

—¿Quién se ocupaba de los niños mientras estabais en la fábrica? —le pregunto.

—Mis suegros se ocupaban. Pero ahora ni mi suegra ni mi suegro quieren saber nada de mí. Se quieren quedar con los dos niños, porque son varones, y a mí mantenerme alejada. Pero yo no lo voy a permitir. No me va a quitar a mis hijos. ¡No quiero!

Jahanara ha subido el tono de su voz y los dos chicos de la recepción del hotel levantan la mirada.

—Jahanara está preocupada —prosigue Rupa invitando al sosiego— y tiene miedo de que sus suegros tengan argumentos para quitarle a los niños si ella sigue sin poder trabajar. Lo cierto es que con un solo brazo es difícil que encuentre trabajo. Lo curioso es que ella no para de quejarse de que le duele el brazo... el brazo que le falta.

Me doy cuenta entonces de que a Jahanara le falta un brazo. La manera en la que llevaba colocado el sari no me ha dejado verlo con claridad hasta ahora. Me acuerdo de que es normal que ella sienta que le duela el brazo, también me lo ha explicado muchas veces mi amiga Irene. Se trata del «miembro fantasma», como se suele decir, y es muy habitual sentir dolor «localizado» tras la pérdida de alguna de las extremidades.

—El día antes —retoma la explicación Jahanara, más calmada— nos hicieron salir de la fábrica porque había unas grietas. Decían que las había causado el movimiento de los generadores de electricidad y que tenían que hacer unas revisiones. Pero luego nos hicieron entrar de nuevo y nos dijeron que no pasaba nada.

»Me acuerdo de todo lo que sucedió al día siguiente —

sigue diciendo, ahora entre lágrimas—. Hay compañeras que no se acuerdan, que no son capaces de recordar qué les pasó cuando cayó el edificio, pero yo sí. Estaba terminando de repasar unos pantalones y de repente se escuchó un estruendo muy grande. El suelo empezó a temblar y fue como si me cayera por un pozo. No veía nada, sólo humo, y noté un dolor muy fuerte en la cabeza y en el brazo. Aún me duele mucho el brazo. —Rupa, mientras tanto, le da una mano, acariciándole suavemente los dedos con la otra mientras Jahanara continúa su relato—. Luego estuve muchas horas atrapada dentro. No se veía nada, sólo se escuchaban voces como en un eco, como si estuviéramos en una cueva enorme. Oía a una chica llorar y a un hombre que gritaba. Yo rezaba deseando que mi marido estuviera vivo. No sabía qué había sido, creía todo el rato que era un terremoto y que todo el país estaba igual. Pensé que me moriría. De pronto, empecé a ver un poco de luz y a oír un ruido muy fuerte y muchas más voces que decían que ahí había alguien. Me alegré de pensar que me habían encontrado, pero intuí, en ese instante, que me había quedado viuda.

Uno de los camareros del hotel nos sirve té y galletas en un momento, la verdad, muy oportuno para hacer una pausa en el relato, simplemente espantoso.

Cuando pienso en las próximas preguntas, me doy cuenta —no sin avergonzarme por ello— de que estos días he estado cometiendo un error garrafal: no he preguntado, en ningún momento, a ninguna de las víctimas del Rana Plaza quiénes creen que tiene la responsabilidad de tan magna catástrofe. He asumido, estúpido de mí, que ésa es una opinión que sólo me pueden dar periodistas, compradores internacionales, industriales o expertos con los que me he ido entrevistando, ignorando por completo a quien, seguramente, está más legitimado para emitir una opinión contundente: las propias víctimas de la tragedia.

He cometido el error imperdonable que tantas veces critico en otros: tratar a la víctima de una tragedia o beneficiario de un proyecto como alguien incapaz de emitir su propia opinión y valorarla objetivamente de forma legítima.

—Jahanara —empiezo a decirle, mientras Rupa va traduciendo—, vuestras condiciones de trabajo, como sabrás, son mucho más duras que las habituales en otros lugares de Europa. Los salarios muy bajos, las horas de

trabajo inaguantables y la seguridad de las infraestructuras, sobra decirlo, deja mucho que desear. Los propietarios os explotan justificando el trato con la enorme demanda por parte de compradores internacionales y que además nadie os coacciona para elegir libremente trabajar para ellos. Los compradores internacionales dicen que es el gobierno de Bangladesh el que no es suficientemente duro con unos empresarios que son poco transparentes y a la vez se justifican con un consumidor final que compra esos productos, aun sabiendo dónde, y probablemente cómo, han sido confeccionados. Y el gobierno dice que las medidas empleadas en la actualidad ya son las correctas. ¿Quién tiene entonces la culpa, si es que hay que señalar a un culpable?

Jahanara termina de escuchar la traducción de Rupa, un poco más extensa, y seguramente más explicativa y aclaratoria que mi pregunta. Tras pensar durante unos segundos, me mira y empieza a hablar:

—Yo creo que la culpa la tienen los jefes de las fábricas en Bangladesh. Los compradores de fuera no tienen ninguna culpa. Compran aquí porque es más barato que en Europa o América, pero es normal. Yo también compro la verdura en la tienda más barata del mercado. Las personas que vieron las grietas y aun así nos obligaron a seguir trabajando al día siguiente son los propietarios de la fábrica y los talleres. Nadie más.

* * *

Ya va siendo tarde y Jahanara debe regresar a su casa, donde su madre la cuida. Una pequeña organización local, en la que trabaja Rupa, se encargará de buscarle un trabajo, costear la rehabilitación y limar asperezas con sus suegros, que tienen con ellos a los hijos de Jahanara. Tras despedirme de ellas subo a la habitación, me ducho y me voy a dormir. Me cuesta poco, estoy muy cansado —uno ya no tiene veinte años— después de la paliza de viaje entre las olas de un tráfico incesante y saturado.

Cuando llevo ya varias horas durmiendo, chirría impertinente el teléfono de la habitación. Miro el reloj. Son las dos de la madrugada. ¿Quién será a estas horas? ¿Les habrá pasado algo a los míos en España? Asustado, agarro el aparato y escucho, al otro lado, al chico de la recepción:

—Señor Sanllorente, tiene aquí una visita.

—¿A estas horas? Pásemelo, por favor —le pido, intrigado.

—Jaume, baja, rápido —dice la voz de Saif desde la recepción—. Perdón por la hora, pero no te arrepentirás. Te tengo preparada una sorpresa. ¡Créeme, merece la pena!

Bajo a toda prisa. Me extraña muchísimo que Saif, en su sano juicio, tan educado y correcto, con un sentido tan desarrollado de la justa medida, se haya permitido venir sin avisar a mi hotel y despertarme a las dos de la madrugada.

Cuando se abre el ascensor, no puedo creer lo que ven mis ojos: Saif me mira y me señala con la cabeza a una chica sonriente que permanece inmóvil justo a su lado. Al natural, Reshma es idéntica a la fotografía colocada en la recepción del Westin. No puedo creer que sea ella. Y que esté ahora en mi hotel, al lado de mi amigo.

El suelo, de repente, se empieza a mover. Cada vez haciendo más ruido. Del techo empiezan a caer piedras y yo intento correr hacia Reshma y Saif. Pero no puedo, los pies me pesan y el temblor del suelo cada vez es mayor. Ahora un enorme orificio se abre justo debajo de mí y caigo en picado hacia abajo, como si estuviera en un enorme pozo sin final. Como le sucedió a Jahanara.

Me despierto sudado y agitado. Vaya por Dios: he tenido otra pesadilla. Son las dos de la madrugada y el día que hace rato ha terminado ha hecho mella en mi subconsciente.

Me ducho de nuevo, comprobando que el agua caliente todavía no funciona, y me dispongo a conciliar el sueño otra vez. Me quedan veinticuatro horas exactas en Bangladesh y la dichosa Reshma me sigue quitando el sueño.

10

Rabeya
Las víctimas infinitas

Casi no he podido pegar ojo en toda la noche. La pesadilla me ha dejado algo intranquilo y, teniendo en cuenta que me queda tan sólo un día en Bangladesh, me preocupa que aún no haya podido entrevistar a Reshma. De hecho, ni siquiera la he podido ver, a pesar de contar con muy buenos contactos.

Al final del día, cuando queden pocas horas para mi partida, gastaré mi último cartucho. No tengo nada que perder.

La de esta mañana será la última entrevista de mi estancia en Dacca. Y, casi por azar, o casualidades del destino, me parece un testimonio de la desgracia sobre la desgracia, de la lluvia sobre mojado, del llanto sobre un charco de lágrimas a punto de rebosar.

Estoy esperando en la recepción del hotel, donde de un momento a otro llegará Rabeya acompañada por una trabajadora social, una «buena amiga», como se ha definido en los emails que he intercambiado con la organización local que me ha facilitado este encuentro.

Rabeya, que trabaja en otra fábrica de Savar, perdió a sus dos hermanas en el Rana Plaza. Su historia es triste y cruel, como todas las que he conocido en este viaje, pero es al mismo tiempo un buen ejemplo de otra de las lacras más terribles de Bangladesh, de las más crueles y horribles que se puedan escuchar jamás: la violencia de género con ácido.

Aunque yo era bastante joven, recuerdo perfectamente cuando toda España conoció de cerca esta problemática en un viaje que hicieron a nuestro país, junto a una organización local, varias víctimas de este tremendo maltrato. Fue a raíz de un trabajo gráfico de Shafiqui Alam

Kiron que recibió numerosos premios, incluidos la última edición del prestigioso World Press Photo en la categoría de reportaje y el Grand Prix Care Internacional de Reportaje Humanitario. Posteriormente, un reportaje de la BBC y la CNN titulado «Mujeres sin rostro» se emitió por TVE y generó una ola de apoyos a las víctimas de algo verdaderamente intolerable.

Como queda aún una hora para que llegue Rabeya, me dispongo a releer uno de los muchos artículos que se publicaron entonces en España y que he podido recopilar estos días.

Me viene a la memoria la primera vez que las vi. Yo era prácticamente un niño y la televisión ofrecía imágenes de una expedición a Europa, organizada por varias ONG, de un grupo de mujeres de Bangladesh que habían sufrido el maltrato con ácido.

Nunca olvidaré el primer impacto al ver sus rostros. Los días siguientes a aquello, la prensa, más amarillenta que en la actualidad, hablaba de «monstruos» y «seres deformes». Hoy, repasando algunos de aquellos artículos que todavía se encuentran en internet, creo que era innecesario hablar de ellas en esos términos. Ni siquiera el afán de sensibilizar a la población justifica denigrar así sus imágenes y dejar su dignidad a ras de suelo con tal de vender más periódicos. Afortunadamente, las cosas han cambiado en la actualidad y hay mucha más sensibilidad al tratar determinados temas.

Muchas de aquellas mujeres fueron quemadas por sus propios maridos cuando todavía eran unas niñas, lo que las dejó marcadas de por vida, deformando sus caras hasta el punto de destruirles los párpados y, en muchos casos, causarles ceguera irreversible.

El ácido daña severamente los tejidos de la piel, aniquila la vida de los músculos y calcina los huesos. Otras no han podido sobrevivir al ataque o prefieren sobrellevar el resto de sus traumatizadas existencias a la sombra del anonimato. A pesar de que el número de ataques se ha reducido desde hace unos años, en gran parte por el maravilloso trabajo de muchas organizaciones no gubernamentales, este tipo de maltrato sigue afectando cada año a varias decenas de mujeres en Bangladesh.

Por aquel entonces, había pocos hospitales en el país especializados en la cura y posterior reconstrucción de este tipo de quemaduras. Hoy en día, gracias a la presión y el constante trabajo de organizaciones como Acid Survivors

Foundation, las cosas han mejorado notablemente.

No obstante, y a pesar de una considerable reducción en cuanto a casos reportados, esta lacra continúa siendo una realidad en Bangladesh.

Durante mis primeros días de viaje contacté con Selina Ahmed Ena, directora ejecutiva de la Acid Survivors Foundation, pero aún no he obtenido respuesta. Hoy el azar ha hecho que una de las trabajadoras a las que voy a entrevistar, y con la que he contactado por otra vía a través de mis amigos periodistas, haya sufrido también este maltrato indecible.

Creo que nunca está de más incluir en este libro mi denuncia más contundente a esta práctica tan repulsiva. Cualquier modo de violencia es intolerable, pero el ataque con ácido y sus consecuencias me parece que alcanza las cotas más elevadas de la maldad humana.

Me quedo petrificado mirando las fotografías de sus rostros, testigos de un pasado cruel que jamás debería haber sido vivido.

Rabeya forma parte de un grupo de apoyo de una organización local. Hay pocas en Bangladesh, pero su trabajo es arduo y admirable. Acid Survivors, creada en 1999, es, sin duda, una de las más conocidas y entregadas, a todos los niveles, para erradicar esta terrible pesadilla y finiquitar de la historia un capítulo vergonzoso de la humanidad. Así lo siento. Como ser humano y como hombre.

Mientras espero, leo los periódicos locales, que hablan del elevado nivel de tensión con las *hartal* (protestas y huelgas) causadas por las inminentes elecciones en el país. Me dicen en el hotel que tendré que tomar medidas a la hora de ir al aeropuerto y que ningún taxi o el coche del hotel podrán llevarme. Ahora, sin embargo, no pienso en ello. Mi foco de atención es Rabeya, que aparecerá por la puerta de un momento a otro.

Cuando quedan aún diez minutos para la hora acordada, un taxi se detiene en la puerta del hotel. La primera en salir del coche es una chica de unos treinta años, vestida al modo occidental y portando una gran cantidad de carpetas. Tras ella, con un sari color manzana que le cubre gran parte del rostro y no me permite verla en una primera mirada, una chica diminuta, bajita y delgada, en la que adivino a Rabeya, mi próxima entrevistada.

Las dos mujeres entran en el hotel mientras yo me

levanto a recibirlas. He ensayado varias veces durante la mañana la expresión que deberé poner cuando vea por primera vez a Rabeya. Por muy entrenado que esté uno en la adversidad y muchas cosas que haya visto, siempre choca contemplar de cerca el resultado perenne de la quintaesencia de la maldad. Nuestros ojos jamás deben acostumbrarse a semejante vileza.

La trabajadora social avanza unos pasos por delante de Rabeya y se presenta con una cortés sonrisa:

—Buenos días. Me llamo Mita.

—Yo soy Jaume. Se pronuncia «jaw-ma» con la *j* «a la inglesa» —le digo, adelantándome a la que suele ser siempre la primera pregunta cada vez que me entrevisto con alguien que no es catalán.

—Ésta es Rabeya. Rabeya, acércate...

Aunque venga concienciado, la expresión de mi cara se descontrola por completo, por mucho que la haya imaginado. Verla de cerca es mucho más impactante de lo que jamás hubiera creído. Efectivamente, los títulos de muchos artículos acerca de esta problemática, que antaño me parecieron crueles, de mal gusto o fuera de lugar, se me antojan ahora cien por cien objetivos. Rabeya no tiene rostro. Toda su faz es una superficie arrugada en la que sólo se puede adivinar una pequeña boca sin labios. La nariz no se distingue y los ojos, incapaces de ver, según deduzco de sus gestos y del apoyo de Mita, están tapados con unas enormes gafas de sol.

—Si te parece bien, te iré contestando yo a las preguntas y si en algún momento lo ves necesario, le pedimos a Rabeya que explique algo concreto.

Me limito a afirmar con la cabeza, temiendo que tan sólo emane de mí un hilo de voz. Si bien hago siempre, como mecanismo automático, el ejercicio de empatizar con la persona que me está exponiendo una determinada problemática, ahora mismo creo que será conveniente dejar las subjetividades a un lado y centrarme en el contenido de nuestra conversación. Una vez más, *Mr. Macho-man*, el escritor «casi británico» que nunca quiere mostrar públicamente sus sentimientos, tiene miedo de desmoronarse.

—Antes que nada, muchas gracias por atenderme, Mita. Por favor, dile a Rabeya que siento mucho lo de sus hermanas en el Rana Plaza —le digo, a pesar de sentir, desde lo más profundo del alma, muchas cosas más.

Ella le explica algo en un bangla que en esta ocasión se me hace muy difícil de entender. Rabeya afirma con la cabeza, pero no la gira hacia Mita. Como si ni siquiera pudiera oír.

—Antes de hablar del derrumbe, me gustaría saber un poco más acerca de la violencia por ácido. En España nos enteramos con detalle de esta problemática hace unos años, pero últimamente no hemos sabido más —comento, recordando de nuevo las palabras de Saif acerca de un mundo olvidadizo con memoria de pez.

»Sé que en este tipo de ataques la mayoría de víctimas son mujeres —le digo para centrar el tema— y que muchas incluso son menores. ¿Se trata siempre de violencia dentro de la unidad familiar, es decir, los agresores son siempre sus maridos?

—No, no —me dice Mita negando con la cabeza—, a veces las quema algún hombre del mismo pueblo porque ellas rechazan sus insinuaciones. En otras ocasiones el atacante es un hombre al que los padres de la chica han rechazado como pretendiente. Las víctimas no son siempre mujeres.

—¿Ah no? —le pregunto extrañado.

—A veces también se ataca a niños y hombres por peleas familiares. A veces por la propiedad de terrenos, otras por venganzas y rencillas del pasado —puntualiza Mita.

—Las consecuencias son importantes —afirmo, calificándolas de «importantes» por no decir «aberrantes», «atroces» o mil palabras más que me cruzan el pensamiento.

—El ácido quema todo el tejido de la piel, incluso los huesos. Y daña los ojos, pudiendo causar ceguera.

—¿Los ojos? —repito mirando, sin poder evitarlo, las enormes gafas de sol que lleva Rabeya.

—Rabeya se quedó ciega —dice Mita contundente, tras adivinar la dirección de mi mirada.

—Y los daños psicológicos… —adelanto, tratando de imaginar lo mucho que debe costar arrastrar eternamente estas cadenas.

—Oh, sí —dice Mita mirando a Rabeya—, la pena es muy, muy grande. Esto no se olvida.

—Aunque suene extraño lo que te voy a preguntar, ¿logran rehacer de alguna manera sus vidas?

—Es muy difícil, muy difícil. Tienen que dejar la escuela o el trabajo —asegura Mita, todavía mirando de reojo a

Rabeya, que sigue sin moverse, con su rostro sin expresión.

Mientras escucho a Mita, trato de imaginar el aislamiento social al que se deben enfrentar las víctimas, con su autoestima severamente afectada. Para las solteras, significa sin duda perder toda posibilidad de matrimonio. En el sureste asiático la familia del novio pide siempre unos cánones de belleza a la futura esposa de su hijo. Y una cara deformada, en un país donde el matrimonio de conveniencia no pasa por el amor sino por unas características objetivas, condena a la soltería a casos como el de Rabeya. Pienso entonces, intentándolo observar desde la óptica del país, la carga que debe suponer también para toda la familia.

—¿Rabeya está casada? —pregunto.

—No, no lo está. Y dice que no quiere estarlo. —Mita trata de esbozar una sonrisa compasiva—. Tiene mucho temor a los hombres desde que sucedió todo aquello.

—¿Puedo saber quién fue su atacante? —me atrevo a preguntar.

—Fue su primo, ante las negativas de ella cada vez que la intentaba violar, quien le arrojó ácido a la cara cuando era una niña.

—¿Cuántos años tiene? —consulto, empezando a sentirme francamente mal por hablar de ella como si no estuviera presente.

—Ahora tiene veintitrés años.

La observo de nuevo. La inexpresividad de su cara y las deformaciones visibles hacen que sea completamente imposible acertar su edad o adivinar cómo sería si no hubiese sido atacada.

—¿Sus padres viven? —quiero saber.

—Sí. Lo han pasado muy mal. Tuvieron que vender unas tierras para costear las curas y una operación.

La camarera nos trae entonces dos *chais* calientes y un té frío. Mita lo acerca a la cara de Rebeya, que bebe a pequeños sorbos con una pajita. Sus manos, ahora me fijo por primera vez, también están quemadas. Su cuerpo sigue recto, sin doblarse, sin moverse, permanece en todo momento en la misma posición en la que se ha sentado.

—¿La educación tiene algo que ver? Quiero decir, ¿esto es una prueba del machismo imperante en Bangladesh? —pregunto para dar un giro a la entrevista, sintiendo que estoy indagando demasiado en la intimidad de Rabeya.

—Sin duda —responde Mita de forma contundente—.

Aquí la mujer es una subordinada. Por eso un hombre se toma tan mal que una mujer decida por ella misma y lo rechace. Aunque en los últimos años también hay bastantes víctimas que son hombres. Pero ya es por otros temas entre familias.

Mientras apunto lo que Mita va explicando, recuerdo algo aterrador que he leído estos días: una cuarta parte de las víctimas son niños. A veces, incluso, ha sido el propio padre el que ha arrojado ácido a su recién nacida, tras la decepción al ver que no era varón.

—Es muy impactante —digo en un impulso sincero, sin que se me ocurra nada más.

—Sí, lo es —repite Mita—, por eso me he implicado tanto de forma voluntaria en apoyar a Rabeya. Porque nos tenemos que ayudar como seres humanos que somos.

Rabeya dice algo, con un hilo de voz, y su piel arrugada se tensa hacia arriba en un gesto parecido a una sonrisa.

Miro inmediatamente a Mita sonriendo, esperando a que traduzca.

—Dice que tuvo mucha suerte de conocer a una amiga como yo. Que Dios la ha bendecido conmigo —aclara Mita, visiblemente emocionada, apretando la mano de Rabeya.

En ese mismo momento, suena el teléfono móvil de Mita.

—Disculpa que lo coja; estoy esperando una llamada importante —se excusa.

Mientras Mita habla por teléfono, sobre alguna confusión acerca de un paquete que tiene que recibir, decido ir leyendo mis apuntes. Quedarme mirando a Rabeya para ser educado no tiene mucho sentido, teniendo en cuenta que ella no me puede ver. Tratar de decirle algo tal vez violentaría a Mita, que querría ser cortés y traducir. Así que voy repasando algunos datos sobre el marco legal del maltrato con ácido.

Las campañas de presión y protesta por parte de muchos activistas han hecho posibles muchas de las reformas institucionales y políticas sin precedentes, con resultados concretos, como el aumento en las penas contra los atacantes. No obstante, y a pesar de que los ataques han disminuido desde 2002, la violencia con ácido sigue siendo una preocupación general en el país.

En 2002 se introdujo la Ley de Control de Sustancias Ácidas para vigilar no sólo la violencia con este material, sino también la importación, la producción, el transporte, el acaparamiento, la venta y el uso de ácido.

—¿Qué opinas de las leyes contra el ataque con ácido? —le pregunto a Mita una vez ha concluido su conversación telefónica.

—Las penas siguen variando bastante. Yo creo que aún se deben endurecer más y que en más casos se tendría que aplicar la cadena perpetua o la pena de muerte.

No puedo disimular mi cara de desaprobación cuando escucho «pena de muerte». Ni en casos como el que tengo ahora mismo ante mis ojos puedo entender que existan leyes que aprueben y justifiquen la eliminación de la vida humana por alguien de su propia especie. Jamás, bajo ningún pretexto, la aniquilación de una vida debe estar justificada. Sé que en Bangladesh la pena de muerte a veces sin derecho a apelación judicial es denunciada internacionalmente por organizaciones como Amnistía Internacional. Pero soy consciente de que no es el momento ni el lugar para encender un debate relacionado con mis principios. No procede porque no es el tema que estamos tratando. Así que me limito a seguir escuchando.

—¿Cómo empezó a trabajar en la fábrica donde está ahora? —le pregunto.

—Con su trabajo actual, Rabeya es mucho más feliz, porque sabe que puede aportar un sueldo a casa y sus padres están satisfechos con ello. Entre todos le encontramos este trabajo y ahora ella, dentro de lo que cabe, es más feliz. Antes estaba muerta en vida.

—Rabeya —le pregunto directamente—, ¿estás contenta con tu trabajo?

—Mucho —responde, tras escuchar la traducción de Mita, que le repite acercándose a su oído—. Soy feliz con este trabajo. Coso ropa para una fábrica que vende en todo el mundo. Es mi sueño.

—¿Cuántas horas trabajas?

—Diez horas al día, más o menos, y con mi sueldo de tres mil quinientos takas puedo mantener a mis padres.

Mita, que observa mi cara mientras escucho, interrumpe:

—Sé que ahora existe una gran polémica sobre las condiciones de trabajo, pero uno debe entender la situación desde dentro. El país y las condiciones de sus trabajadores irán avanzando poco a poco. No se puede hacer todo rápido, de un día para otro. Para Rabeya este trabajo es un sueño.

—Espero que algún día pueda ganar más —dice Rabeya—, pero de momento estoy muy contenta.

—¿No tienes miedo de la seguridad en la fábrica, de que suceda algo como lo del Rana Plaza? —le pregunto, aunque soy consciente de que no deben de ser precisamente ésos sus miedos, y sorprendido, al mismo tiempo, de que asocie una fábrica textil con un sueño, cuando hace pocos meses una de ellas le arrebató a sus dos hermanas.

—Lo del Rana Plaza fue horrible, mis padres están muy tristes —dice Rabeya.

—Imagínate —interrumpe Mita de nuevo— lo que debe de ser perder a dos hijas de golpe después de haber pasado por la pesadilla del ácido. Por eso, Rabeya se considera ahora la única esperanza de la familia. Han dejado de entrar dos sueldos en la casa y ella, aun habiendo pasado por este infierno, tiene un trabajo y puede ser la esperanza de la familia. Alguien que se ha llegado a considerar una carga para los suyos ahora se siente su salvación.

No quiero seguir preguntando acerca de la muerte de sus hermanas, ni de más desgracias. Sé —o quiero pensar que sé— dónde está el límite entre recabar hechos que puedan ser necesarios para la sensibilización del lector y ser morboso. Así que considero que la entrevista ha terminado y en este punto la tenemos que dejar.

Me parece absurdo empezar a preguntarle acerca de la esclavitud en una fábrica que ella vive como un sueño cuando su esclavitud es la de llevar de por vida las marcas de la maldad en un rostro que no es rostro, en una mirada que no es mirada, en una expresión que no es expresión. Y a pesar de ello, se sabe libre. Extraña paradoja en la que soy incapaz de ahondar. Soy demasiado insignificante para comprenderla. Me queda grande. Cuánta razón tenía Helen Keller cuando decía que lo más bello no es visible a los ojos del hombre.

Tras estar hablando un poco más acerca de otros asuntos, como la polémica política en el país, nos despedimos.

* * *

Cuando subo a mi habitación, veo un correo de Selina Ahmed, directora de Acid Survivors Foundation, que muy amablemente se disculpa por no haber podido contestarme antes y me ofrece su ayuda para toda la información que necesite para abordar tan tremenda problemática.

* * *

Quedan pocas horas para dejar Dacca y ya es hora de intentar una última acción con el tema pendiente: el asunto Reshma.

Tal y como he quedado con mi contacto, me dirijo a la puerta trasera del Westin con un *rickshaw* y me sitúo detrás de unos coches que están aparcados en un parking contiguo al hotel. Al parecer, a las doce en punto, saldrá Reshma. Ése será mi momento para acercarme rápidamente y poder abordarla. Cada vez veo más absurdo y ridículo centrar este libro en ella. He conocido a muchas «Reshmas» durante este viaje y no sé qué la hace a ella más o menos heroína. Tampoco me interesa averiguar si su caso es real o un burdo montaje. Lo que es cierto es que miles de personas han perdido sus vidas y sus esperanzas y otras muchas miles siguen trabajando en condiciones de verdadera esclavitud. No importa nada más.

Son las doce en punto y la puerta que me ha indicado mi «topo», por la que supuestamente aparecerá Reshma de un momento a otro, sigue sin abrirse. Pasan los minutos y no se detecta ningún movimiento en la puerta trasera.

Noto de golpe cómo alguien me toca la espalda. Me giro dando un brinco, temiendo que sea alguien del hotel que me pregunte qué estoy haciendo allí, observando sigilosamente la zona de personal. Pero es mi contacto, a quien noto algo alterado:

—Jaume —me dice—, siento mucho decírtelo, pero va a ser totalmente imposible. Hoy no va a salir. Además, cuando sale va con seguridad, así que sería muy difícil que pudieras acercarte.

Tras varias explicaciones que me confirman la realidad de una operación fallida, decido regresar a mi hotel. No entiendo tanto misterio. No consigo comprender este secretismo, la seguridad…

Tal vez he intentado hacerlo de tantas formas, y todas tan extrañas, que he obviado la manera más sencilla, esperando o insistiendo más por la vía oficial de un hotel impecable en el trato que da a sus huéspedes. Tal vez de esa forma hubiera sido todo más sencillo y habría podido conocer a Reshma. Aun así, después de estos días en Bangladesh, no siento frustración por no haberla conocido. Los testimonios que he escuchado y las personas a las que he conocido han superado con creces el valor de la imagen general que necesitaba para comprender un poco más la industria textil

en Bangladesh y todos sus recovecos.

Tras regresar a mi hotel y hacer la maleta, bajo a la recepción para organizar el traslado al aeropuerto.

—Ninguno de nuestros coches puede llevarle; es demasiado arriesgado ya que tienen el logo del hotel. Y tampoco hay taxis que trabajen hoy, debido a las protestas. Ha habido muertos y no podemos permitir exponernos a los piquetes —me explica el chico de recepción, ante mi cara de sorpresa.

—¿Y qué solución me da? —le pregunto, algo molesto.

—Una ambulancia —responde muy seguro, causando mi carcajada.

—¡¿Cómo?!

—Tal vez podamos conseguirle una ambulancia. Es la única clase de transporte por el que nadie dirá nada, no saben si dentro va un enfermo. Las urgencias médicas son respetadas por los piquetes.

—Pues si no queda más remedio, será cuestión de tumbarse en la camilla —le respondo irónico.

Les digo que esperen antes de conseguir la ambulancia. No me gusta la idea de utilizar para mi conveniencia, por mucha necesidad que parezca tener, un servicio que no me corresponde. Con los servicios sanitarios de los demás no se juega. Estoy convencido de que habrá otra solución, pero se va haciendo tarde, ya he hecho el *check out* y no sé si llegaré a tiempo para coger el vuelo. Ya tendría que haber previsto con anterioridad que hoy tendría dificultades para ir al aeropuerto.

Pasan pocos minutos y la solución aparece por la puerta del hotel. Es mi amigo Saif, que entra decidido.

—Anda, Saif, ¿pero te acordabas de que hoy me iba? —le pregunto, aliviado y sorprendido.

—¡Pues claro! ¿No te acuerdas? Te dije además que buscaría un modo de llevarte al aeropuerto sin ponerte en riesgo.

—¿Qué modo?

—¡Un coche de prensa! —contesta con una enorme sonrisa, haciendo la señal de la victoria con una mano.

Los dos reímos y el personal del hotel lleva el equipaje a un vehículo aparcado en la puerta que tiene un enorme cartel en el cristal delantero donde está la palabra «prensa» escrita en inglés.

Por fin llegamos al aeropuerto (¡en cuya entrada espera una larga hilera de ambulancias!) y tras despedirme de Saif

y hablar con el personal de tierra que finalmente no me deja facturar los jarrones (¡¿en qué estaría pensando cuando los compré?!), subo al avión que me lleva de vuelta.

Son tantos los pensamientos que transitan ahora por mi cabeza que no soy capaz de confeccionar —nunca mejor dicho— una idea clara acerca de la situación, del causante o los causantes de la explotación imperante y de las posibles soluciones para que este círculo vicioso en el que se ha convertido una industria multimillonaria encuentre una salida clara hacia el cese de la vulneración de los derechos humanos de millones de personas de Bangladesh.

Las luces de Dacca chispean intermitentemente mientras el avión se eleva. Muchas de ellas provienen, seguramente, de enormes edificios grises en los que tejen sin cesar costureras que anhelan una vida digna y que, confeccionando durante horas camisetas como la que ahora mismo llevo puesta, mecen, entre hilos y costuras, el consuelo de visualizar un futuro mejor.

11

Carmen
Nuestras costureras

Barcelona, diciembre de 2013

Ha pasado más de un mes desde que regresé de Bangladesh y, poco a poco, consigo ir ordenando información general, entrevistas y testimonios. Mis fuentes en Dacca se han seguido volcando con numerosos emails, nuevos datos y más ofrecimientos para entrevistas. Mi agenda está completa en los próximos meses, con lo que me será muy difícil, casi imposible, regresar a Bangladesh. Además, creo que tengo información suficiente y bastantes puntos de vista como para plasmar un análisis general de la situación sin resultar cansino.

Las constantes vitales que el «fenómeno Rana Plaza» causó en el mundo siguen en su normalidad: unos acusan a otros, los responsables aseguran no serlo y nadie, en este sembrado de producciones millonarias y derechos humanos vulnerados, parece ofrecer una solución clara. Tal vez —empiezo a pensarlo— hay mucha gente interesada en no encontrar una solución mientras la industria textil en ese país del sureste asiático siga generando unas cantidades tan ingentes de dinero.

La mañana amanece muy fría en la Ciudad Condal. Hoy no hay previsto ningún acto (cosa rara cuando estoy en mi tierra), así que tengo todo el día para dedicarlo al libro. Por la tarde tendré mi última entrevista oficial para incluir en él, pero antes decido entrar, una vez más como estos últimos días, en la web de la Campaña Ropa Limpia, que siempre va poniendo al día la información sobre el Rana Plaza y todas sus consecuencias, especialmente las recompensas a sus trabajadores.

Tras comprobar que las cosas están igual en cuanto al Rana Plaza, mi mirada se fija en una noticia en la que la Campaña Ropa Limpia denuncia una nueva pérdida de vidas en otra fábrica de ropa en Bangladesh y envía sus más sinceras condolencias a todas las familias afectadas por esta nueva tragedia ocurrida el pasado mes. No puedo creer que, con tanta información recopilada, tanto repaso de prensa y tantas buenas fuentes de información, se me haya pasado por alto una nueva tragedia.

Los informes más recientes indican que diez trabajadores han muerto y que más de cincuenta han resultado heridos en el incendio de la fábrica Aswad Composite Mills, en la capital, Dacca, el día 8 de octubre a las seis de la tarde. Los equipos de extinción tardaron varias horas en apagar el incendio y las investigaciones sobre la causa están en marcha.

Según afirma CRL, las personas trabajadoras entrevistadas por el Workers Rights Consortium declararon que estaban produciendo ropa principalmente para la marca textil George, propiedad de Walmart. Los documentos de embarque muestran que los datos de importación vinculan a un número de otras marcas con la fábrica, incluyendo dos empresas canadienses, Loblaw y la Hudson Bay Company, aunque se cree que más marcas se abastecían de esta fábrica.

La CRL exige a todas las empresas cuya relación con la producción en Aswad se confirme que reconozcan su responsabilidad y tomen medidas inmediatas para garantizar indemnizaciones y tratamiento médico a aquellas personas que lo necesiten.

El fuego llega casi seis meses después del derrumbamiento del Rana Plaza y es el cuarto incendio con víctimas mortales en una fábrica de ropa en Bangladesh en los últimos doce meses. Me duele comprobar que esto no para, especialmente ahora que puedo poner caras y nombres cada vez que imagino una tragedia de este tipo en Bangladesh, país al que he cogido un enorme cariño.

Desde la tragedia del Rana Plaza más de noventa marcas se han sumado al Acuerdo para la Mejora de la Seguridad de las Fábricas en Bangladesh (Accord on Fire and Building Safety in Bangladesh), que tiene como objetivo hacer frente a las causas de los derrumbamientos de las fábricas y los incendios y está regido conjuntamente por las marcas y los sindicatos. Loblaw es firmante del acuerdo, mientras que

Hudson Bay y Walmart no se han adherido a éste sino a otro documento fruto de una alianza controlada por las marcas.

Desde luego, está claro lo que tantas veces oí en Dacca de que «los cambios no serán rápidos». Esta nueva tragedia pone de relieve lo mucho que queda por hacer para que la industria textil de Bangladesh sea segura. Si bien es cierto que la firma del acuerdo, agilizada tras la catástrofe del Rana Plaza, fue un gran paso adelante, el hecho de que pocos meses después se produzca un nuevo incendio de esta magnitud subraya la necesidad de la puesta en marcha de inspecciones y reformas para la seguridad con carácter de urgencia.

Escribo rápidamente un email a varios contactos de Dacca, que ahora considero amigos, para asegurarme de que ninguna de las personas que conozco estaban trabajando en la fábrica siniestrada.

Por otro lado, en otros artículos de la web de CRL se recuerda de nuevo la tragedia del Rana Plaza y las más de mil cien personas que perdieron la vida y casi dos mil heridas en el terrible derrumbe. Por ello, junto al International Labour Rights Forum, la CRL ha publicado el informe *«Still Waiting»* («Todavía esperando»), en el que describe el proceso para indemnizar a las víctimas del Rana Plaza y del incendio de Tazreen, así como los compromisos asumidos por las empresas involucradas.

* * *

Durante los últimos meses, desde que acepté el ofrecimiento de la editorial para escribir un libro sobre este tema y lo he comunicado a mi entorno más cercano, que se cuenta con los dedos de una mano (el secretismo y la discreción es elemental para un proyecto editorial y de obligado cumplimiento para el autor), han sido varias personas las que le han quitado hierro al asunto de la explotación laboral en Bangladesh alegando que «en España también pasaba, y no hace tantos años».

Fue mi editora, hace pocos días en una comida en Madrid, la que, cuando le expliqué que tal vez en la España de los cuarenta y los cincuenta se vivieron situaciones parecidas, me dio una magnífica idea:

—¿Y por qué no incluyes en el libro una costurera de España?

—¿Una española? ¿Todo el libro hablando de costureras de Bangladesh y de repente pongo allí a una española? ¿Estás segura?

—Claro. ¿Y por qué no? Puede ser muy interesante contar también con su punto de vista. Seguro que conocerás a alguien cuya madre trabajó en la industria textil española de antaño.

Dicho y hecho. Tras hacer un breve sondeo, mi amigo Juan me explicó que su madre, actualmente jubilada, trabajó durante muchos años para una fábrica de ropa en Manresa, a pocos kilómetros de Barcelona. Y por lo que me ha anticipado, no fueron tiempos fáciles ni condiciones cómodas por lo que respecta al trabajador.

Lo cierto es que cada vez estoy más convencido de que es necesario incluir este tipo de testimonio en el libro. Yo mismo tengo curiosidad por saber algo que desconozco y que no me queda tan lejos: las condiciones laborales en la historia reciente de mi propio país.

Tras preparar mis bártulos, cojo el tren que me llevará a Manresa, una ciudad de la comarca del Bages, a sesenta y cinco kilómetros de Barcelona, que marca el límite entre un entorno industrial al sur y uno rural al norte.

Manresa cuenta con industrias de tejidos, hilados, química y maquinaria, aunque en las últimas décadas ha sustituido la industria por el comercio. Hace años, sin embargo, mucha de la ropa que llevaban nuestros padres y abuelos se confeccionaba en esta ciudad.

Carmen, la madre de Juan, nació en el año 1936 en un pueblo de Almería, en plena Guerra Civil, y es una de esas señoras, como tantas madres de amigos de mi generación, que cuando vas a sus casas se empeñan en darte de comer hasta rellenarte como un pavo. Sabiéndolo de antemano, me he permitido el lujo de no almorzar.

Detrás de la puerta, después de tocar el timbre, se oye un perro y la voz de Juan, que es quien me abre:

—¡Mi madre está insoportable desde que la has llamado! Le ha dado por abrir todos los álbumes de fotos y contarnos batallitas. Tú no la tienes que aguantar luego, pero yo sí. ¡Qué cabrón!

—¡Aaaay, niño, las ganas que tenía de conocerte en persona! —dice Carmen con acento andaluz mientras se quita el delantal—. ¿Verdad que me firmarás unos libros?

—¡Ay, mamá! ¡No le agobies! —exclama Juan muy serio, causando mi risa. Mientras, Carmen me da dos sonoros

besos, de esos que no se dan con el lateral de la cara, sino estampando los labios en cada mejilla.

—Ven, déjame que te vea bien. ¡Ay, hijo, qué guapo eres! ¡En la tele se te ve más gordito! —sigue diciendo sin parar, agarrándome fuerte del brazo mientras no puedo dejar de reír.

—¡Halaaaa, mamá! ¡Cómo te pasas! —le reprende Juan.

Después del alboroto de bienvenida en un minúsculo recibidor, Carmen me invita a pasar al salón comedor, casi tirándome a un sofá repleto de tapetes de puntilla blanca.

—Pues tú dirás, niño. Para servirle a usted —me dice, muy *salá.*

Le explico que estoy escribiendo un libro sobre la industria textil en Bangladesh y le recuerdo la tragedia del Rana Plaza.

—Ay, sí, hijo, ya lo vi por la tele. ¡Pobre gente! Pero tú ten cuidado por estos países, ¿eh? ¡Que son muy raros!

—Cuéntame tu vida, Carmen —la animo.

—¿Mi vida? ¡Ay, hijo, ni que fuera la *Presley*! —exclama sobresaltada, provocando mi risa por haber bautizado a Isabel Preysler como hacía la abuela de una amiga mía.

—Ahora mismo, como si lo fueras —le digo, guiñándole un ojo.

—Pues… a ver… ¿por dónde empiezo? Nací en el año treinta y seis en Almería. En casa ya éramos pobres, pero durante la guerra mucho más. ¡La de ratas que comimos pensando que eran conejos! Pero mi padre no nos lo decía. Pasamos hambre, *mucha* hambre. Los de vuestra edad no sabéis nada de lo que es pasarlas *putas,* con perdón. Pero nosotros, hijo, lo pasamos muy mal. Yo a los diez años ya trabajaba en el campo.

—¿A los diez? —pregunto, mirando a Juan.

—Sí, sí, a los diez —dice Carmen—. Eso antes era muy normal. Ni trabajo infantil ni nada. Era lo normal. Imagínate ahora una niña de diez años trabajando sin ir a la escuela, a ver qué dirían…

—Pero eso fue hace mucho tiempo —interviene Juan.

—¿Le estás llamando vieja a tu madre? —le aborda Carmen, fingiendo levantarse del sofá en tono amenazador. No puedo aguantarme la risa y no me ha chirriado imaginarla trabajando con esa edad, en la Andalucía rural de la posguerra. Y eso es debido, supongo, al contexto en el que estamos ahora. Otro gallo cantaría si me lo estuvieran contando en una chabola de Dacca. Y se trata, al fin y al

cabo, de algo que reviste idéntica gravedad.

—A los dieciséis años, cuando trabajaba en el campo con las manos llenas de callos, conocí al Manuel, el padre de Juan, que en paz descanse —explica Carmen—. Pero nos gustaba mucho el meneo y me quedé embarazada, así que nos tuvimos que casar. Es que, oye, ahora tanto libertinaje y nos creemos todos muy modernos, pero siempre ha sido lo mismo. Ahora son las habitaciones de hotel y antes eran los pajares.

—¡Ay, mamá, qué vergüenza! —exclama Juan, tapándose las manos con la cara—. ¿Es necesario que digas eso?

—En fin —prosigue Carmen, mientras me seco los ojos, empañados de lágrimas de tanto reír al escuchar la discusión materno-filial de Carmen y Juan—, que el principio de la dictadura fue muy duro y el Manuel y yo nos fuimos a Madrid. Él hacía recados en una empresa y yo me puse a servir en la casa de unos marqueses. No tenía ni idea de nada, y la señora me enseñó a asearme, a ir limpia siempre. Éramos muy brutos en los pueblos. También me enseñó a zurcir y a coser. Y así fui aprendiendo. Hasta que conseguí un puesto de aprendiz, aunque ya era un poco mayorcita, en el taller donde hacían la Mariquita Pérez.

Juan y yo explotamos en una enorme carcajada.

—¿¿¿¿La Mariquita qué???? —pregunto entre risas.

—¡Ay, por Dios! —exclama Carmen con cara de ofendida—. ¿Es que no sabéis lo que era la Mariquita Pérez?

—¡Mamá, esto de la Mariquita esa no me lo habías dicho a mí! —dice Juan, todavía riendo.

—La Mariquita Pérez, ignorantes —continúa Carmen—, era una muñeca muy famosa. Y yo trabajé durante unos años cosiendo la ropita que llevaba. ¡Bien mona era!

Después de bromear y reñir durante un buen rato, retomo la conversación:

—¿Cuándo y por qué os vinisteis a Manresa? —le pregunto a Carmen.

—Al Manuel le salió un trabajo aquí en el que le pagaban un poquito más que donde estaba, así que cogimos a las hermanas del Juan y nos vinimos aquí. El Juan ya nació en Cataluña.

—¿Conseguiste fácilmente el trabajo?

—Sí —contesta ella, afirmando exageradamente con la cabeza—. Entonces no costaba tanto como ahora encontrar trabajo. Las pasábamos *canutas* y trabajábamos muchas horas por muy poco sueldo, pero encontrar trabajo, lo que

se dice encontrar, se encontraba.

—¿Cómo era la fábrica? —le pregunto curioso.

—Ay, niño, de lo que más me acuerdo es que hacía mucho frío en invierno y *mucha* calor en verano. Íbamos muy justitos para pagar la ropita de las niñas y la comida de casa, así que eso es lo que tocaba: trabajar y trabajar. No quedaba otro remedio. Pero todos calladitos y a obedecer. Los tiempos de Franco eran eso: todos calladitos, trabajando como hormiguitas, y pobre de ti que dijeras algo.

Mientras Carmen sigue hablando, pienso en que uno de los recuerdos más unánimes entre las generaciones que vivieron los años cuarenta, y que tantas veces he escuchado, se refiere a lo dura que resultaba la vida laboral y cotidiana.

—¿Pero nadie exigía derechos? —pregunto, aun intuyendo su respuesta.

—¡¿Pero qué dices, niño?! ¡¿Qué íbamos a exigir?! Allí lo que decía el jefe iba a misa. Él ordenaba y todos a obedecer, aunque fuera todo muy duro. Si no lo hacías, perdías el trabajo. Era lo normal —afirma Carmen.

—Una especie de dictadura dentro de la empresa —le digo.

—Totalmente —corrobora una Carmen contundente—. ¿Acaso te crees que si alguna embarazada se encontraba mal y devolvía, la enviaban al médico? ¡En absoluto! ¡A limpiar los vómitos y a trabajar más horas como castigo! ¡Y pobre de la que no lo hiciera, porque podía perder su trabajo! Como sabían que nos tenían bien cogidos por la necesidad que pasábamos todos, pues no quedaba más remedio que ceder. Ya me dirás, ¿qué iba a hacer una pobre chica que pronto tendría la carga de un hijo más quedándose sin trabajo? Contra el jefe nadie podía decir o hacer nada. No era como ahora, con derechos y sindicatos. Con Franco retrocedimos mucho en este terreno, porque antes parecía que la cosa estaba mejorando; eso me decían mis padres.

—¿Entonces por qué la gente permitió este empeoramiento si podían comparar con lo anterior? —pregunto, pecando de ingenuo.

—A ver, niño —prosigue la madre de Juan—, nuestros padres y nosotros lo pasamos tan mal en la guerra, aunque yo era muy pequeñita, que lo único que queríamos después era salir de aquella miseria. Como fuera. Tener un trabajo ya era una bendición, no nos planteábamos nada más. No

teníamos mucha esperanza a la que agarrarnos, ya ves. Si no hubo revueltas ni nada de eso fue porque estábamos, con perdón, *acojonaos*. Lo de la guerra dejó a todos como perros apaleados.

Pienso entonces en el importante retroceso que supuso, para las condiciones de trabajo en general, la dictadura franquista. Y me permito la ignorancia —no puedo hacer otra cosa como ignorante que soy en esta materia— de dudar si estas condiciones tan duras fueron simplemente marcadas por tiempos pasados, por el simple hecho de que se dieron en el pasado y de que la evolución va siempre acompañada por el avance de los tiempos, o fueron directamente causadas por el remolino de terror y como consecuencia directa de la dictadura del generalísimo.

Porque la cosa, al parecer, no iba por tan mal camino, teniendo en cuenta que en 1870 la Federación Regional Española de la Internacional ya tenía treinta mil sindicalistas afiliados y que la lucha por los derechos de los trabajadores arranca en España en 1873, en la época de la república federal y la revolución burguesa.

Pienso, por lo tanto, y mientras escucho a Carmen irse por las ramas, que en aquellos tiempos tan duros que vivió mi entrevistada no había ni siquiera la posibilidad de exponer quejas y exigir derechos de una forma oficial, cosa que en el Bangladesh oficial sí es posible.

—¿Temiste alguna vez por tu seguridad? —le digo a Carmen.

—¿Por mi seguridad? —vuelve a repetir ella—. ¡Es que ni eso nos estaba permitido, hijo! Muchas de mis compañeras murieron de pulmonías por el frío o se desmayaban en verano por el calor. Si el jefe nos obligaba a trabajar más horas o en sábado, no podíamos rechistar. Estábamos cosiendo sin parar, con muy poco tiempo para comer. La ropa que hacíamos se vendía a grandes almacenes de Madrid y Barcelona. Pero ya te digo, entonces era lo normal.

—¿Y qué habría pasado si desde otro país se hubieran negado a comprar los productos que hacíais como queja de las condiciones?

—Bueno, es que de alguna manera así fue —contesta Carmen—. Muchos países se cerraron en banda a tener tratos con España porque estaba Franco. Y así nos lució el pelo en la miseria en que estábamos. Nos creíamos que Franco nos había sacado de la miseria y lo que vino luego

aún fue peor.

—¿O sea que no es la solución dejar de comprar la ropa que se hace actualmente en Bangladesh a pesar de las condiciones en las que están allí los trabajadores?

—Pues no —me responde una Carmen mucho más seria y segura que en su tono anterior—. Estas camisetas modernas que lleváis las hacen todas en esos países. Yo sé cómo deben de trabajar. Lo sé porque he trabajado igual. Doce y trece horas seguidas, casi sin comer y con malas miradas si queríamos ir al baño. ¡Lo que me costó cobrar mil pesetas! Pero mucho peor habría sido quedarse sin trabajo. Y allí aguanté más de cincuenta años. ¡Imagina! Antes no se cambiaba tanto de trabajo como ahora, nos agarrábamos a lo seguro. Ahora con esto de la crisis, supongo que estará pasando otra vez. Mientras hay trabajo, hay esperanza.

—¡Es «mientras hay vida, hay esperanza», mamá! —la corrige Juan.

—No comprar esa ropa no les ayuda —sigue Carmen, fingiendo no haber oído a su hijo—. Si no compras, propicias que, poco a poco, las fábricas dejen de ganar y ellas pierdan el trabajo. Pobres mujeres. Además, con lo mal que las tratan en esos países. Aunque, oye, aquí en España las mujeres tampoco estábamos tan bien como ahora, ¿eh? Que hasta poco antes de la guerra no podíamos ni votar. Y no podías entrar sola en un bar ni ir al cine, ni nada de nada. A obedecer al marido y punto. Suerte que el padre de este tarugo que tienes como amigo era muy bueno y siempre me respetó mucho. Ay, pobre Manuel…

—Entonces, Carmen —le digo retomando el tema—, ¿crees que se puede establecer alguna comparativa entre las mujeres que trabajan hoy en día en una fábrica de Bangladesh y tú, hace años, en una fábrica de Manresa?

—¡Pues claro que sí! La misma —responde convencida—. Si es que aquí la gente ahora se escandaliza de cosas como si no las hubiera vivido jamás. ¡Y era lo mismo! Ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que éramos esclavos. Esclavos. Así te lo digo. A mí me hubiera gustado estudiar y ser algo más en la vida. Pero no ha podido ser. Por eso he querido que mis tres hijos estudien una carrera y, con mucho esfuerzo, el Manuel y yo les pagamos unos estudios para que ahora sean personas de provecho. Si no hubiéramos sido esclavos en esa época, en la que si no aceptabas te quedabas sin trabajo, nuestros hijos no habrían podido estudiar. Es que no había otra *opsión*.

—¿Y qué solución le ves a lo de Bangladesh? —pregunto, sorprendido de que, a pesar de las distancias culturales, de las bromas de la conversación y de muchos otros factores, algunos titulares de los que me ha dado Carmen son idénticos a los de muchos expertos con los que hablé en Dacca.

—Pues no comprar no es la solución, eso seguro. No sé cómo funcionan allí, pero la solución es, ahora que todo se sabe con *el interné*, denunciarlo y que poco a poco se vayan cambiando las cosas. Los cambios no se hacen de un día para otro.

—Pero entonces las camisetas baratas dejarían de ser tan baratas, ¿eh? —dice Juan.

—¡Pues que lo sean, hijo! —le contesta su madre—. Los cambios son ley de vida. Pero permitir que esas mujeres, a estas alturas, lo sigan pasando tan mal como lo pasamos nosotras, eso nunca.

Pronto oscurece y debo regresar a Barcelona y hacer las maletas para volar, dentro de dos días, a la India, mi «segundo país». No puedo dejar de pensar en que la madre de Juan, Carmen, podría haber sido una de las muchas mujeres de Bangladesh que trabajan día y noche confeccionando ropa.

Suena el móvil. Es un mensaje de WhatsApp. Es Saif, desde Dacca (allí debe de ser muy tarde): «¡No te lo vas a creer! Han aparecido huesos en la zona del Rana Plaza y ahora dicen algunos periódicos que el gobierno ocultó la cifra verdadera de muertos en el derrumbe».

Suma y sigue. Las consecuencias de este derrumbe sin precedentes no terminan nunca. Me cuesta conciliar el sueño al pensar en el sufrimiento que están viviendo ahora mismo las personas a las que entrevisté. Pero sé que su dolor no me pertenece. A mí me tocará plasmar, en un libro, los testimonios que escuché y una realidad en la que tal vez no haya tantas versiones como al principio creía.

12

Reshma
El final del viaje

Bombay, enero de 2014

Durante los últimos días he seguido con interés las noticias que venían de Dacca y que denunciaban la aparición de numerosos huesos y calaveras en la zona del derrumbe del Rana Plaza.

Algunos supervivientes del derrumbe y activistas de derechos laborales han iniciado una búsqueda paralela para hallar restos humanos en el lugar donde hace varios meses se hundió el edificio.

La decisión ha sido tomada por estos colectivos, después de que decenas de huesos y varios cráneos hayan sido encontrados, desde mediados de diciembre. Las organizaciones responsables de esta nueva búsqueda denuncian el silencio con el que han respondido las autoridades de Bangladesh a estos nuevos hallazgos.

Pienso en los familiares desaparecidos de muchas de las personas a las que conocí en Dacca y creo también que merecen justicia. Y esta justicia pasa, inevitablemente, por encontrar los cadáveres de sus seres queridos y averiguar si se trata de ellos.

Con el último hallazgo (un cráneo humano, más de veinte huesos pertenecientes a diferentes partes del cuerpo y un teléfono móvil) se ha desatado la polémica, nuevamente, en todo el país.

Al parecer, según ha afirmado Md. Shamshuzzaman, subinspector de la comisaría de policía de Savar, la policía ha recogido los restos para que se les practiquen las pruebas de ADN. Los investigadores aseguran que vieron muchos otros restos, pero han sido imposibles de recoger al estar

sepultados bajo las vigas de hierro.

Se trata, según leo en internet, de la octava vez que encuentran restos humanos en un lapso de aproximadamente tres semanas. Sin embargo, otros funcionarios relacionados con la investigación dicen que los huesos descubiertos podrían no pertenecer a seres humanos, sino a vacas, asegurando que los activistas están intentando crear dramas innecesarios. Con declaraciones así, no me extraña que la población se enfurezca y diga, como puedo ver en otro artículo, que eso es «insultar a sus seres queridos» que siguen en paradero desconocido.

Según los registros del ejército de Bangladesh, un total de ciento cincuenta y nueve víctimas siguen desaparecidas. Mientras tanto, otras fuentes del gobierno se encargan de pregonar a los cuatro vientos que catorce niños de nueve víctimas del Rana Plaza han recibido un cheque de doce mil takas cada uno en el marco del programa Child Protection Sensitive de Bangladesh.

Mientras unos predican alabanzas de sus medidas, otros las tachan de insuficientes. Y mientras unos dicen que ha llegado el momento de pasar página, otros siguen llorando a unos seres queridos que ni siquiera pueden enterrar al no haber encontrado su cuerpo.

Cuando sigo leyendo todo este alboroto de opiniones cruzadas y misteriosas responsabilidades sin resolver, llega un nuevo email de Dacca. Es de Ashiq Zaman Munna, uno de los responsables de Oporajeo, la fábrica fundada por víctimas del Rana Plaza, y trae consigo muy buenas noticias.

Querido Jaume:

Soy Ashiq Zaman Munna, de Bangladesh, administrador de Oporajeo; la iniciativa para rehabilitar a supervivientes del Rana Plaza que pudiste conocer cuando estuviste en Dacca.

Kazi Monir Hossain me informó de que estás interesado en saber los avances de nuestra empresa. Sé que estuviste en Bangladesh el año pasado, pero por desgracia no pude encontrar tiempo para estar ese día y conocerte personalmente.

Sin embargo, seguro que te alegrarás de saber que hemos ampliado nuestro proyecto. En esta última semana de enero hemos trasladado nuestra fábrica a un lugar más grande de

casi tres mil metros cuadrados de superficie, con cuarenta y dos máquinas y otras instalaciones necesarias.

La fábrica está lista para dar una oportunidad de empleo a más de sesenta supervivientes. Actualmente ya trabajan aquí treinta personas; tenemos que seguir contratando porque la demanda de producción es cada vez mayor.

Como ya sabes, se les paga el salario según la normativa de gobierno y la parte de beneficios extras se divide por igual entre los trabajadores. Vamos a producir prendas de uso cotidiano, como camisetas, polos, etc. Intentaremos asegurar que las ganancias mensuales de los trabajadores hasta final de año sean, al menos, de quince mil takas.

Otra buena noticia es que también hemos puesto en marcha un nuevo proyecto: Songkolon Pathshala, una escuela para los niños de las familias de las víctimas, al igual que para otras familias de clase trabajadora. El objetivo principal de la escuela es aumentar el nivel de vida de los trabajadores de la industria textil, particularmente de las víctimas del Rana Plaza, proporcionando educación de alta calidad a un costo mínimo a sus hijos y familiares.

Nuestro segundo objetivo es la introducción de un sistema de educación no tradicional desde la base. Hemos contratado a profesores cualificados y actualmente ya se han inscrito ciento treinta y dos alumnos en los niveles de grado 1 al 4.

Hemos celebrado recientemente un acto de inauguración junto a nuestros simpatizantes. Te adjunto algunas fotografías y enlaces para que nos puedas sentir cerca.

Para asegurar un buen funcionamiento del centro contaremos con voluntarios bien formados y también algunas personas de renombre de nuestra sociedad, que junto a algunos trabajadores de la fábrica, han sido nombrados miembros del patronato.

Saludos,

Ashiq Zaman Munna

Me produce una gran alegría leer las buenas noticias y doy las gracias al azar por haber recibido el correo minutos antes de entregar el último capítulo del libro. Afortunadamente, lo podré incluir. Quiero reflejar, también, testimonios de la lucha, la esperanza, la superación. No todo son calamidades. Y, en este sentido, he descubierto un verdadero espíritu de superación en muchas de las personas que he conocido durante mi viaje.

Ashiq ha adjuntado al correo algunos artículos que

hablan de la inauguración de la nueva escuela. En uno de ellos aparece Razia Begum, que perdió a su hija y a su hijo en el Rana Plaza, y que ahora, si cabe, es un poco más feliz pues puede llevar a su nieto Bijoy a conocer las instalaciones de la nueva construcción de la Escuela Primaria Songkolon, en Anandapur (Savar), donde podrá estudiar a partir de ahora.

Bijoy, junto a todos sus futuros compañeros de cole, está abrumado al ver su nueva escuela, dirigida por Rasel Parvez, un doctor de la Universidad Old Dominion en Norfolk, Virginia (Estados Unidos).

Tiene cinco aulas muy bien equipadas y las instalaciones también incluyen un parque infantil y una sala para las clases de informática.

Padres (muchos de ellos viudos y viudas a consecuencia del derrumbe) y alumnos albergan ahora una nueva esperanza, a pesar del dolor que han tenido que atravesar durante estos últimos meses.

Muchas familias de la zona de Savar están ahora más contentas si cabe con la apertura de este nuevo centro académico. Podrán ver cómo sus hijos reciben una educación, algo impensable para muchos de ellos hasta el momento. Hay numerosas madres o padres viudos entre los tutores del alumnado. Algunos quedaron, incluso, totalmente huérfanos después de la tragedia y están a cargo de tíos o abuelos.

Además de las pequeñas inyecciones económicas posibles gracias a las ganancias de Oporajeo y de las matrículas de veinticuatro takas al mes (que no todos pueden pagar), los responsables del centro piden también que puedan llegar donaciones y apoyos de todo tipo para optimizar el centro y dotarlo de continuas mejoras que sigan permitiendo a este colectivo marcado por la tremenda tragedia del Rana Plaza albergar un poco de esperanza en el horizonte de sus existencias. Una educación de calidad para sus hijos será la única manera de liberar el círculo de la pobreza que vienen arrastrando estas familias desde incontables generaciones.

Actualmente la escuela está funcionando en un solo turno, mientras que el programa de educación para adultos, junto con otras actividades, se llevará a cabo por la tarde. El órgano de gobierno de la escuela tiene planes de ampliación a fin de incluir la educación secundaria.

La prensa local no sólo habla de la escuela, sino que destaca la expansión de Oporajeo, que se ha trasladado a un

nuevo edificio en la zona de Anandapur con un mejor ambiente de trabajo y más maquinaria.

Los periódicos de Dacca destacan el hecho de que los trabajadores de la fábrica tengan participación en los beneficios, atención médica y asistencia educativa. El cinco por ciento de las ganancias, por ejemplo, están directamente destinadas a la escuela que se acaba de inaugurar.

Me alegra enormemente que, a pesar de la terrible situación que han vivido y siguen viviendo, con sus familiares fallecidos o desaparecidos en la brutal tragedia, vislumbren un poco de luz en las acciones conjuntas para perseguir la justicia social y la erradicación de la pobreza. Qué paradójico que una tragedia que acabó con la vida de los miembros de muchas familias haya liberado a otros, de alguna manera, del círculo de la pobreza y la esclavitud al que estaban destinados.

Por otro lado, y a pesar de que me alegro mucho por sus esfuerzos, me da mucha pena que no sean las autoridades, los propietarios de las fábricas o las marcas internacionales que las contrataban quienes hayan sumado sinergias en pro de un futuro digno para todas las víctimas.

Hace meses, antes de saber que iba a escribir un libro sobre la industria textil en Bangladesh, no tenía ni idea de los muchos intereses mezclados en estas cárceles de esclavos modernos cuyos candados son tejidos de algodón y cuyos barrotes son operaciones millonarias donde todos hacen la vista gorda.

Ahora se me siguen escapando muchas cosas, pero creo tener ya alguna pista de quién es el responsable de que ocurran tragedias como las del Rana Plaza y de que cada día millones de personas trabajen en horarios inhumanos con salarios ridículos: todos. Todos tenemos la culpa y por eso únicamente entre todos podemos encontrar una solución.

Usted, que está leyendo este libro, y yo, que lo escribo, somos responsables por comprar ropa a la ligera sin querer saber más o informarnos debidamente de cómo y dónde ha sido confeccionada. Los dependientes de las tiendas son responsables por no tener —ni haberse esforzado por tener — más información acerca de las prendas, en caso de que un cliente pregunte. Los propietarios de grandes marcas internacionales son responsables por no tomar suficientes medidas, ni dar su brazo a torcer para tener menos

ganancias a cambio de conseguir un mundo más justo en el que los derechos de los trabajadores se cumplan de manera universal. Los compradores internacionales, como Carlo, son responsables por quitarle importancia al asunto y hacer la vista gorda o ser permisivos a la hora de inspeccionar y cerrar acuerdos con fábricas locales. Los caciques y propietarios de las fábricas de Bangladesh, como el antipático Abdul, son responsables por obsesionarse con las demandas internacionales, olvidándose de que la avaricia rompe el saco y de que tienen que empezar a velar por los de casa.

Todos, de alguna manera, somos responsables de los más de mil muertos y dos mil heridos cuyos destinos se truncaron con el hundimiento del Rana Plaza, en el que un día antes de la tragedia aparecieron unas grietas premonitorias, tajos sangrantes que empezaban a brotar.

Todos somos responsables de que cada día sigan trabajando en otras fábricas a punto de hundirse millones de trabajadores en Bangladesh y otros lugares del mundo. Todos somos los responsables de tener puesta nuestra mirada en el espejo de nuestras zonas de confort, perdiendo de vista otros lugares e ignorando que la ceguera colectiva siempre hará peligrar el mundo.

Absolutamente todos somos en parte responsables de que Najma y Rahim, a pesar de contar con la riqueza del amor, sean eternamente esclavos de la pobreza. Todos somos responsables de la desdicha de Fatema y de la de sus abnegados padres, Asha y Jolil. Todos somos responsables de las lágrimas de Rubina, Shathi y sus demás compañeras.

Y por eso, todos debemos avanzar conjuntamente en pro de una solución. Pero para avanzar es necesario dar pasos. Si no, no hay camino. La solución no pasa por fustigarse, no entonar el *mea culpa.* Se trata de buscar conjuntamente la solución.

Invito a los lectores que hayan llegado hasta esta parte del libro a tomar, junto a mí, alguna decisión y aplicarla todos los días.

Una de las primeras premisas en las que insisten Campaña Ropa Limpia y otras organizaciones encargadas de velar por los derechos de los trabajadores en Bangladesh y otros lugares del planeta es convertirnos en consumidores críticos.

No siempre se puede proporcionar una lista de minoristas o fabricantes «limpios» y estas listas varían mucho en

función de qué inversor esté detrás o de la época en la que se realicen. La situación actual todavía no permite promocionar con rigor los datos exactos de la explotación o no explotación de personas que se esconde tras una determinada etiqueta.

No obstante, sí podemos estar informados acerca de los adelantos sociales de las empresas y qué pasos han dado por lograr unas condiciones laborales más favorables en sus cadenas de distribución. Debemos enterarnos de los adelantos de las marcas y, en este sentido, hay distintas maneras de poder estar al día (al final de este libro, les ofrezco algunas webs).

Algunas empresas han dado pasos con respecto al establecimiento de políticas (como, por ejemplo, mediante la puesta en marcha de un código de conducta que haga referencia a los principios de la Organización Internacional del Trabajo) y por eso es importante conocer qué empresas son y poder hacer un seguimiento para saber si se ponen en práctica. Afortunadamente para los ciudadanos del mundo, hay organizaciones que se encargan de ello, o sea que no debemos estar las veinticuatro horas del día haciendo llamadas a empresas para preguntar. Tan sólo se trata de mostrar algo más de interés. No es tan difícil, créanme.

Y con esto, Dios me libre, no estoy soltando ninguna soflama ni poniéndome medallas ejemplarizantes. Todo lo contrario: yo soy el primero que empezaré a tomar muchas de estas medidas, que hasta el momento he pasado completamente por alto.

Campaña Ropa Limpia considera fundamental que los sindicatos, ONG y los trabajadores y trabajadoras de cada país puedan dar su opinión al determinar cómo se implementan los códigos. En este sentido, la participación de las empresas en las denominadas Iniciativas Multistakeholder (MSI en sus siglas en inglés) es un paso adelante importante. Actualmente, ya hay varias MSI en marcha y a las cuales las empresas pueden adherirse, como por ejemplo la Ethical Trade Initiative, en Reino Unido; la Fair Wear Foundation, en Holanda, y la Fair Labor Association, en los Estados Unidos. Formar parte de estas iniciativas no significa que todas las prendas de ropa que la empresa comercializa sean aceptables, pero sí que han dado un paso hacia la justicia laboral. Indica que la empresa se ha comprometido a cumplir un programa de trabajo determinado y que los trabajadores y trabajadoras, así

como sus organizaciones, tienen el derecho de presentar quejas si opinan que la empresa miembro ha infringido el código.

Por otro lado, es imprescindible preguntar en la tienda donde compramos la ropa, por muy costoso o absurdo que nos pueda parecer, ¿dónde se fabricó la prenda que estamos comprando? ¿Cuánto se pagó a las personas trabajadoras por producirla? ¿La marca tiene un código de conducta? ¿Está garantizada la libertad de afiliarse a un sindicato y el derecho a recibir un salario digno? (Esta última pregunta es, creo, de vital importancia). ¿Las condiciones de trabajo se controlan de una manera fiable? ¿Hay informes de la fábrica donde se produce la prenda disponibles para los consumidores y consumidoras?

Es necesario —créanme, lo merecen las personas que he conocido y las muchas que no he podido conocer, pero que sufren diariamente un trato laboral injusto— apoyar, en la medida que sea, campañas y acciones puntuales de presión y denuncia.

A pesar de las muchas opiniones y puntos de vista que he escuchado, y que simplemente he querido reproducir de forma objetiva, hay una premisa que me ha quedado muy clara y en la que sí me quiero posicionar: NO a los boicots. Debemos seguir comprando.

Nuestras compras, de alguna manera, están apoyando a las personas trabajadoras y perpetuando la posibilidad de que conserven su trabajo. Ciertos tipos de boicot o denuncia sólo causarán que determinadas multinacionales decidan dejar de hacer negocios con una fábrica o con un país concreto llevándose la producción a otro lugar. Lo que se necesita es un modelo de producción que no ejerza una presión intolerable sobre los trabajadores y trabajadoras por hacer entregas más rápidas y en los intermediarios por vender más barato, dos factores que empeoran mucho más las condiciones de trabajo.

Personalmente, intentaré seguir estas premisas y espero, con este libro, haber acercado un poco más la realidad del sector textil en Bangladesh a todo aquel que, como yo hace unos meses, no tiene ni idea de lo que está sucediendo.

El sol se retira ya por el horizonte del mar Arábico y las luces de Bombay empiezan a iluminar la noche. Pasan ahora por mi cabeza todas las personas que conocí en el viaje, los aprendizajes de los que he sido partícipe, las gracias y desgracias de una industria manchada de sangre

pero llena de esperanza, a la vez, para un elevado porcentaje de personas.

La editorial me propuso encontrar a Reshma y, a partir de su vida y su testimonio de superación, exponer cómo viven millones de trabajadoras en la industria textil de este país del sureste asiático. Y creo que he cumplido mi misión. Tal vez no he conseguido entrevistar a Reshma (quién sabe por qué, ni tampoco me interesa tanto saberlo). Pero sé que he encontrado lo que buscaba y he complacido la propuesta de la editorial. Porque Reshma encarna la valentía, la superación, la esperanza de saber que, a pesar de estar muchos días debajo de unos escombros, atrapada en la incertidumbre, en algún sitio espera la luz de la justicia y de un futuro que siempre es mejor. Eso es espíritu de superación. Y ese espíritu lo he palpado y sentido en Najma, Rubina, Shathi… y muchas de las personas que he conocido en Dacca gracias al encargo de este libro.

Puedo decir, entonces, que he cumplido mi propósito. Porque encontré a Reshma en todas y cada una de las costureras que conocí en Bangladesh.

AGRADECIMIENTOS

A Miryam Galaz y a la editorial Espasa, por darme la oportunidad de conocer más mundo.

A Rubina, Shathi, Najma, Rajim, Fatema, Asha, Jolil, Jahanara, Rabeya y a todas las personas que han tenido la gentileza de abrir su alma y brindarme su testimonio.

A Ángel, por darme ánimos.

A las organizaciones Oporajeo, Mukto Tarunno, CRP y Acid Survivors, por ofrecerme su apoyo.

A Campaña Ropa Limpia y todos sus camaradas de lucha, por su útil información, por marcar la diferencia y por romper cadenas.

A Saif Kamal, sin el cual este libro no habría sido posible.

A Selina Ahmed, Samira Sadeque y Rubana de Moham Madi Group, por su predisposición.

A Carlo, por su testimonio.

A Carmen y Juan, por su válida ayuda y una tarde inolvidable.

A Islam y todos los chicos de la cafetería de la esquina, por sus recomendaciones y su colaboración.

A la Embajada de Bangladesh en España, por su amabilidad.

A Bibi Russell, por su colaboración ilimitada.

A Reshma, por motivarme desde el silencio.

Al lector, por tener este libro en sus manos.

A quien me haya olvidado en esta lista, por saberlo perdonar.

Webs de interés

www.oporajeo.com

www.muktotarunno.org

www.ropalimpia.org

www.acidsurvivors.org

www.crp-bangladesh.org

www.bibirussell.org

Notas

[1] Se puede consultar al comienzo de este libro.





El 24 de abril de 2013, el edificio Rana Plaza, en Savar, a las afueras de Dacca (Bangladesh), se derrumbó por completo, causando 1.127 muertes registradas y 2.437 heridos. Habían aparecido unas grietas el día anterior a las que no se les dio importancia. El edificio albergaba fábricas de ropa para grandes marcas internacionales, como Primark o Benetton, y su derrumbe dejó nuevamente al descubierto la explotación laboral y la vulneración de derechos humanos en la industria textil.





Reshma Begum, de diecinueve años, fue rescatada con vida entre los escombros del Rana Plaza diecisiete días después de la catástrofe. El periódico británico *Sunday Mirror* defiende la tesis de que en realidad Reshma salió ilesa del incidente y toda su historia fue un montaje del gobierno de Bangladesh para dar al mundo una imagen de superación y defender que las condiciones laborales en el país eran inmejorables. Actualmente, Reshma está contratada en el hotel Westin de Dacca, aunque ningún medio ha podido entrevistarla.





Un año después de la tragedia, cientos de familias siguen buscando los cuerpos de sus seres queridos. Tras el reciente hallazgo de restos óseos en la zona del siniestro, varios activistas y familiares de víctimas acusan al gobierno de Bangladesh de ocultar la verdadera cifra de fallecidos en el derrumbe.



El derrumbado edificio del Rana Plaza albergaba talleres en los que se confeccionaba ropa para marcas como el grupo Benetton, DressBarn, Mango, Monsoon o Primark. Mientras algunas de ellas han prometido controlar mejor las cadenas de producción, otras han señalado a las fábricas contratadas como únicos responsables, negándose incluso a firmar los acuerdos de mejoras marcados por la Organización Internacional de Trabajadores.





A pesar de las protestas, constantes y multitudinarias, muchas de las víctimas y familiares de fallecidos del Rana Plaza siguen sin haber cobrado las indemnizaciones pertinentes. Algunos tan sólo han recibido un paquete de galletas por parte de los propietarios de las fábricas en las que sus seres queridos perdieron la vida.



La diseñadora Bibi Russell dejó su carrera de *top model* en las mejores pasarelas del mundo para regresar a su Bangladesh natal y crear Fashion for Development, para dar oportunidades de trabajo a las costureras de la zona rural, evitando así que se vean obligadas a emigrar a las ciudades y ser víctimas de la explotación laboral.





La industria textil genera beneficios millonarios para las fábricas de Bangladesh y numerosas marcas de ropa del mundo entero. Como contrapartida, millones de trabajadores, en su mayoría mujeres, realizan jornadas de hasta 15 horas seguidas al día cobrando poco más de 20 euros al mes, sin ningún tipo de seguro médico ni seguridad en las instalaciones donde trabajan.





Dos meses después de la tragedia del Rana Plaza, una organización local y un grupo de víctimas del derrumbe del edificio decidieron abrir Oporajeo, una pequeña fábrica de bolsas de tela que ofrece mejores condiciones. Los beneficios son repartidos entre los trabajadores y la educación de sus hijos se incluye en el contrato laboral. Un ejemplo de superación en una industria en la que todas las partes implicadas huyen de responsabilidades y no se acaban de comprometer a mejorar las condiciones del trabajador.

La costurera de Dacca
Jaume Sanllorente

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2014

ISBN: 978-84-670-4152-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño